

EUROPA EN ÁFRICA

Precios de suscripción

	AÑO	SEMESTRE	TRIMESTRE
España y Marruecos.....	16 pesetas.	8 pesetas.	5 pesetas.
Guinea española.....	17 —	9 —	6 —
Extranjero.....	17 francos.	10 francos.	7 francos.

Número suelto: DOS PESETAS

BATALLA DE WAD-RÁS

(23 DE MARZO DE 1860)

(Continuación.)

El supremo esfuerzo hecho por las tropas de la segunda división del segundo cuerpo de ejército para conservar las posiciones que á costa de tanta sangre y con tanto denuedo habían conquistado en las laderas de la sierra de Benisider, y reconquistar el disputado aduar de Amsal, esfuerzo en el cual se había llegado al extremo de que el general Prim se viera en la precisión de dar á los coraceros un empleo táctico tan ajeno á las facultades de la caballería, no alejó de ellas el inminente peligro en que estaban desde que su pronunciado é impetuoso avance las distanciará de las del tercer y primer cuerpos de ejército, de verse envueltas y atacadas por un flanco y retaguardia al mismo tiempo que seguían luchando sañudamente con las numerosas fuerzas enemigas que se habían replegado al segundo aduar, y en éste y en las alturas inmediatas á éste resistían con firmeza el empuje de los cristianos, dispuestas á pronta y vigorosa reacción ofensiva. Muy al contrario, la inminencia se convirtió en inmediata realidad: la caballería mora y numerosos grupos de moros á pie empezaron á descender de la sierra al llano, corriéndose por el flanco izquierdo de las tropas del general Prim, con el evidente propósito de interponerse entre éstas y las del primer y tercer cuerpos de ejército y efectuar el temible movimiento y arrollador ataque envolventes. Si no se evitaban con el pronto envío y oportuna llegada de refuerzos suficientes, la situación de los soldados de Prim sería más crítica aún que lo mucho que ya lo había sido momentos antes; pues, extenuados de fatiga por lo penoso de la marcha inicial, por lo rudo, continuo y prolongado de su incesante pelear en un combate que había empezado á las nueve de la mañana, y eran ya más

de las dos de la tarde; abrumados por el peso de su equipo y de las ocho raciones que llevaban en sus mochilas; muy escasos de municiones; mermado su número por las muchas bajas que habían tenido, y acometidos en feroz embestida en su frente, flanco y retaguardia por la enardecida morisma, las condiciones en que iban á jugarse el todo por el todo en aquel período decisivo de la batalla eran todas desventajosas, excepto las de disciplina y cohesión, y más que éstas, la del sublime denuedo que comunicaba á sus ánimos, naturalmente esforzados, el temple heroico de su candillo.

Cuando amagaba tan pavorosa tromba humana á la segunda división del segundo cuerpo de ejército, poniéndole en trance apuradísimo por el cúmulo de circunstancias adversas y condiciones desventajosas para él en que iba á empeñarse el combate decisivo, cuyo éxito, no ya incierto y dudoso se presentaba, sino que parecía iba á serle fatalmente contrario, era la siguiente la situación del ejército. A vanguardia, batiéndose en las faldas de la sierra de Benider ó Benisider, se hallaban con el general Prim la segunda división del segundo cuerpo, excepción hecha del regimiento de la Princesa; la brigada de coraceros y dos escuadrones de lanceros, la mayor parte de la artillería de montaña y las baterías de cohetes á la *Congrève*. Al avanzar y pasar el río Buceja dichas fuerzas, el primer cuerpo había resultado en segunda línea, y se reconcentró junto al aduar de Sansie, en unos montes que dominan el valle de Wad-Rás, y, apoyándole inmediatamente, se situó en la falda de dichos montes que da al aduar la primera división del segundo cuerpo. Iniciador de la batalla el primer cuerpo, había extremado sus energías hasta su máxima tensión en la lucha desigual sostenida con fuerzas enemigas superiores en número á las suyas, para contrarrestar y rechazar sus arremetidas y desalojarlas de posiciones ventajosas conquistadas mediante repetidos ataques á la bayoneta, y sus soldados se hallaban fatigadísimos, tanto ó más que los del segundo cuerpo.

Con la bajada de la caballería al llano había felizmente coincidido la llegada del tercer cuerpo al río Buceja. Venía á apoyar y reforzar en el frente de combate al segundo. Su comandante en jefe, el general Ros de Olano, había destacado á vanguardia un batallón, que cruzó el puente, avanzó por la margen derecha del río, y desplegó guerrillas para cubrir y proteger el paso de todo el cuerpo de ejército por el puente.

Los tercios vascongados de Guipúzcoa y Vizcaya y la segunda división del cuerpo de reserva, conducidos por el general Ríos, continuaban la marcha de flanqueo por la derecha del ejército que al amanecer habían emprendido, cuyo objeto era: evitar é impedir que fuerzas del enemigo se corriesen por las estribaciones de Sierra Bermeja, cubriéndose con las ásperas sinuosidades y escabrosidades de éstas, para caer sobre el ejército en marcha por su flanco derecho y retaguardia y cortar sus comunicaciones con Tetuán; arrojar de esas estribaciones á cuantos moros se opusiesen ó viniesen á oponerse á la ejecución de la penosa, difícil y arriesgada maniobra de las tropas del general Ríos, y terminar aquélla con un cambio de frente á la izquierda, mediante el cual éstas envolviesen á las huestas de Muley-el-Abbas por su derecha y ejer-

ciesen una acción amenazadora hacia el valle de Wad-Rás y camino del Fondak. Siempre á retaguardia, y bastante distanciada de los cuerpos de ejército tercero y primero, la primera división del de reserva caminaba lentamente, guardando las comunicaciones del ejército con Tetuán.

Desde las alturas de Sausie, donde se había situado con su cuartel general y escolta, porque desde ellas dominaba todo el campo de batalla, el general en jefe observaba el desarrollo del combate, á fin de adoptar oportunamente las disposiciones que su admirable don de hacerse cargo de la situación en los momentos más críticos le sugiriera. Le era preciso conocer la de las tropas del general Ríos, y no desperdiciar ni un instante en cuanto se presentaran á la vista, porque de su contacto con las del primer cuerpo dependía la ejecución de la acción común y combinada de todo el ejército, que había de darle la victoria.

Lo extenso del frente de combate de los moros, que puede decirse que empezaba en la desembocadura del río Martín y continuaba por la margen derecha de éste, la sierra de Benisider y el valle de Wad-Rás, para terminar en las montañas de Sierra Bermeja, había ocasionado que los esfuerzos de las tropas españolas, aunque simultáneos muchos de ellos, fuesen aislados, y, por tanto, sin conjunto que los hiciese decisivos. Con la llegada del tercer cuerpo á las márgenes del Buceja, la batalla, hasta entonces desconocida, iba á variar de aspecto. El ejército cristiano, desparramado para hacer frente así á los amagos como á las arremetidas y resistencias de los moros en una extensión de más de veinticinco kilómetros, ahora se concentraría sobre las alturas de Wad-Rás y monte de Benisider, donde, por dominar el camino natural que da acceso al desfiladero del Fondak, se hallaba el punto llave del campo de batalla. Por lo pronto, tuvo ya el general en jefe tropas de qué disponer para enviarlas inmediatamente al urgente socorro de la segunda división del segundo cuerpo de ejército, que, con su decidido empeño de desalojar del aduar de Benider ó Benisider y monte del mismo nombre al considerable número de moros en ellos reconcentrados, había elevado la violencia y furia de la incesante lucha al más alto grado de intensidad, justamente cuando grandes grupos de caballería mora y de moros á pie descendían al llano, para envolverla y atacarla por su flanco derecho y retaguardia.

Cuando esto sucedía, acababa de atravesar el puente de Buceja el general Ros de Olano, con tres batallones de la primera división, una brigada de la segunda, una batería de montaña y otra rodada, yendo las restantes tropas del tercer cuerpo, con los generales Turón y Quesada, hacia la derecha, para ocupar posiciones dominantes frente al valle de Wad-Rás, por disposición del general en jefe, que al mismo tiempo ordenó que el general D. Enrique O'Donnell, comandante en jefe de la segunda división del segundo cuerpo, con una brigada improvisada, pues la formaban el regimiento de Castilla, que no pertenecía á su división, y el regimiento de Borbón, que era del primer cuerpo de ejército, desde unos cerros situados á la derecha del aduar de Sausie, á que había ido con ambos regimientos á proteger el avance de las tropas del general Ríos, descendiera al llano, en el que por esta parte había bastante

caballería mora á ambos márgenes del Buceja, pasase éste agua abajo y cerca de su confluencia con el Wad-Rás, y ocupase posiciones á la derecha de las tropas de los generales Turón y Quesada, en el gran recodo que forma el Wad-Rás antes de unirse al Buceja.

Había el general Ros de Olano ido cubriendo el llano de la margen derecha del Buceja, á la salida del puente, con los batallones que habían quedado á sus inmediatas órdenes, formados en columna; había dispuesto que desplegasen guerrillas á vanguardia, y había distribuido y situado su artillería en ambas alas y hecho que rompiese el fuego contra el enemigo, para preparar el avance de todas sus tropas; y se disponía á atacar de revés á la caballería mora, cuando recibió orden del general en jefe de que á toda prisa enviara de refuerzo al general Prim tres de sus batallones. En cumplimiento de orden tan apremiante, el general Ros de Olano destacó de su cuerpo de ejército los batallones de cazadores de Ciudad Rodrigo y Baza y el segundo del regimiento de Albuera, que, conducidos por el general Cervino, jefe de la brigada á que los tres pertenecían, al paso ligero y en línea recta, en cuanto lo permitían los accidentes del terreno, recorrieron la distancia que mediaba entre el sitio de su última y reciente formación y las primeras estribaciones de las montañas de Wad-Rás, donde hicieron alto, para recibir órdenes del general Prim, que allí estaba con el jefe de Estado Mayor del ejército, general García, enviado hacía muy poco por el general O'Donnell con instrucciones para el valeroso caudillo del segundo cuerpo. La llegada de los tres batallones del tercero no pudo ser más oportuna, pues ocurrió en el momento mismo de rebasar la caballería mora por el flanco derecho el frente de combate de las tropas de Prim, quien, sin dejarles más instantes de reposo que los necesarios para tomar aliento después de su vertiginosa carrera, los mandó que salieran con igual rapidez al encuentro de los grupos de moros de á pie y de á caballo que bajaban como una tromba de las alturas. Al continuar su interrumpido avance, lo efectuaron con arrollador ímpetu, yendo el batallón de Ciudad Rodrigo, con el brigadier Pino, por la derecha de su frente, sobre la izquierda del de los moros; el de Albuera, por la izquierda, con el brigadier Alaminos; y el de Baza, con el general Cervino, que fué el que dictó estas últimas disposiciones para el combate, por el centro.

Hubo el batallón de cazadores de Ciudad Rodrigo de adelantarse á los otros dos, y chocó rudamente con la caballería mora. El choque fué terrible: los moros se arrojaron sobre el batallón como fieras; su empuje crecía, y su número se multiplicaba por instantes. Salían de los peñascos, detrás de los cuales estaban ocultos para hacer fuego, nuevos grupos de moros, y descendían de las alturas como torrente devastador. Al fuego á quemarropa con que empezaron la sañuda lucha moros y cristianos pusieron término los bravos cazadores con irresistible carga á la bayoneta, que desconcertó al enemigo desde luego y le puso en fuga.

Triunfaron las bayonetas españolas de las gúrnias y espingardas moras. El batallón de Ciudad Rodrigo había rechazado y ahuyentado á los moros; pero ¡á costa de cuánta sangre! Su valeroso jefe, D. Angel Cos-Gayón, que

en los primeros momentos del choque había sufrido una fuerte contusión, sin que por esto dejase el mando de sus valientes soldados, cayó poco después gravemente herido, y al mismo tiempo que él, diez y seis jefes y oficiales y más de la tercera parte de la tropa, según el *Diario de un testigo de la guerra de Africa*; setenta y seis hombres, según testimonios oficiales, quedaron fuera de combate, muertos ó heridos. Tuvo que encargarse del mando del batallón el comandante de Estado Mayor D. Pedro Esteban.

Triunfo tan glorioso como sangriento pudo ser efímero é ineficaz, porque los moros tardaron poco en rehacerse, y en mayor número, y con igual ó mayor furia que antes, se arrojaron otra vez sobre el mermado batallón, que, no obstante conservar sus soldados toda su entereza y valor, estaba muy quebrantado por las muchas bajas sufridas y por haberse quedado casi por completo sin oficiales, y en tales condiciones cabía la posibilidad de que su resistencia fuera un sacrificio heroico, pero luctuoso. Evitaron esta triste contingencia los batallones de Baza y Albuera, recorriendo velozmente el espacio que les había el de Ciudad Rodrigo ganado en delantera por orden superior, y acudiendo denodadamente en su auxilio.

El general Cervino había previsto esta reacción ofensiva del enemigo con fuerzas tan superiores en número á todas las suyas, y, temeroso del efecto que podía causar en el batallón de Ciudad Rodrigo, precipitó la marcha de los de Baza y Albuera, y avanzó velozmente con aquél desplegado en línea á la izquierda del de Ciudad Rodrigo, y llevando en reserva, detrás del ala izquierda de Baza, al de Albuera.

Enlazados ya Ciudad Rodrigo, Baza y Albuera, las tropas del general Cervino resultaban en condiciones de resistir y arrostrar victoriosamente á los moros, que impetuosamente se les venían encima. Baza y la compañía de cabeza de Ciudad Rodrigo los recibieron con nutridas descargas de fusilería; mas no satisfecho el general Cervino con el daño causado por el fuego de sus soldados al enemigo, ni con quebrantar de tal modo el ímpetu de éste, se lanzó con los tres batallones contra los moros en furioso ataque á la bayoneta, continuando en línea el de Baza; á su derecha, formando martillo con él, la exigua columna á que quedara reducido el de Ciudad Rodrigo, y el de Albuera en reserva. En el ala derecha de Baza iba su primer jefe, el coronel Novella, y en la izquierda, su comandante D. José Agulla y Pardiñas.

Detuvo y rechazó á los moros el violento empuje de los bravos cazadores de Ciudad Rodrigo y Baza y soldados de Albuera, que se hartaron de herir y matar con sus aceradas bayonetas. Ante el combinado esfuerzo de los tres batallones, no tan sólo fué ahuyentado el enemigo, cesó en su ofensiva y desistió de renovarla, sino que fué arrojado de las estribaciones de la sierra á que se acogió, y en las que trató de probar fortuna en la resistencia, ya que no la había tenido en la acometida.

Al atacar de frente Ciudad Rodrigo y Baza las culminantes alturas en que los moros fugitivos hicieron su última resistencia, el comandante Agulla fué el primero que subió á ellas á pie, y seguido por algunos oficiales y corto número de soldados, pues la mucha fatiga obligó á los más á ascender lenta-

mente por tan ásperas escabrosidades. La completa dispersión y ya no interrumpida fuga de los moros en dirección al desfiladero del Fondak la produjo el batallón de Albuera al rebasar al de Baza por la izquierda de éste y coronar una altura que dominaba las estribaciones y faldas de la sierra, en que los moros, batidos por los tres batallones, intentaron rehacerse otra vez y prolongar la lucha.

Había fracasado el movimiento envolvente con que la caballería mora había puesto en tan grave riesgo á las tropas del general Prim, y con ser tan positivo, beneficioso y transcendental este éxito conseguido por Ciudad Rodrigo, Baza y Albuera, todavía le hizo mayor el haber logrado, con el combate sostenido, ganar tiempo para que todas las demás tropas del tercer cuerpo, y los cuatro batallones conducidos por el general D. Enrique O'Donnell, lo tuvieran para combinar la acción táctica con la segunda división del segundo cuerpo, y los tercios de Guipúzcoa y Vizcaya y la segunda división del cuerpo, para terminar la maniobra que tan eficazmente había de contribuir á asegurar la victoria de las armas españolas.

Para hacer el flanqueo que había de cubrir por su derecha al ejército en su marcha, se anticipó á éste en emprenderla el general Ríos, que llevaba á sus órdenes tres batallones de infantería de línea, uno de cazadores, otro de infantería de Marina, los tercios vascongados, dos escuadrones de lanceros de Villaviciosa y una batería de montaña. Estas tropas se dirigieron á los montes de Samsa y Sadina, y marcharon al principio desembarazadamente, sin encontrar moros á su paso, y, por tanto, sin tener que vencer resistencia alguna del enemigo; pero como andaban por fuera de camino, y el terreno era muy quebrado y montuoso, para trepar á la cumbre de los cerros y montes, salvar los barrancos y cruzar los regatos y torrentes que de lo alto de Sierra Bermeja descendían al Guad-el-Jelú, hubieron de invertir bastante tiempo, y esto hizo que su marcha fuera penosa y lenta. Sin haber tenido que superar más dificultades que las que les presentaban los obstáculos naturales del terreno, y yendo en su avance de posición en posición, dominaron los montes de Samsa; dejando á su derecha el aduar, descendieron al río del mismo nombre, le pasaron, y al subir la vanguardia por la vertiente opuesta, en que se alzan los montes de Sadina, chocó con grupos numerosos de marroquíes. Eran las avanzadas de las considerables fuerzas que el califa Muley-el-Abbas, en su propósito de envolver por ambas alas al ejército cristiano, pero más principalmente por la derecha, aprovechando las favorables condiciones que para efectuarlo le brindaban los montes de Samsa, enviaba para apoderarse de éstos, y para que, descendiendo desde su cumbre por las vertientes que dan al Jelú, cayeran sobre la retaguardia del ejército español.

En cuanto los moros se percataron de que los españoles habían emprendido la marcha hacia el Fondak, se apresuraron á intentar el movimiento envolvente que esperaban les diese la victoria; pero la pericia del general O'Donnell, que había adivinado el plan del enemigo, contrarrestó y anuló el movimiento preparado por éste para atacar la retaguardia de su ejército, con el de flanqueo que mandó efectuar á las tropas del general Ríos, y cuyo princi-

pio fué la primera maniobra de la batalla. El combate de Sadina vino á coincidir con el paso del Buceja por las tropas del general Prim y la reconcentración del primer cuerpo de ejército en los cerros de Sansie.

Al avistarse en las faldas de los montes de Sadina la extrema vanguardia de la columna española de flanco y los primeros grupos de la numerosa hueste marroquí que venía en demanda de los montes de Samsa, una y otra rompieron el fuego, que duró poco, pues, deseosos de apoderarse de estos montes y su aduar los marroquíes, y de los de Sadina los españoles, no tardaron en acometerse mutuamente, llegando al combate cuerpo á cuerpo. Partió la iniciativa de los españoles, y era natural que así sucediese, porque, entablada la lucha cuando su vanguardia empezaba la ascensión á los montes de Sadina, y los marroquíes llegaban á la cresta de éstos, las ventajas del terreno resultaban á favor de los marroquíes. Era preciso que desaparecieran, y, para conseguirlo, convenía á los españoles aprovechar su momentánea superioridad numérica, á que habían llegado solamente á los montes los grupos de moros que primero habían emprendido la marcha desde el valle y los montes de Wad-Rás, y los que más velozmente habían recorrido la distancia que media entre éstos y los de Sadina; pero la mayor parte de la hueste mora, que venía con el propósito de envolver á todo el ejército cristiano por retaguardia, cubría aún en su marcha el camino que tenía que recorrer. Urgía á las tropas del general Ríos ganar la cumbre de los montes antes de que tuviesen que habérselas con toda aquélla. El batallón de cazadores de Tarifa y los tercios vascongados de Guipúzcoa y Vizcaya, conducidos por el general Latorre, atacaron á los moros que se les vinieron encima. El choque fué violentísimo, pero breve. Nuestros soldados rechazaron á los moros, los arrollaron, y lograron ganar la cumbre de los montes de Sadina.

Los moros fugitivos, contenidos por los que desde el valle de Wad-Rás iban llegando á reforzarlos, se rehicieron, y todos juntos, sumando ya un número bastante mayor que el de los soldados del general Ríos, y persistiendo en sus propósitos de situarse á retaguardia del ejército, por lo pronto intentaron envolver por ambas alas á la columna de flanco y la atacaron vigorosamente por su frente y flanco derechos.

A oponerse al movimiento envolvente intentado por los moros, contrarrestarlo y, cuando lo hubieran hecho fracasar, efectuarlo ellos á su vez sobre la izquierda enemiga, en cumplimiento de orden del general Ríos, avanzaron por la derecha y cargaron á la bayoneta á los marroquíes un batallón del regimiento de Bailén y el sexto de infantería de Marina, conducidos por el brigadier Lesca y apoyados inmediatamente por las restantes fuerzas de la brigada á que aquéllos pertenecían y que éste mandaba. Mientras tanto, el batallón de cazadores de Tarifa y los tercios vascongados, que á las órdenes del general Latorre habían de sostener el combate por el frente, tuvieron que empezar por atacar vigorosamente y ahuyentar á fuerzas enemigas que trataban de interponerse entre el primer cuerpo de ejército y las tropas del general Ríos, de las que fué el primer éxito, en esta segunda fase del combate de Sadina, impedir, tanto por la derecha como por la izquierda,

el movimiento envolvente, intentado por el enemigo con más energía y fuerzas sobre aquella ala que sobre ésta.

Muy rudo este segundo combate desde su principio, pronto se hizo general en toda la línea, y de momento en momento más reñido, porque incesantemente iban llegando á reforzar á los que ya estaban empeñados en la sangrienta lucha por haber llegado primero al sitio en que ésta tenía lugar, los muchos moros que cuando ocurrió el primer choque, en las faldas de los montes de Sadina, entre las vanguardias de la columna española de flanco y la hueste marroquí que había partido del valle de Wad-Rás, estaban recorriendo la distancia que media entre aquéllos y ésta.

Los nuevos, continuos y crecidos refuerzos que recibían, reanimaban el ya de suyo belicoso espíritu de los marroquíes, que repetían, uno tras otro, furiosos ataques á los españoles con tal ardimiento é ímpetu, que muchas veces llegaron á mezclarse en grupos é individualmente con los batallones de la columna del general Ríos, empeñando terribles combates cuerpo á cuerpo. La cohesión, disciplina y táctica y el valor colectivo se sobrepusieron al número y al valor individual. Para vencer la obstinada resistencia del enemigo, el general Ríos combinó un ataque de frente de Tarifa y los tercios vascongados con uno de flanco sobre la izquierda enemiga, efectuado por la brigada Lesca. Ésta, que ya había hecho fracasar el movimiento envolvente intentado por los moros sobre la derecha nuestra, á su vez inició uno sobre la izquierda de los moros, que amenazó resueltamente en vigoroso ataque, al mismo tiempo que los vascongados y cazadores de Tarifa sostenían el combate, ganando terreno al frente en mesurado pero tenaz ataque. Tan bien dirigido ataque combinado obligó á los moros á ceder; retirándose al aduar de Sadina y alturas próximas á éste, donde hicieron un último esfuerzo para contener el vigoroso empuje de los soldados de Ríos; pero les fué imposible resistir el ataque general de que les hicieron objeto éstos, que se apoderaron del aduar y le incendiaron, arrojaron de todas las posiciones en que trató de hacerse fuerte el enemigo, que huyó á la desbandada en todas direcciones.

Después de la completa derrota de los moros en el combate de Sadina, la columna española de flanco, para terminar éste, no tuvo otra vez que vencer más obstáculos que los naturales del terreno; y por ser el que la faltaba recorrer tan quebrado y montuoso como el recorrido, no pudo descender á la margen derecha del Buceja inmediatamente. Antes de llegar á las vertientes de los montes de Sadina que dan directamente al río, hizo un cambio de frente á la izquierda y descendió de los montes frente al flanco derecho de las posiciones que ocupaba el primer cuerpo de ejército, á cuya derecha se situó, en inmediato contacto con él, y vino de este modo á formar en segunda línea, cubriendo las comunicaciones del ejército con Tetuán.

El cambio de frente con que terminaron el flanco las tropas del general Ríos, según las prevenciones hechas á éste por el general en jefe, debía tener por objeto principal acabar de envolver al enemigo por su flanco izquierdo y rechazarlo hacia el centro. Tal efecto se hubiera obtenido seguramente con positivo resultado de continuar aún los moros en las márgenes del río Buceja;

pero la forzosa lentitud con que había tenido que marchar la columna de flanco, y la detención á que se había visto obligada para batir en Sadina el ala izquierda del enemigo, habían dado tiempo á que la decisión é intrepidez de las tropas del general Prim hubieran arrojado ya á los moros de las márgenes del Buceja, arrollándolos hasta las faldas de la sierra de Benider. Pero si tan preciso efecto no se consiguió, porque estaba conseguido ya, otros muchos no menos importantes produjeron el feliz éxito del flanco efectuado por las tropas del general Ríos. Gracias á él se había llegado á establecer entre todos los cuerpos de ejército completo é íntimo enlace, que permitió efectuar una acción común y decisiva sobre el monte de Benider ó Benisider y alturas y valle de Wad-Rás, en que habían concentrado sus esfuerzos de resistencia y acumulado sus fuerzas los marroquíes. Gracias á él pudo el ejército avanzar resueltamente en el momento decisivo, para desalojar á los marroquíes de las últimas posiciones por ellos ocupadas y defendidas, y para apoderarse del punto llave del campo de batalla, sin correr ya el más mínimo riesgo de ver envueltos y atacados su flanco derecho y su retaguardia, y cortadas sus comunicaciones. Gracias á él habían sido batidas, derrotadas y alejadas del campo de batalla en completa fuga las fuerzas del ala izquierda enemiga. Y gracias á él pudo el general en jefe disponer la concentración final de fuerzas para el ataque general y decisivo al enemigo.

En cuanto se hubo verificado el contacto entre las tropas del general Ríos y las del general Echagüe, el general en jefe dió con toda claridad y precisión sus instrucciones, tanto á los comandantes de cuerpo de ejército como á cuantos generales, por las vicisitudes y el desarrollo de la lucha, habían resultado mandando fuerzas que tenían que maniobrar con relativa independencia, aunque sin menoscabo del conjunto armónico de todas las maniobras que habían de constituir la importante operación que se iba á ejecutar.

Sin vacilación ninguna se cumplieron las órdenes del general en jefe, ejecutando todos los movimientos y maniobras del plan por él dictado con cuanta precisión y regularidad permitía el terreno, que no era llano y estaba cortado por barrancos, ríos y arroyos no siempre vadeables. Para apoyar como reserva el avance del tercer cuerpo de ejército, el primero se corrió por las crestas de los cerros de Sansie y fué á pasar el Buceja por el puente. Asegurarían las comunicaciones del ejército con Tetuán, escalonados en dos líneas, cuatro batallones del tercer cuerpo, los tercios vascongados y las dos divisiones del de reserva, constituyendo la primera línea las tropas que con el general Ríos habían efectuado el flanco del ejército por su derecha, y los cuatro batallones del tercer cuerpo; y la segunda línea, la primera división del cuerpo de reserva, mandada por el general Mac-Kenna, que estrechó la distancia que la separaba de las anteriores fuerzas, aproximándose á los cerros de Sansie.

Decidido el general en jefe á tomar personalmente parte en la que iba á ser operación final de la batalla, vadeó el Buceja con su cuartel general y su escolta, y fué á situarse á la izquierda y algo á vanguardia de la posición en que se hallaba el general Quesada, con tres batallones del tercer cuerpo. No

tardaron en incorporársele el batallón de cazadores de Barcelona, que formaba parte de la segunda división del tercer cuerpo; una compañía de artillería de montaña, dos del regimiento montado y dos escuadrones.

Adoptadas todas las disposiciones y terminados todos los preparativos para la operación, simultáneamente se dió principio á ésta. El general en jefe, con su cuartel general y su escolta y las tropas que acababan de incorporársele; el general Quesada, con los tres batallones de su división que habían quedado á sus inmediatas órdenes; y el general Ros de Olano, con todas las otras fuerzas de su cuerpo de ejército que se encontraban en el llano de la margen derecha del Buceja, avanzaron resueltamente por el centro, sufriendo sin detenerse el vivísimo fuego que sobre todo su frente rompieron los marroquíes.

Por la derecha, los regimientos de Castilla y Borbón y una batería de montaña, mandados circunstancialmente por el general D. Enrique O'Donnell, habían descendido de los elevados cerros de Sansie, desde los cuales protegieron, con el primer cuerpo de ejército, la bajada de las tropas del general Ríos á las orillas del Buceja, y, dispuestos siempre á rechazar las probables cargas de la caballería marroquí, que pululaba por el llano en ambas márgenes del río, hasta llegar á su cauce y pasarle con el agua á la rodilla, habían avanzado por el llano, en escalonados cuadros, bajo la protección del fuego de los cañones de montaña, que, yendo en el intervalo de los batallones centrales, lanzaban con certera puntería explosivas granadas contra las apiñadas bandadas de jinetes moros. Cuando llegaron á la altura de los batallones del general Quesada, continuaron su avance con la misma ó mayor decisión que hasta entonces, y le concertaron con el de estos batallones y el de todas las tropas que el general en jefe y el general Ros de Olano conducían al ataque general, concentrado sobre las alturas dominantes y margen de la derecha del Wad-Rás, al mismo tiempo que por la izquierda las tropas del general Prim, que no habían cesado de luchar ni un instante desde que auxiliaron al primer cuerpo de ejército en las orillas del Jelú y del Buceja y forzaron el paso de este río, reanudaban su furibunda acometividad para arrojar del aduar y totalmente del monte de Benider al enemigo, ayudadas con igual ardimiento y arrojo por los batallones de Ciudad Rodrigo, Baza y Albucera, y el regimiento de Córdoba, que los había reforzado. Flanqueando por la derecha á las tropas de Prim ascendían estos cinco batallones por lomas cubiertas de espeso bosque y de hordas marroquíes.

Era ya la caída de la tarde cuando miles de soldados, electrizados por el más férvido entusiasmo, ebrios de amor patrio, á los ecos del paso de ataque tocado por las músicas y bandas de cornetas y tambores, que se confundían con sus estruendosos vivas á España y á la Reina, concentraban sus esfuerzos en combinado ataque general contra las alturas en que los marroquíes extremaban su última resistencia.

No fué ya dudosa la victoria, que hubo de inclinarse fatalmente á favor de tropas en que la cohesión centuplicaba el esfuerzo individual, y en contra de huestes valerosas que se batían sin orden ni concierto, con mengua de su acreditado arrojo y vigor personal. El aduar de Benider y el monte del mismo

nombre cayeron definitivamente en poder de los soldados de Prim, y los soldados de O'Donnell y Ros de Olano arrojaron de las alturas y del valle de Wad-Rás al enemigo, que se retiró amedrentado, después de levantar su campamento, en dirección al desfiladero del Fondak. Aún fueron capaces de una enérgica y vigorosa reacción, é hicieron un último y desesperado esfuerzo de resistencia. Fué inútil: ante el coordinado empuje y concertado arranque de compactas columnas de batallón formadas por soldados enardecidos por la lucha ventajosa y el entusiasmo creciente, huyeron desalentados del campo de batalla.

Cuando se dispararon los últimos tiros y, ahuyentado el enemigo, los españoles se dispusieron á acampar, eran más de las cinco de la tarde; y como á las dos y media de la mañana habían abatido las tiendas de sus campamentos de los alrededores de Tetuán, y, hechos los preparativos para la jornada, á las cuatro y media habían formado y esperaron en correcta formación á que la niebla, que hizo aplazar la marcha, se disipara; á las ocho habían emprendido ésta, en cuanto aquélla se hubo disipado; y á las nueve habían empezado á luchar con el enemigo, y desde ese instante, maniobrando y marchando ó combatiendo, ó marchando y combatiendo á la vez, no se dieron momento de reposo, y tanto para rechazar las agresiones de los moros cuanto para agredirles, emplearon el arma blanca con preferencia al fuego; y para arrojar al enemigo de sus posiciones, en sus ataques á la bayoneta, hubieron de trepar á las cumbres de colinas, cerros, montes y montañas, llevando siempre sobre ellos, así en las marchas cual en los combates, todo su equipo con dotaciones extraordinarias de cartuchos y raciones para ocho días, no es necesario encarecer hasta qué punto habían tenido que extremar sus esfuerzos físicos para soportar tantísima fatiga y para vencer los obstáculos que á sus marchas, maniobras y combates opuso la naturaleza del terreno, en general bastante quebrado, por excepción llano, con frecuencia abrupto, cruzado por regatos, torrenteras y ríos, y sin comer en todo el trayecto de unos veinticinco kilómetros que hubieron de recorrer desde las inmediaciones de Tetuán hasta la entrada del desfiladero del Fondak. Pocas veces se habrá puesto á prueba la resistencia de ningún soldado del mundo á la fatiga como se puso la del soldado español en la ruda y penosa jornada del 23 de marzo de 1860. Y hay que tener en cuenta, á mayor abundamiento, que en el continuo marchar y combatir de ese día, nuestros soldados no dispusieron de tiempo alguno para hacer sus ranchos, y caminaron y lucharon sin comer, y apenas sin beber, con lo que hasta rebasaron los límites de su proverbial sobriedad.

Que la jornada fué tan sangrienta como ruda y penosa, lo dicen las bajas que tuvieron los combatientes. Fueron las de nuestro ejército 1.311, entre muertos, heridos y contusos: muertos, un jefe, seis oficiales y 130 individuos de tropa; heridos, 11 jefes, 90 oficiales y 855 de tropa; y contusos, un jefe, cuatro oficiales y 213 de tropa. No es posible fijar las de los marroquíes, ni aun prudencialmente apreciar cuántas pudieron ser, por falta absoluta de datos oficiales. Tan sólo se puede afirmar que fueron muchas, y conjeturar que muchas más que las nuestras; pues si bien es cierto que cuando en acción

ofensiva, para vencer al enemigo y arrojarle de fuertes posiciones, se emplea casi exclusivamente el ataque á la bayoneta, tiene el vencedor que lamentar más bajas que el vencido; aun teniendo en cuenta, como ahora también, por lamentables y censurables deficiencias en la instrucción del tiro, que el efecto del fuego de fusilería de nuestros infantes puede considerarse casi nulo; y aun descontando que el de nuestra artillería, teniendo por objetivo un enemigo que se batía disperso, á la desbandada, y aprovechando para ocultarse los accidentes del terreno, no pudo ser tan eficaz como si hubiera tenido por blanco masas compactas de combatientes, y que en tales condiciones los proyectiles lanzados por los cañones matan, según el dicho de los moros, más tierra que hombres; es un hecho comprobado por el testimonio de propios y extraños, siendo éstos los oficiales extranjeros que presenciaron la batalla y concurren á ella, que el efecto material de los disparos hechos en la margen derecha del Buceja por las baterías de montaña que llevaba el general Prim, y, sobre todo, los de la batería de cohetes á la *Congrève*, igualó al moral, que fué grandísimo, hay fundamento más que suficiente para suponer que, sumadas las bajas causadas por nuestra artillería á las hechas al arma blanca por nuestros infantes y jinetes, superaron en mucho las de los moros á las nuestras.

Para que la batalla de Wad-Rás fuese tan ruda y sangrienta, necesariamente hubo de ser muy reñida; y si en ella dieron nuestros soldados tan señaladas pruebas de resistencia á las fatigas y penalidades, no las dieron menores de valor. Y de no darlas no hubieran vencido, porque tuvieron que hárselas con fuerzas enemigas que superaban á las suyas en número; rechazar sus fieras y sañudas acometidas y arrollarlas en el llano, y desalojarlas con arriesgados y mortíferos ataques á la bayoneta, en cerros y montes, de fuertes posiciones, defendidas con mucha mayor bravura, tenacidad y fiereza que las muy grandes con que en todos los combates, acciones y batallas anteriores habían luchado los marroquíes, que siempre «se lanzaban á pelear con ciego heroísmo», según la gráfica frase del entonces coronel y después general alemán Goeben, testigo presencial de la acción de Samsa y de la batalla de Wad-Rás.

En ésta todos los cuerpos de ejército y todas las armas se batieron con extraordinario valor y entusiasta ardimiento. La caballería dió cargas afortunadas, y algunas de ellas casi imposibles; la artillería marchó á la altura de las tropas más avanzadas, y emplazó sus cañones de montaña en riscos que parecían inaccesibles, y batidos por los disparos de las espingardas marroquíes; y los bravos soldaditos de infantería treparon como gamos por vericuetos, rocas y montes, y electrizados por el toque de ataque, con cuanta velocidad les permitía el mucho peso que llevaban áuestas, las escabrosidades del terreno y la rápida inclinación de las pendientes, sufriendo á pecho descubierto y á corta distancia el fuego certero de los moros, ganaron las alturas, de las que desalojaron con arranque impetuoso á sus fieros enemigos, obligándoles á abandonarlas, sangrientamente escarmentados.

Hubo regimientos y batallones, como fueron los de Navarra, Toledo, Chi-

clava, León, Alba de Tormes y los voluntarios catalanes, y una compañía de ingenieros del segundo cuerpo; los de Ciudad Rodrigo, Baza y Albuera, del tercero, y Granada, del primero, que, habiéndose llegado á ver en momentos críticos seriamente comprometidos á consecuencia de los incidentes y vicisitudes de lucha tan feroz y encarnizada, elevaron su valor á las regiones del más glorioso y sobrehumano heroísmo. En disciplina, solidez y cohesión rayaron las tropas españolas á la altura de las mejores del mundo en todos los tiempos de la Historia.

Para juzgar técnicamente la acción táctica de las tropas españolas y la dirección de éstas por el general en jefe y comandantes de los cuerpos de ejército en las distintas fases de la batalla, se puede apreciar en su desarrollo cuatro periodos muy desiguales en tiempo, que puntualiza con gran acierto el *Atlas de la guerra* publicado por el Depósito de la Guerra, y en el que están reunidos y expuestos en texto, planos y vistas panorámicas elementos bastantes para escribir una concienzuda historia de nuestra brillante y gloriosa campaña de 1859-60 en Marruecos.

Los movimientos y maniobras del ejército en la hora escasa (de ocho á nueve de la mañana) en que éste avanzó en dirección al desfiladero de Fondak sin encontrar fuerzas enemigas, están comprendidos en el primer periodo. Marchó el ejército en dos columnas: la de flanco, que fué la menor y la primera en emprender el movimiento, se dirigió por la derecha del frente de marcha á ganar las estribaciones de Sierra Bermeja y caminar por ellas, cubriendo el flanco derecho de la principal en su marcha por la margen izquierda del Guad-el-Jelú.

La marcha de la columna de flanco fué muy lenta y penosa, por lo muy quebrado y áspero del terreno que ésta tuvo que recorrer, é igualmente fué muy pequeña la velocidad de marcha de la columna principal, por la numerosa impedimenta que llevaba y porque los ingenieros hubieron de ir arreglando el camino según las tropas iban avanzando. Aunque no hubiera habido estos motivos de lentitud, no hubiera podido apresurar lo más mínimo su marcha la columna principal, para no adelantarse á la columna de flanco, con lo que ésta hubiera resultado completamente ineficaz é inútil. Por esta razón, aunque los trabajos de los ingenieros, en vez de hacerlos en plena marcha, los hubieran hecho antes, en los días transcurridos desde el 11 de marzo, en que se dió la acción de Samsa, hasta el 28, como en son de censura ha dicho el coronel Goeben en sus *Cartas del viaje y permanencia en España, y del Ejército español*, la marcha no hubiera sido mucho más rápida. Además, partidario el general O'Donnell de que se hiciera la paz, y estando, á petición del Sultán de Marruecos, en tratos para conseguirla, tratos que quedaron rotos en 21 de marzo, los trabajos que hubieran hecho los ingenieros para arreglar el camino al Fondak después de la acción de Samsa y antes de la jornada del 28, hubiesen despertado la suspicacia de los marroquíes, excitado en ellos animosidad hostil, y dado motivo á que los kabileños de los aduanas inmediatos se hubieran lanzado á la lucha justamente cuando se trabajaba para evitar que continuase la que hasta entonces se venía sosteniendo.

En cuanto al orden de marcha de la columna principal, envió de una columna de flanco á los montes de Samsa y Sadina, que evitase el riesgo de que fuerzas enemigas, ocultándose en las fragosidades y asperezas de aquéllos, viniesen á envolver y atacar por la derecha y retaguardia al ejército en marcha, y á la composición de esa columna con fuerzas suficientes (ocho batallones de infantería, dos escuadrones de lanceros y una batería de montaña) para que luchase con ventaja al encontrarse con los marroquíes que intentaran tal movimiento envolvente, son indiscutibles los elogios que merece el general en jefe del ejército español.

La acción táctica de las tropas españolas en el segundo período de la batalla comprende: el encuentro de su vanguardia con los grupos avanzados de la hueste marroquí que viene á cerrarles el paso al Fondak; el paso de fuerzas del primer cuerpo á la margen derecha del Buceja, agua arriba y cerca de la afluencia de este río al Guad-el-Jelú, para oponerse á las enemigas, que si desde la derecha del Jelú empiezan á molestar en su marcha á la columna principal, desde la del Buceja y acentuado recodo que ésta forma al afluir á aquél, en mucho mayor número y más seriamente amenazan el flanco izquierdo del ejército; la toma, en reñida lucha, de posiciones al frente por el resto de la tropa del primer cuerpo; el firme apoyo que el segundo viene á dar á éste, avanzando por el centro y destacando batallones de la brigada Hediger á la derecha del Buceja en eficaz auxilio de los del primero que en ella se batan; el esfuerzo triunfador del tercer cuerpo para repeler y hacer repasar el Jelú á bandas de marroquíes que le pasaron para caer sobre la impedimenta é intentar apoderarse de ella; continuación de la marcha del tercer cuerpo, que hubo de interrumpirla para hacer fracasar la intentona de los moros, dejando un espacio considerable de distancia entre él y los cuerpos de ejército primero y segundo; continuación del flanco por la columna del general Ríos, que gana, sin resistencia enemiga, las cumbres de los montes de Samsa; y avance de la división del general Mac-Kenna cubriendo la retaguardia y escoltando el convoy.

Francisco Martín Arrüe.
General de brigada.

(Se continuará.)



LOS ESTUDIOS ÁRABES EN ESPAÑA

El renacimiento de los estudios árabes en España data de Gayangos, quien, con su monumental traducción de las *Analecta* de Almacari, tuvo la gloria de ser el primero que abrió un camino nuevo á las investigaciones españolas. Su gran colección de manuscritos árabes, propiedad hoy de la Academia de la Historia, y los tesoros amontonados en El Escorial, en Toledo y en las ciudades andaluzas, no tardaron en aguijonear la laboriosidad de nuestros eruditos y provocar la creación de una escuela de arabistas españoles.

Granada y Zaragoza han sido los dos centros naturales en que se han desarrollado los estudios arábigos, y Madrid, como capital, ha recibido el tributo de ambas escuelas.

A la cabeza de la aragonesa figura el ilustre y venerable D. Francisco Codera, con quien se formaron D. Julián Ribera, profesor primero de Árabe en Zaragoza, y hoy de Historia de las civilizaciones judía y musulmana en Madrid; D. Miguel Asín, sucesor de Codera en la cátedra de la Universidad Central, único, pero competentísimo cultivador de los estudios de filosofía árabe en nuestra Patria; D. Mariano Gaspar Remiro, profesor de Árabe de Granada, historiador de Murcia musulmana; y Linares, catedrático de Árabe vulgar en Barcelona.

En la escuela andaluza figuran D. Francisco Javier Simonet, profesor de Granada, editor de Aljatif y autor de la *Historia de los mozárabes*, entre otros trabajos importantes; D. Leopoldo Eguílaz, que nos dejó un buen *Glosario de voces españolas derivadas del árabe*; D. Eduardo Saavedra, distinguido polígrafo que ha ilustrado la geografía árabe; Amador de los Ríos y Almagro Cárdenas, epigrafistas de Sevilla y Granada, respectivamente.

A la escuela aragonesa podrían afiliarse el valenciano Pons, investigador de documentos mozárabes; Vives, arqueólogo de Mahón; Alemany, profesor de griego y arabista distinguido. Sin pertenecer á ninguna de estas dos familias, han trabajado en el árabe Fernández y González, rector de la Central; el P. Lazcano, bibliotecario de El Escorial, y Villalta, intérprete del Consulado de Tánger.

Las principales obras de esta falange de arabistas, además de las ya citadas, son la *Biblioteca Árabe-Hispana*, dirigida por D. Francisco Codera y D. Julián Ribera, que desde 1882 á 1892 publicó diez volúmenes de textos árabes sobre filología, historia, geografía, literatura y numismática; y la *Colección de estudios árabes*, que, gracias á la colaboración de D. Julián Ribera, D. Mariano Pano, D. Miguel Asín, D. Francisco Pons, D. Mariano Gaspar y el infatigable Codera, ha llegado ya al séptimo tomo.

Tales son, á grandes rasgos, los principales trabajos de los arabistas españoles: el campo de explotación, los manuscritos, los textos, los monumentos que la España árabe les ofrece son copiosísimos; pero es imposible que saquen de ellos todo el partido que se pudiera esperar mientras el Gobierno los abandone á sus propias fuerzas y el pueblo los deje aislados, mirando esta clase de estudios como una materia de valor intelectual mediocre y de ninguna utilidad práctica.

El Estado ha concedido algunas clases á los mejores arabistas; pero deja sin titular dos de las cuatro cátedras oficiales, y las acumula hace años, so pretexto de economías, á otros profesores de Letras, aunque sepan poco ó nada de árabe.

Hase acusado á nuestros cónsules, intérpretes, médicos, exploradores, etc., de no estar suficientemente preparados para cumplir su misión africana; ningún explorador nuestro puede parangonarse con Segonzac; nadie ha estudiado la religión musulmana como Doutté, ó los dialectos bereberes como René Basset; pero ¿cómo y dónde se iban á iniciar en estas cuestiones? El ilustre Codera propuso la creación de una Escuela de estudios árabes y del Islam africano, en la cual, bajo la dirección de nuestros arabistas más acreditados: Asín, Ribera, Gaspar Remiro, Villalta, se formase una generación de jóvenes escogidos que pudiesen emprender la conquista científica de Marruecos; aprobóse el proyecto en la Cámara, sólo faltaba la consignación en los presupuestos, sobrevino una crisis, y la creación de la Escuela de estudios árabes fué aplazada *sine die*.

Mayor dicho, no fué aplazada: creóse la Escuela con los reglamentos de Codera y Ribera; pero la crearon los franceses. «Francia—dice Cabaton—, que tiene L'École de Langues orientales y L'École de Lettres de Alger, conocidas en toda Europa; exploradores, cónsules, intérpretes, ingenieros, oficiales formados en Argelia y que conocen admirablemente las lenguas y costumbres del África del Norte, creyó que todo eso era poco, y apresuróse á realizar la idea del sabio Codera creando la Mission scientifique du Maroc, con el doble fin científico y práctico de emprender un amplio y metódico estudio de la civilización marroquí, para que su conocimiento completo fuese, no sólo la gloria y la alegría del sabio, sino también la fecunda escuela en la que se aprendiese á edificar el porvenir» (1).

(1) *Revue du Monde Musulman*, marzo de 1909.

Sin embargo, á pesar de que el *struggle for life* obliga á los españoles á buscar en los estudios el medio de ganarse el pan, y de que el Gobierno no protege como debiera la investigación de la cultura árabe-hispana, los arabistas españoles son tan numerosos, proporcionalmente, como los franceses; y si el fruto de sus trabajos no es tan notable como el de nuestros vecinos, hay que atribuirlo á que ninguno de ellos, sin el concurso oficial, puede permitirse el lujo de editar obras árabes, de costosísima publicación, que requieren largos años de trabajo absorbente, y que después sólo pueden ser apreciadas en un reducido círculo de sabios. No citemos más que un ejemplo elocuentísimo: después de una preparación de treinta años, y de haber logrado fama universal entre los orientistas, el Sr. Codera emprendió la publicación de su *Biblioteca Árabe-hispana*; diez años consagró á editar los nueve volúmenes de que se compone, venciendo montañas de dificultades, y, al fin, doscientos ejemplares... bastaron para satisfacer las necesidades de toda la Europa sabia.

La paralización de las publicaciones árabes no prueba, por tanto, que se haya extinguido el culto de los estudios de árabe clásico en España. Un núcleo de jóvenes animosos se agrupa alrededor de los ya escasos veteranos de la ciencia arábica, y trabaja con fe, deseo de continuar las gloriosas tradiciones de sus maestros y de hacer la historia de los árabes españoles sin que tengamos que deberla á extranjeros como Dozy ó Tornberg.

En prueba de ello, vamos á publicar las dos últimas tesis doctorales de árabe clásico presentadas por dos jóvenes arabistas que trabajan bajo la dirección de los maestros Codera y Asín. Ambas demuestran que sus autores poseen el árabe clásico, pues la monografía del Sr. Huici que hoy publicamos es un estudio del poeta moralista Abu-el-Atahya, hecho exclusivamente sobre las fuentes árabes, que ha valido á su autor el premio extraordinario del doctorado de Letras en el curso último; y el trabajo del Sr. Alarcón, que publicaremos en el número próximo, es un examen crítico del valor histórico de *Al-Ishtiqac* y la traducción al castellano de la parte en que su autor expone la guerra hispano-marroquí de 1859, documento interesantísimo por contener los únicos datos de origen marroquí que poseemos acerca de la campaña de África.

ABU-EL-ATAHIYA Y SU DIVÁN

ESTUDIO CRÍTICO DE POESÍA ÁRABE

No hace más de un año cayó en mis manos un libro de poesías árabes recientemente editado en Beirout (Siria), cuyo título es: *Las flores de esquisito perfume en el diván de Abu-el-Atahya, sacado de las narraciones del Namiri y de los libros de los mejores literatos árabes, como Isfahani, el Mubarrad, Ibn abd rābbihī, el Mashūdī, el Mauardī, el Gazālī y otros.*

Leí algunas de sus poesías; todas respiraban la más anstera moralidad, y de un cabo á otro no trataban más que de la vanidad de la vida, de las desgracias humanas, de las vicisitudes de la fortuna, y, sobre todo, de la muerte. Diríase que el poeta había ido á inspirarse en un claustro de San Bruno, y que los versos escapaban de su pluma como aves nocturnas asustadas por el fatídico «morir habemos» de los monjes cartujos.

Tuve luego curiosidad de conocer al santón-poeta que había puesto su lira al unísono con la trompeta del juicio, y, aunque acostumbrado á ver á los hombres poner en contradicción sus ideas con su vida práctica, no pude menos de asombrarme al descubrir que aquel Juan Bautista del Parnaso musulmán era un cortesano envilecido, galán de las concubinas del Mahdi, mendigo sin pu-

dor, amigo de herejes maniqueos, loco, llamado Atahiya por sus extravagancias de todos los días, y hombre el más avaro de su tiempo.

Sus poesías me parecieron más vulgares y monótonas que los batanes qui-jotescos—y no podía ser otra cosa, siendo poesía árabe y del tiempo de los abasidas—; pero la figura del apicarado moralista me interesó vivamente: leí con heroica paciencia más de cuatrocientas composiciones líricas de plúmbeo pesimismo musulmán, reuní todos los datos que pude sobre la poco edificante vida del príncipe de los poetas morales del Oriente mahometano, y me decidí á murmurar de él en castellano y á traducir varias poesías suyas, para que se viese con un nuevo ejemplo hasta dónde llega la decantada imaginación árabe y su arrebatador lirismo.

Vocación poética de Abu-el-Atahiya

Abu-el-abbas-el Saffah había conseguido exterminar á la familia omeya, y se ocupaba en apagar rebeliones y deshacerse de los generales que le habían elevado al Trono, cuando nació Abu Isjaq Ismail ibn el Qasim-ibn suaid-ibn Kisan, el Anazi, y luego, por adopción, el Aini, conocido por Abu-el-Atahiya, el año 130 de la Hégira (747 de Jesucristo), en Ain el tamar, pueblecito del Hejaz, en las cercanías de Medina.

Su familia procedía de Anza, y el bisabuelo de nuestro poeta, Kisan, nació en Ain el tamar. Dícese que cuando Jaled ibn ualid arrasó á Ain el tamar, Kisan era un niño huérfano, al cuidado de una parienta suya, Anzita, y que Jaled lo hizo prisionero con los otros muchachos de su pueblo, y los envió á Abu-Beker. Hallábase el Califa, cuando llegaron, en compañía de Ibad-ibn-raf atí el Anzi, y comenzó á preguntar á los niños acerca de su procedencia: cada uno le contaba lo que podía saber de su pueblo y familia; llególe el turno á Kisan, y fué el único afortunado entre aquellas infelices criaturas, porque, al oírle decir que era de Anza, Ibad, como buen árabe, interesóse por su contribución, consiguió fácilmente que el Califa, su amigo, se lo regalase, y al punto le dió libertad.

Era, pues, Atahiya descendiente de una familia beduina de pura raza, á quien la terrible espada de Jaled, que de la manera más bárbara reducía á la nueva fe á los árabes apóstatas, había arruinado y dispersado.

Alqasem, padre del poeta, fué un pobre sangrador en Marja, y por eso Atahiya dice en sus versos á los que le echaban en cara la bajeza de su linaje:

«¿Acaso no es la piedad la verdadera gloria y el verdadero honor, mientras que tu amor á las cosas de este mundo es pobreza y deshonor? No es mengua de un hombre piadoso, si su piedad es verdadera, el que sea tejedor ó sangrador.»

Abu-el-Atahiya, deseoso de tentar fortuna, fué á establecerse en Cufa durante el reinado de Almansur, no sabemos en qué año; casi seguramente antes de la fundación de Bagdad (766 á 768).

Las letras árabes hacían rápidos progresos bajo la decidida protección de Almansur: nacía la filología musulmana con Sivaueih y Jolid en Basora, y el Kisai en Cufa; el Asmai se dedicaba á explicar y coleccionar los cantos y leyendas del viejo tiempo. Ibn Mokaffa traducía del persa el famoso *Kalila wa Dimna*. Abu Huzeil el Allaf se daba á especulaciones filosóficas sobre el libre albedrío; se traducía la lógica de Aristóteles. Ibn Isjaq escribía la primera biografía del Profeta, y Abu Hanifa, en Bagdad, y Malik, en Medina, fundaban sus célebres sistemas de Derecho.

Mas Abu-el-Atahiya permaneció extraño á este movimiento científico: al establecerse en Cufa, muy joven, no sabía más que cualquier beduino de su tribu, y antes de que se despertara su talento poético fué un pobre alfarero; al compás de su torno comenzó á hacer versos, y pronto se vió visitado por los literatos de Cufa, quienes se apresuraban á copiar en los cascotes esparcidos por el taller los versos que le oían declamar. Llegó luego á tener algunos esclavos negros en común con su hermano Zeid, les hacían trabajar en un horno, y cuando reunían bastantes cacharros, los entregaban á un criado llamado Abu-ibad el yazidi, del barrio de los alfareros en Cufa, y éste los vendía en su nombre.

Otra tradición sostiene que no él, sino sólo su hermano se había dedicado á la cerámica, y que, preguntado un día sobre el particular, respondió:

—Yo soy alfarero de rimas, y mi hermano, de arcilla.

El hacer una frase ingeniosa debió de ser el único fundamento de esta tradición.

Poco á poco fué dejando su alfarería y dedicándose á hacer versos; distinguióse entre los cufitas, sobre todo por su extrema fecundidad; usaba de gran variedad de rimas; tenía ideas bonitas, elocución fácil, mucha agudeza y extraordinaria soltura de versificación, y, como era de temer, de ahí mismo nacía el que fuese prosaico y desaliñado. Los versos de Abu-el-Atahiya son como los patios de los palacios reales, en los cuales se encuentran piedras preciosas, oro, tierra, cascotes de vasijas y huesos de dátiles.

El poeta cortesano

Al verse poeta, decidió Abu-el-Atahiya irse á la nueva corte de Bagdad, y en ella se estableció, en compañía del célebre músico Ibrahim de Mosul; pero nadie hizo caso de él; vióse pronto reducido á la miseria, y se trasladó á Hira, donde logró darse á conocer, hasta merecer ser llamado por el Mahdí á su corte.

Nada podemos presentar entre los versos de Abu-el-Atahiya como perteneciente á esta primera época; los literatos árabes que á retazos y sólo por vía de erudición nos han conservado sus poesías, no se han cuidado de distinguir en él épocas ni maneras, y la actual redacción de su diván, dispuesto por orden alfabético de rimas, es lo más á propósito para barajar todas sus composiciones.

Llamado á la corte por el Mahdi, y recibido como poeta palaciego después de haber recitado una elegante *qasida* llena de ampulosos elogios del Califa, entra Abu-el-Atahiya en su segunda época, en su vida de poeta cortesano, parásito adulador de cuatro Sultanes: el Mahdi, el Hadi, Harun-el-Rachid y Almamun; de todos ellos fué muy gustado, y con todos ellos tuvo muchas peripecias y aventuras; su gran flexibilidad de carácter y la necesidad que de él se tenía para alegrar con sus discreteos las orgías de palacio, le libraron de ser sacrificado á las negras veleidades de aquellos monstruos. Tenemos pruebas de ello.

Llevaba ya Abu-el-Atahiya bastante tiempo en la corte del Mahdi, gozando de sus liberalidades y dándose á conocer por sus excentricidades, cuando en mala hora conoció á Utbata, esclava del Sultán; urdió con ella una intriga y hasta se atrevió á cantarla en sus versos, por lo que, irritado el Mahdi, lo mandó encarcelar. Abu-el-Atahiya comprendió al punto la gravedad de su situación, y escribió humildemente estos versos al Califa:

«Oh Rey, en quien todos confían; los mayores hombres se dejan llevar de la pasión: juzgas que he dado un mal paso; mas no por eso creas que me lanzaré á cometer un acto reprobable, porque un hombre como yo no se pone á ser denigrado. Perdóname y serás perdonado el día del juicio, cuando el infierno desborde sus fuegos.»

El Mahdi se compadeció, y mandó ponerle en libertad. Salió de la cárcel, según dice Abu Habba ibn Muhammad, con un mal de ojos que le molestaba mucho; y como un día, al ir á visitar á un médico para darse colirio, le dijese sus amigos que aquel mal duraba demasiado, improvisó los siguientes versos:

«¡Ay de mí, ay de mí! ¿Es que no había medio de libertarse de tantos lazos y de tantas calamidades? ¡Ay de mi ojo, que el llorar le hace daño y la suavidad del colirio no le hace bien!»

Mas pronto curado de su dolencia, y vuelto á la amistad del Califa, dióse á nuevas locuras; tanto, que el Mahdi le dijo un día:

—Tú eres un hombre extravagante, un «atahiya».

Y con esto se le dió un apodo que prevaleció sobre su nombre propio y el apellido de su familia, y por el cual fué conocido en todo el mundo.

Por eso Ualiba ibn el Habba, satirizándole, le dice:

«Era conocido entre nosotros por Abu Isaac, y por este nombre se le llamaba en todas partes; mas ahora se le llama el loco «Atahiya» por sus extravagancias. ¡Vaya un apodo más bien puesto! Dios te ha dado con esto una barba de la cual no te podrás deshacer con el filo de la mejor navaja.»

Pronto se le acusó de Zindiq, esto es, de impío, de maniqueo, de pertenecer á la secta de los filósofos, que no creían en la resurrección, y para ello se tomaba pie de sus mismos versos, que trataban casi exclusivamente de la muerte, sin mentar el juicio y la vida futura.

Los ravis árabes dicen que tal acusación es una calumnia infundada, porque en muchas de sus poesías habla claramente de la otra vida y de la cuenta que al Juez supremo hemos de dar; pero estas composiciones son ya de los

tiempos del Rachid, y no de los del Mahdi y el Hadi, ó sea de su juventud, porque, como dice el Agani, aunque con frases veladas y muy de pasada:

«Hubo quien consiguió, halagando sus pasiones, atraerlo á la sociedad de los poetas locos y desoreídos, aunque luego llegó á tener serias desavenencias con ellos; separóse, por fin, de su compañía, maldiciendo sus errores; mostró un arrepentimiento más ó menos sincero, y se dió al ascetismo.

»É iluminó Dios su corazón y le inspiró el pensamiento de la muerte y el juicio, y se dió á poner en verso cuanto aprendió de los sabios acerca de la *suna* y otras buenas doctrinas; sus poesías sobre el ascetismo no tienen igual, porque están tomadas de los libros de la religión, de la *suna* y de las sentencias que corren en boca del pueblo.»

Así se formó el primero y el más célebre de los poetas morales del islamismo, y no es creíble la cantidad de versos parenéticos que á su imitación se escribieron.

Como los poetas de la *chahiliye* tenían por absolutamente indispensable el encabezar sus *gasidas* con la descripción de las gracias de una amada más ó menos real, así los corrompidos poetas del tiempo de los abasidas y sus sucesores dieron en creer que no podían alcanzar renombre de verdaderos poetas si no filosofaban sanchopancescamente sobre las miserias del *dunie*.

Dada la escuela á que había pertenecido, y su carácter, no pudo menos de ser tenida por sospechosa su conversión, y más de una vez sus enemigos le trataron de impío, hipócrita y solapado.

Ibrahim-ibn-el-Mahdi se lo dice en sus sátiras con toda crudeza:

«Aunque el Destino te haya acordado un plazo, ¡oh Atahiya!, la muerte no es olvidadiza, como lo es tu corazón. ¡Desgraciado del viejo cuya esperanza destruye la impotencia aún antes que la muerte! Te has hecho el abogado de este mundo, y lo lloras y cantas sus males, sin preocuparte de la resurrección. La vida es dulce y la muerte amarga, y la casa es casa de gloria y magnificencia. Elige para tu alma uno de los caminos que tienes ante ti, y no seas con ella necio, porque tú eres muy distraído, y no te fascine el que se diga: «Habla bien, es muy elocuente y su sátira es temible.» Reforma la maldad de tus pensamientos íntimos, que tú solo conoces, y teme la cuenta de Dios, porque veo que aparentas ascetismo, y se puede creer que también en todo lo demás eres un hipócrita.»

Abu-Nauas, el poeta báquico de Harun-el-Rachid, fué un día á visitar á Abu-el-Atahiya después de su conversión, y como éste le reprendiese porque se dedicaba á la música y frecuentaba las reuniones mundanas, contestóle Abu-Nauas:

—¿Acaso quieres, ¡oh Atahiya!, que deje estos alegres pasatiempos? ¿Acaso quieres que sea ante el pueblo un falso asceta engañador?

Levantóse de un salto Atahiya, y díjole:

—¡Maldígate Dios!

Pero Abu-Nauas echóse á reír.

El poeta penitente

Pero no eran sólo los deslices de su juventud los que hacían sospechosa la sinceridad de nuestro poeta: en sus mismas demostraciones de austeridad era tan cómodo y aparatoso, que más parecía buscar la popularidad que no el reino de los cielos. Véanse algunas pruebas:

Cuenta Mujarraq—según dice el Agani—que Abu-el-Atahiya fué un día á verle, y le dijo:

«—Quiero hacer mis provisiones para la eternidad, si tienes á bien el acceder á mis ruegos. ¿Cuándo estarás desocupado?

»—Cuando tú quieras—le contesté.

»—Temo que no me cumplas tu palabra.

»—¡Vive Dios, que aunque me llame el Califa no te dejaré burlado!

»—Pues, entonces, mañana.

»—Bueno—le dije; y me despedí de él.

»Al día siguiente, muy de mañana, un criado suyo vino á buscarme y me llevó á su casa, que estaba muy limpia y muy bien amueblada.

»Hablamos un rato, y luego Abu-el-Atahiya mandó servir la comida, y he aquí el curioso menú que fué servido, según dice el mismo Mujarraq:

»Pusiéronnos un pan blanquísimo, entremeses, vinagre y sal, y en seguida presentaron un cabrito asado: comimos de él cuanto nos vino en talante. Luego hizo traer pescado frito, y comimos hasta saciarnos; después, dulces: los comimos, y nos lavamos las manos; por fin nos ofrecieron frutas, perfumes y vinos de varias clases.

»—Elige el que más te guste—me dijo.

»Elegí, y bebí. Entonces llenó Atahiya su copa, y me dijo:

»—Cántame aquel verso mío: «Ojalá que volviese la juventud, para que le contase lo que ha hecho en mí la vejez.»

»Se lo canté, y él vació su copa mientras lloraba el más copioso llanto. De allí á poco volvió á decirme:

»—Cántame aquel verso mío: «A quien no tiene ningún recurso, nada mejor le queda que la paciencia.»

»Se lo canté, volvió á llenar su copa, lloró con la misma fuerza y naturalidad que antes, y me dijo otra vez:

»—Cántame ahora aquello: «Amigo mío, ¿por qué no cesas de hacerme daño? ¿Por qué eres para mí como uno de los males inevitables del Destino?»

»Dile gusto, y así continuamos: él pidiéndome toda clase de cantos, y yo ejecutándoselos con letra de sus poesías; y á cada aire nuevo, lloraba y bebía con la misma fuerza. Por fin, ya al anochecer, me dijo:

»—Quiero que aguardes hasta que veas lo que hago.

»Me senté, llamó á su hijo y á sus criados, é hizo pedazos con grande estrépito todas las copas y botellas que había sobre la mesa.»

En seguida mandó traer cuanto vino tenía en casa, que no debía de ser poco, y aquello fué la batalla de los cueros; dióse con gran furia á verter vino añejo

y á desbaratar vasijas y á llorar al mismo tiempo, hasta que quedó la casa inundada y los toneles desvencijados.

Así desahogó su enojo contra el licor prohibido, después de haberse pasado el día haciendo libaciones. Terminada la faena, que no fué corta, desnudóse sus vestidos, se lavó, se vistió una túnica de lana blanca, y abrazando á Mujarraq y llorando, le dijo:

«—Adiós, querido mío y alegría mía entre todos los hombres; adiós para siempre.

«De nuevo le interrumpió el llanto, y acabó por decirme:

«—Esta es la última vez que te veo antes de romper mi amistad con el mundo.

«Yo creí que aquello era una de sus locuras y botaratadas ordinarias; me despedí, pues, aparentando seriedad, y no volví á verle en mucho tiempo. Como éramos amigos, volví á acordarme de él, y quise saber de su vida: fuí á su casa, le pedí que me dejase verle, y al punto me lo concedió.

«Entré, y he aquí que había echado mano de dos cestos de los que se usan para la cocienda de dátiles, y, agujereando uno de ellos, se lo había pasado por la cabeza y las manos para que hiciese oficio de camisa; el otro, agujereado del mismo modo, se lo pasó por las piernas á guisa de zaragüelles.»

Al verle con aquel sambenito olvidóse de todo Mujarraq, y le dijo, después de haberse muerto de risa:

«—Así te dé Dios dos adarmes de sentido común. ¿Qué es lo que veo? ¿Quién te ha dicho que jamás ningún profeta, ni anacoreta, ni compañero de Mahoma, ni aun ningún loco hiciese tal cosa? Quitate ese caparazón, y no hagas dislates.»

«Por el momento pareció avergonzarse; pero poco después supe que se había hecho curandero. Dióse á poner ventosas á huérfanos y mendigos, y, como es natural, llamó esto poderosamente la atención, por tratarse del poeta favorito de Harun-el-Rachid; como muchos le preguntasen por qué hacía aquello, contestó devotamente:

«—Lo hago para humillar á mi alma tanto cuanto el mundo la ha ensalzado; la humillo para que olvide el orgullo y gane al mismo tiempo la eterna gloria.»

El moralista avaro

Con una piedad tan *sui generis* sabía Abu-el-Atahiya amalgamar una avaricia tartufiana y una dureza de corazón inquebrantable. Las anécdotas sobre el particular forman casi la mitad de lo que sobre Abu-el-Atahiya sabemos, algunas de ellas en extremo típicas.

Cuenta un tal Zamama—según se lee en la biografía que precede á la edición de Beirut—que entró un día con varios amigos á visitar á Abu-el-Atahiya, y halláronlo comiendo pan á secas; y como los demás se extrañasen y saliesen diciendo que nunca habían visto tal cosa, Zamama les aseguró que él le había visto hacer como que comía, sin tomar nada.

—¿Cómo puede ser eso?—le preguntaron todos.

—Muy sencillo. Un día estaba en cuclillas, con un plato de leche cuajada entre las piernas y un pedazo de pan seco en la mano, y con gran seriedad metía el pan en el *laban* y se lo pasaba junto á la boca sin probar bocado.

Yo le dije:

—Parece que quieres alimentarte sin comer; pero te será un poco difícil.

Y él continuó imperturbable. Esto podría ser una de sus farsas inofensivas; pero hay hechos positivos que demuestran su mal corazón.

Cuenta Ibn-Aisa el Hazani que Abu-el-Atahiya tenía un vecino muy pobre y desgraciado, astrosamente vestido, que recogía huesos de dátiles. Todos los días, mañana y tarde, pasaba por la puerta de Abu-el-Atahiya, y éste prorrumplía enternecido al verle pasar, de modo que todo el mundo lo oyese:

—Líbralo de las necesidades en que se vé, pobre viejo desgraciado y harapiento. Dios mío, ayúdale, hazle bien, bendícelo, etc., etc.

Y el piadoso asceta tuvo corazón para continuar así durante veinte años, hasta que murió el viejo, sin darle un solo *di-hem*, ni un *daneq*; nada que no fuese buenas palabras y sarcásticas jaculatorias.

Cansado ya un día de perpetuas letanías, le dije:

—Mucho pides á Dios por ese mendigo, y mucho te compadeces de su pobreza; y, sin embargo, todavía no le has dado la primera limosna.

Y el muy socarrón contestó:

—Temo que se acostumbre á mis limosnas, y la limosna es el último beneficio que puede hacer un servidor de Dios; y como, por otra parte, en la oración hay tantos bienes...

Tenía Abu-el-Atahiya un esclavo negro de miembros hercúleos, alto como la pala de un horno, y, con todo, sólo compraba para él dos panecillos cada día.

•El desgraciado—dice Muhammad Ibn Aisa el jazimi—vino una vez á verme, y me dijo desesperado:

•—Vive Dios que me muero de hambre.

•—Pues ¿qué te pasa?

•—Que trabajo como un forzado todo el día, y, con todo, ese hombre no me pasa sino dos panecillos sebos, sin condimento alguno. Por favor te pido que le hables para que me dé siquiera un poco más de pan, y Dios te lo pagará.

•Yo se lo prometí; pero luego se me olvidó. Una vez que yo estaba sentado con el poeta, pasó ante nosotros el esclavo y me hizo unas señas tan tristes, quejándose de mi tardanza, que me causó vergüenza, y al punto dije á Abu-el-Atahiya:

•—¿Cuánto pasas á este criado cada día?

•—Dos panes—contestó.

•—Es imposible que le basten.

•—A quien no le basta lo poco—replicó sentenciosamente—, no le bastará lo mucho, y el que sigue á una pasión perecerá; este criado forma parte de mi familia, y si no lo acostumbro á la templanza y sobriedad, me arruinará y arruinará á todos los míos.

•Tal filosofía era irrefutable.

»Murió después el negro, y mandó enterrarlo con las ropas más raídas que tenía. Yo le dije indignado:

«—¡Por Dios! A un criado viejo que tanto te ha servido, y á quien tanto debes, ¿lo entierras con una mortaja tan mugrienta, cuando por sólo un dinar podrías hacerle unos funerales decentes?

«—El va á la corrupción—replicó Abu-el-Atahiya—, y un vivo es más digno de un traje nuevo que no un muerto.

»Viendo que siempre encontraba razones para paliar su repugnante avaricia, le respondí:

«—Así Dios te guarde: has sabido acostumbrarlo á la sobriedad en vida y en muerte.»

Y éste era el hombre que hacía composiciones como ésta:

«El vivir con quietud en este mundo no lo consiente el tiempo á nadie. Con su voz elocuente nos anuncia que vivimos en una morada de corrupción. Morada mala, en la que no dura para el hombre ni el placer ni el dolor. No vemos en ella á nadie que no tenga que sufrir desgracias. Es digno de admiración cuánto se han engañado las generaciones que nos han precedido. Han amontonado riquezas para otros, y han fabricado palacios que no habían de habitar.

»Lo abandonaron todo, después de haberse odiado mutuamente por su posesión. *Todo hombre, al morir, no goza de sus bienes más que lo que vale su mortaja, y no le queda de sus riquezas más que el recuerdo de sus buenas obras.*»

Sin embargo, no siempre sus estoicas excusas quedaban sin réplica; á propósito del penúltimo verso de la anterior composición, le pasó una cómica aventura en la que, si su avaricia se sostuvo incólume, por lo menos su fama y talento quedaron muy malparados.

Cuenta el Agani que un mendigo de ingenio paróse un día ante Abu-el-Atahiya, á la sazón en que éste departía con sus vecinos á la puerta de su casa, y le pidió limosna. Abu-el-Atahiya le contestó con un «Dios te ampare»; el pobre repitió la petición, y Abu-el-Atahiya las buenas palabras hasta la tercera vez. Enojado entonces el mendigo, le dijo:

«—¿No es tuyo aquel verso: «Todo hombre, al morir, no goza de sus bienes más de lo que vale la mortaja?»

«—Sí—contestó Abu-el-Atahiya.

«—Pues qué—arguyó irónicamente el mendigo—, ¿quieres gastar toda tu hacienda en tu entierro?

«—No—respondió el poeta.

«—¡Voto á Dios! ¿En cuánto aprecias tus funerales?

«—En cinco dinares.

«—Luego ¿eso es lo que de toda tu fortuna has de gozar?

«—Sí.

«—Pues, entonces, hazme de lo que de eso te sobra una limosna de un *dirhem*.

Y Abu-el-Atahiya tuvo el cinismo de contestar:

«—No puedo, porque sería quitarlo á mis funerales.

El mendigo, como una sanguijuela, que no suelta la presa hasta saciarse de sangre, le salió al paso con la más serena lógica:

—Entonces no tienes más que pagar por adelantado uno ó dos quilates si quiera, de los cinco dinares de tus exequias, y gastarlos en mí.

—¿Cómo?—dijo extrañado el avaro.

—Del modo más obvio. Por abrir una fosa se suele pagar tres *dirhemes*. Bueno; pues dame uno sólo, y yo me comprometo á ser tu sepulturero cuando mueras, y con eso ganas dos *dirhemes*... Que Dios no te los tome en cuenta, y si no abro tu sepultura lo devolveré á tus herederos, ó si no, lo devolveré un fiador que yo te presentaré.

Acorralado de aquella manera Abu-el-Atahiya, llegó á avergonzarse; despachólo con una maldición, y se irritó terriblemente; con lo cual toda la concurrencia rióse de él en sus ojos, y el mendigo fué satisfecho.

Cuando Abu-el-Atahiya recobró la calma, tuvo humor de decir que por la imprudencia de mendigos como aquél no podía dar limosna á nadie. ¡Qué desgracia la suya!

Es curioso ver á un asceta, que no canta sino el desprecio del mundo, metalizarse y endurecerse como un diamante ante las desgracias más fáciles de remediar; pero aún es más extraño verle entrampado, deudor impenitente que elude por todos los medios la acción de sus acreedores y se vale de su talento poético para burlar apremios demasiado urgentes.

Un comerciante de la puerta del Collar, en Cufa, había dado al fiado á Abu-el-Atahiya unas prendas de vestir, y el poeta, á pesar de recibir con frecuencia soberbios donativos en palacio, hízose el desmemoriado.

Un día, distraído, acertó á pasar ante el establecimiento de su acreedor, y éste, viéndole, dijo á uno de sus dependientes, joven de hermosa presencia:

—Ahí va Abu-el-Atahiya; alcánzalo, y no lo dejes hasta cobrar lo que nos debe.

Dió el mancebo con él á la entrada del puente, y, cogiendo por las riendas al asnillo que montaba Abu-el-Atahiya, lo detuvo y dijo al poeta que era preciso pagar los vestidos que llevaba.

Entonces Abu-el-Atahiya trabó de él por el brazo, y todos los que pasaban por el puente se fueron arremolinando alrededor de ellos.

Cuando el avaro marrullero vió bastante gente reunida, y al joven algo turbado, improvisó con énfasis estos versos:

—Vive Dios, joven, que prefiero tu cara á tus hechos; si tus hechos fuesen como tu cara, me fiaría de ti.

Biéronse los paseantes, y el joven, rojo como la grana, soltó las riendas del jumento, y volvióse á la tienda de su amo, diciéndole:

—Me has enviado á un diablo que ha reunido en torno mío á todos los ociosos; me ha dicho unos versos que me han sonrojado, y me ha hecho huir.

Pero ¿es que Abu-el-Atahiya sería uno de esos poetas famélicos cuyo tipo es vulgar en todas las literaturas europeas?

Nada de eso; era el poeta favorito de Harun-el-Bachid y los Barmecidas, cuyas liberalidades han eternizado *Las mil y una noches*. El Califa le había

asignado una pensión anual de 50.000 *dirhemes*, sin contar los regalos y premios extraordinarios, que á veces eran fabulosos.

Cuenta Ibn-el-Mahdi que Rachid envió al Majrachi á Mosul á cobrar los tributos, y que éste volvió con sumas considerables, después de haber pagado todos los gastos de la Administración, y las depositó en la tesorería del Rachid. El Califa, sin enterarse siquiera de á cuánto ascendía aquella cantidad, mandó entregarla inmediatamente á una de sus favoritas. Los cortesanos se hicieron lenguas de tanta generosidad, y hubo quien se lo contó al bueno de Abu-el-Atahiya. Al oírlo quedó fuera de sí; y al preguntarle qué le pasaba, contestó:

—¡Vive el cielo! ¡Esa suma enorme se ha de entregar á una esclava, y mi mano no ha de tocar un quilatel...

Al momento púsose á hilvanar un ampuloso panegírico, y á los pocos días presentóse con él á Rachid y se lo declamó:

—Dios te ha dado todo el mundo—decía—, y te lo ha sometido; pero tú no sabes sino despreciar todo lo que está en tu poder; porque nadie estima los bienes de este mundo en tan poco como los estimas tú.

Fadl-el-Barmecida le interrumpió diciendo:

—Príncipe de los Creyentes, ningún Califa ha sido alabado con más razón que tú ahora.

Rachid, por toda respuesta, dijo al visir:

—Dale veinte mil *dirhemes*.

A la mañana siguiente Abu-el-Atahiya se presentó en el palacio de Fadl, y le ofreció estos versos:

—Si buscas un amigo, escógelo como Fadl. El sabe estimar el más pequeño agradecimiento, y hace grandes favores como si fueran pequeños. Cierto estoy que á ninguna parte puede volver los ojos sin encontrar huellas de su generosidad.

Fadl, conmovido, le dijo:

—Si pudiera igualarme con el Califa, te daría lo que él te ha dado; pero yo voy á darte más.

Y mandó entregarle la misma suma que Rachid, y luego 5.000 *dirhemes* más. Y no era sólo el Califa y sus grandes visires: los gobernadores de provincia pagaban también con una lluvia de oro cuatro alabanzas hiperbólicas de Abu-el-Atahiya.

Un día recitó al Emir Amru-Ibn-el-Ala estos versos:

—No temo al tiempo y sus borrascas cuando me acojo á la protección del Emir. Si pudieran los hombres, le ofrecerían, por honrarle, sus caras, para sandalias de sus pies. Hasta que tú naciste no se había visto tal generosidad, ¡oh Amru!; y si un día mueres, ella morirá contigo. La muerte se quejará de ti, porque no le dejas más que campos esquilados y las cenizas del festín; pero, en cambio, cuando venga á nosotros, vendrá vacía y se retirará cargada.

Y así continúa su *qasida*, de fácil versificación, bien trabada y sencilla de estilo, al decir de las críticas árabes. Amru, envanecido con tan desatentados

elogios, le dió en el acto 70.000 *dirhemes*. Los poetas del séquito de Amru se picaron en lo vivo y dijeron:

—Estamos nosotros á la puerta del Emir tantos años ha, y entre todos juntos no hemos recibido esa suma; y llega ése, y se la lleva por unos cuantos versos...

Amru les explicó de este modo sus preferencias por Abu-el-Atahiya:

—Vosotros andáis alrededor de un asunto sin desflorarle apenas, y cuando entráis en él lo hacéis mal, después de haber gastado cincuenta versos en celebrar á vuestra amada; de modo que sólo alabáis á uno cuando ya se ha ido toda la gracia y la frescura de la *qasida*. Pero Abu el-Atahiya entra en seguida en materia y me alaba, sin divagar mucho sobre las gracias de su amada.

Esta alabanza es peor que la más acerba crítica: ser corto y ceñirse al asunto. «No son ésas las dos alas con que se sube al Helicón.»

Aventuras palaciegas

Digno de estudio sería el poder seguir á Abu-el-Atahiya en sus relaciones con los cuatro Califas sucesores del fundador de la dinastía abasida, deslindar la parte que tomó en las horrendas tragedias desarrolladas en el palacio de Bagdad, y ver cómo pudo librarse en tan larga vida de las caricias de aquellos tigres; pero los tradicionalistas musulmanes sólo nos han conservado anécdotas fragmentarias, y lo único que podemos hacer es disponerlas metódicamente para poner de relieve al asceta en su vida de cortesano.

Con el Mahdi, sucesor de Almanzor, no fué el poeta muy afortunado: ya hemos visto que estuvo á punto de perder la vista por sus intrigas con una esclava del Califa, languideció largos meses en un calabozo infecto, y salió de él con la vista casi perdida. Volvió á las buenas gracias del Soberano; pero siempre el Mahdi lo trató con cierto despego, y más de una vez montó en cólera y despidió de sí bruscamente al descomedido improvisador.

Salió un día de caza el Mahdi, y Abu-el-Atahiya se hallaba en su séquito. Con las peripecias del ojeo dispersáronse los cortesanos, y el Califa llegó solo con el poeta á la orilla de un río á la sazón en que el cielo se encapotaba súbitamente y caían gruesas gotas, precursoras de una tormenta de estío. Encontraron en el paso del río un barquero, y le pidieron que los orientase en su camino. Echándoles en cara su imprudencia al aventurarse por aquellas fragosidades, los transbordó y condujo á su miserable choza. El Califa tiritaba de frío; el rudo marino lo acostó en su lecho, lo cubrió con su capa aguadera, y el Mahdi concilió el sueño un poco. Abu-el-Atahiya contemplaba maliciosamente la cara lujuriosa del viejo Califa destacándose en aquel mugriento lecho. Acudieron por fin las esclavas del Mahdi, y antes que éste despertara, el barquero, despavorido al conocer á quien había tratado con tan pesada y franca descortesía, se dió á huir por las breñas. El Mahdi, regocijado del término de su aventura, pidió á Abu-el-Atahiya que lo satirizase por su imprevisión y su

ciega pasión por la caza. El poeta no se hizo esperar, y al momento soltó este fogonazo á su señor:

—¡Oh tú que vistes seda y púrpura, qué cosa más fea es un viejo durmiendo! ¡Cuántos que se creen poderosos han dormido en el tugurio de un pescador!

El Mahdi se enojó, maldijo al desvergonzado vate, y montó á caballo *incontinenti*. Nada más sabemos de sus relaciones con este Califa.

En 785 sucedía al Mahdi su hijo mayor Muza, llamado el Hadi, y Abu el-Atahiya, que por su adhesión á Rachid, hermano de Muza, se había atraído las iras del Príncipe heredero, tuvo que ocultarse. Pero luego le envió un billete con estos versos:

«¿Es que no encontraremos para con el Califa un protector que nos defienda y aparte de nosotros los males que nos amenazan? Muza me atemoriza aun sin haberme conocido; pero es que Muza será más poderoso que su clemencia.»

El Hadi le envió el amán, ordenó darle cierta suma, y en adelante no cesó de honrarle mientras vivió, que sólo fué un año.

Y aquí tropezamos con una nueva extravagancia de Abu-el-Atahiya: por su afición á Rachid se había atraído las iras del Hadi. Muere éste asesinado, sube al trono Rachid, pide al poeta que celebre su exaltación y le haga versos eróticos, y Abu-el-Atahiya contesta:

—No haré una sola rima después que ha muerto Muza el Hadi.

El Califa, furioso, lo encarceló y mandó luego á Ibrahim de Mosul que le cantase, y contestó:

—No cantaré una nota después de la muerte del Hadi.

Sin más, pasó á ocupar otro calabozo.

Poco después fijó Rachid su residencia en Raqqata, mandó hacer una hoya profunda, y puso en ella al cantor y al poeta, separados por un muro.

—Ahí estaréis—les dijo—hasta que tú cantes y tú hagas versos.

Abu-el-Atahiya sufrió por algún tiempo. ¿Es que quería protestar contra el asesinato del Hadi, ordenado por su madre y su hermano?

Un día estaba Rachid banquetando con Giafar-el-Barmecida, y una esclava les cantó una pieza que les gustó extraordinariamente; mas la letra era de un solo verso, y Rachid exclamó:

—Hacía falta que tuviera otro verso para que durase más el canto y gozásemos mejor de su armonía.

Giafar le sugirió:

—Hay un medio fácil de conseguirlo: envía á decir á Abu-el-Atahiya que nos haga un segundo verso, ya que tanta facilidad poética tiene.

—No querrá respondernos—dijo Rachid—, pues está en una dura prisión, y nosotros en un alegre festín.

Pero como el Barmecida insistiese, escribióle pidiéndole aquel sencillo favor.

Abu-el-Atahiya envió, no sólo un verso, sino dos; pero de la más triste ironía:

«No está el desgraciado para ocuparse de fruslerías cuando el alma se le

arranca y se le separa el cuerpo. Me piden una cosa bien extraña. Se quiere que haga una canción alegre en la mansión del dolor.»

Rachid, al leer los versos, se los pasó á Giafar. Éste quiso que se hiciese venir á Abu-el-Atahiya para obligarle á hacer el verso deseado; pero Rachid se opuso: había jurado que no le sacaría de su hoya hasta que le versificase algo. Todavía se resistió algunos días; pero, al fin, dijo á Ibrahim:

—¿Hasta cuándo resistiremos al Califa? ¡Ea! Voy á componer algo que tú cantes.

Y escribió con gran sinceridad:

«Cierto. Harun es el conjunto de todos los bienes, y ha desaparecido todo el mal desde el día en que nació.»

Y se reconcilió con el Califa.

Durante un año Abu-el-Atahiya vivió agasajado y tranquilo; hasta hizo Rachid que le acompañase en su peregrinación á la Meca.

Mas, poco después de volver de la Arabia, Rachid retiróse á Raqqata: parecía aquejado de una enfermedad; no comía ni bebía.

Mandó llamar al prefecto de policía de Bagdad, y, al presentarse éste, le dijo:

—Si el botón de mi camisa supiese por qué te he mandado llamar, al punto lo arrojaría en el Eufrates.

La Corte estaba alarmada. Al amanecer del sábado 28 de marzo de 803 se supo que el gran visir Giafar-el-Barmecida había sido degollado, que todos los miembros de su familia estaban presos, y que sus bienes habían sido confiscados. Los cortesanos se helaron de terror. Abu-el-Atahiya hizo más: manifestó su indignación, vistióse de lana, dióse á la penitencia, y dejó de asistir á las fiestas palatinas y de hacer versos eróticos.

Rachid, que conocía al incorruptible asceta, lo echó en prisión ó hizo que fuera tratado con rigor.

«Apenas se cerró tras mí la puerta del calabozo —dice—, caí en la estupefacción propia de un hombre de mi carácter en tales circunstancias; mas, fijándome luego en mi alrededor, vi á un hombre sentado en el ángulo de la prisión y encadenado; púseme á mirarle con fijeza, y él me recitó estos versos:

«Me he acostumbrado á lo amargo de la paciencia hasta que se me ha hecho dulce, y en la paciencia he encontrado la mejor consolación. Yo no sé cómo «si desesperar de los hombres me ha llevado á pensar en Dios.»

«—Repítame, así Dios te guarde, esos dos versos —le dije con viveza.

«—Por vida tuya, Abu-el-Atahiya —me respondió severamente—, que eres muy mal educado y muy poco discreto. Has entrado en la prisión en que yo estoy, y ni me has saludado como se saluda á un musulmán, ni me has hecho una pregunta digna de un hombre bien nacido, ni te has compadecido de mí como debe hacerlo un desgraciado con otro; mas apenas has oído un par de versos, cuando, llevado de tu pasión por la poesía, no has podido contenerme sin pedirme que te los repitiera, y ni siquiera te has cuidado antes de ofrecerme tus excusas por tal demanda.

«Yo le respondí:

•—Hermano, mi triste situación me había ofuscado; no lo lloves, pues, á mal, y ten la bondad de perdonarme.

•—Más razones tengo yo—respondió él—para estar aturrido y confuso, porque tú has sido encarcelado para obligarte á componer versos; tu facilidad y talento poético son bien notorios, y apenas hagas una poesía serás puesto en libertad; pero yo he sido preso por no descubrir á Aisa-ben-Zaid, á quien se busca para la muerte; seré ajusticiado en su lugar, pero no le descubriré jamás; verás cómo antes de una hora vienen por mí y me llevan al cadalso. ¿Quién, pues, de los dos tiene derecho á estar más abatido?

•—Tú, sin duda—le respondí—; que Dios te salve y te premie; si hubiera sabido que te hallabas en ese estado, no te hubiera repetido tal pregunta.

•Entonces él, gentilmente, me repitió los dos versos hasta que los aprendí de memoria, y me dijo que era un amigo particular de Aisa-ben-Zaid y de su hijo Ahmed. No tardamos en oír el ruido de los cerrojos que se desdorbaban: entonces él se levantó, se ablucionó con agua que tenía en una jarra, y se puso un vestido limpio.

•Entró el carcelero, acompañado de soldados con antorchas, y nos sacaron á los dos. El fué presentado antes que yo á Rachid; se le pidió que descubriese á Ahmed-ibn-yazid, y respondió:

•—No me preguntéis acerca de ese hombre, Príncipe de los Creyentes, porque, aunque lo tuviera debajo de esta túnica, no lo descubriría.

•Rachid, sin conmoverse ante tal fidelidad, mandó brutalmente decapitarlo en la misma sala del trono.

•Hízose así, y entonces dijo á Abu-el-Atahiya:

•—Creo que con esto te habrás desengañado.

•—¡Oh Ismael! ¡Aun por encima de lo que he visto se dejan seducir las almas!—fué la respuesta del poeta.

•—Volvedlo á la cárcel—dijo Rachid.

Y Abu-el-Atahiya nos asegura que desde entonces tomó por norma de su vida aquellos dos versos aprendidos en la prisión, y que él les agregó este tercero:

•Si no recibo del mundo todo lo que me desagrada, soy demasiado exigente al quejarme del mundo.

Cuán fríamente se ajustó á esta forma, no hay para qué decirlo; Rachid tardaba mucho en ponerlo en libertad; mas no por eso le dispensaba de hacer versos.

Era el Califa aficionadísimo á los cantos de los gondoleros en sus paseos vespertinos por el Eúfrates, y al oír las monótonas cantilenas al compás de los remos, se abandonaba á esa suave melancolía característica del alma musulmana. Sólo faltaba que la letra de aquellas sencillas barcarolas no fuese el árabe vulgar y corrompido de los pescadores mesopotamios.

Ambrosio Huici.

(Se continuará.)

ARCHIVOS MARROQUÍES ⁽¹⁾

HISTORIA CRÍTICA

DE LA

GUERRA DE ÁFRICA EN 1859-60

Escrita en francés por A. Joly, de la Misión científica de Marruecos,
y traducida al español por A. Hujcl.

CAPÍTULO IV

MARCHA DEL EJÉRCITO ESPAÑOL DESDE CEUTA HASTA RÍO MARTÍN

1. La ofensiva.—2. El campo de operaciones entre Ceuta y Río Martín.—3. Batalla de los Castillejos.—4. Paso de Río Manuel y de Monte Negrón.—5. El ejército en Río Asmair.—6. Paso de Cabo Negro.—7. Desembarco de la división Ríos.—8. La primera parte de la campaña, juzgada por los marroquíes.

1.—La ofensiva.

Al terminar diciembre todavía el ejército expedicionario se encontraba bajo los muros de Ceuta. Aquel estacionamiento de dos meses persuadía á los marroquíes de que los españoles eran impotentes para invadir su territorio, y los hacía cada vez mas audaces. En tanto las enfermedades causaban numerosas víctimas, y el cólera se recrudecía con violencia. De prolongarse más, la situación podía llegar á ser comprometida (2); la opinión pública comenzaba á impacientarse, y las tropas deseaban ardientemente emprender el avance. Pero la lentitud con que se procedió en el envío de soldados hasta mediados de diciembre, y de material de guerra en el resto del mes, imposibilitaban el tomar la ofensiva.

A fin de año la escuadra seguía reconcentrada en la bahía de Algeciras. El servicio de transportes acababa de organizarse con una treintena de vapores de cabotaje fletados por el Gobierno para remediar la insuficiencia de su Marina.

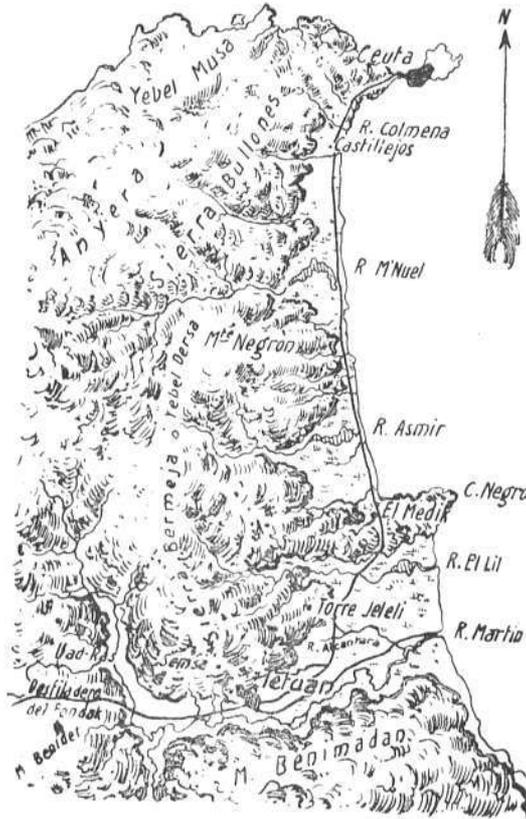
El plan, poco definido todavía, de la campaña había hecho que se exagerase la importancia del material de guerra: ya en el capítulo precedente hemos visto que el 30 de diciembre se embarcaba en Cádiz el parque de sitio. Lavi-

(1) Publicación de la Misión científica de Marruecos, tomo VII. Los capítulos publicados en el número anterior pueden verse en el tomo V, núm. 3.º (París, Ernest Leroux.)

(2) «Los refuerzos reunidos en Algeciras aguardan la orden de embarcarse. Los tercios vascongados se embarcarán en los puertos del Norte. Dos barcos de la escuadra de Cuba han recibido orden de venir á engrosar la flota de Europa.» (Germont de Lavigne, enero de 1860.)

gne escribía entonces: «Parece que no va destinado á Tetuán, en cuyo caso sería inútil; se supone que servirá para otra empresa más seria.»

Pero por fin, con la llegada del año nuevo, O'Donnell se creyó en condiciones de poder tomar la ofensiva. Las provisiones de boca y guerra abundaban en los almacenes de Ceuta, el camino de Tetuán estaba bastante adelan-



Croquis de conjunto del teatro de la guerra hispano-marroquí de 1859-60. Escala: $1/400000$

tado, y después de un período tan largo de lluvias se confiaba en que el buen tiempo permitiría á la escuadra apoyar desde la costa las operaciones de las tropas, y proveerlas de víveres y municiones, pues apenas perdiesen de vista el Serrallo ya no habría que contar con recibir de Ceuta el menor auxilio.

2.—El campo de operaciones entre Ceuta y Río Martín.

La naturaleza del terreno que el ejército había de recorrer para llegar á la desembocadura de Río Martín hacía presentir las más graves dificultades. En efecto; desde Ceuta hasta el valle de Tetuán el macizo de montañas del Anjera, que va de Norte á Sur, no deja, entre sus últimas estribaciones y la mar,

sino una estrecha faja de terreno, en gran parte arenoso; una especie de llano costero cortado de marismas. Las colinas que unen al macizo principal, la montaña del Cabo Negro, separan esta llanura de la de Tetuán, cerrándola completamente por el Sur. La sierra que va de una á otra ciudad es áspera y roqueña, y su topografía era entonces desconocida de los españoles (1).

Por consiguiente, el único camino, ó, mejor dicho, la única senda que une á Ceuta con Tetuán serpentea á lo largo de la playa hasta el aduar El-Mdiq (2), al pie de Cabo Negro. El terreno es completamente llano, pero ofrece dos pasos difíciles para un ejército: las lagunas de Río Manuel y las marismas de Río Azmir. A lo largo de las primeras el camino sigue la estrecha lengua de tierra que separa sus aguas estancadas de las olas del mar; por fortuna, la arena, siempre húmeda, ofrece bastante resistencia para que hombres, caballos y aun bestias de carga puedan atravesarla sin peligro de hundirse en ella.

El paso del río Azmir es más difícil, pues hay que hacerlo á través de marismas cuya profundidad puede ser peligrosa con las mareas altas y en la estación de las lluvias.

Pasado El-Mdiq el terreno se levanta y el piso se consolida; pero el camino queda dominado á derecha é izquierda por las alturas de Cabo Negro, y por un ramal que se desprende de la sierra de Anyera. Hay además que tener en cuenta que en la época de lluvias todas las partes bajas de la llanura quedan inundadas, ó, por lo menos, se transforman en lodazales, que hacen la marcha muy penosa.

Si el camino, excepción hecha de los sitios indicados más arriba, no ofrece verdadero peligro para los viajeros en tiempo ordinario, no sucede lo mismo con un ejército en marcha observado por el enemigo.

No sólo la distancia que en general separa el pie de las montañas del mar es muy pequeña, sino que, además, varios contrafuertes avanzan casi hasta la playa, dejando sólo un paso estrecho. Los flancos de las primeras estribaciones de la sierra son fácilmente accesibles; pero, en cambio, dividen la llanura en una serie de compartimientos separados por grandes masas de rocas, como en Monte Verde ó Monte Negrón; en el fondo de estos compartimientos desembocan estrechos barrancos y profundas torrenteras, que se prestan á ocultar grandes grupos enemigos sin que nada denote su presencia. La pendiente de las montañas se marca bruscamente en general, y está cubierta de maleza. No hay duda que éste, como el de los alrededores de Ceuta, era el terreno ideal para los marroquíes, el más adecuado que pudieran soñar para su manera especial de combatir. Muchos de los nombres geográficos de esta región, como Los Castillejos, La Condesa, Río Manuel, Río Martín, etc., que nada tienen de árabe, se deben á las colonias portuguesas y españolas de los siglos XVI y XVII (3).

(1) Durante la guerra el Estado Mayor Central levantó los planos de la región explorada. El *Atlas* los da por partes al $\frac{1}{50000}$ y al $\frac{1}{20000}$. De él hemos tomado nuestros croquis.

(2) Mdiq (el paso angosto, el desfiladero).

(3) Los nombres árabes de accidentes geográficos del teatro de la guerra han sido desfigurados por los autores

3.—Batalla de los Castillejos (1.º de enero de 1860).

Mientras que el primer cuerpo quedaba en el Serrallo para defender el campo atrincherado y la plaza, todas las demás tropas debían ponerse en camino el 1.º de enero de 1860.

A las seis de la mañana Prim, con la división de reserva, salía en dirección á los Castillejos, con orden de ocupar las alturas que dominan por la derecha el camino de Tetuán, y dejar así el paso libre á todo el ejército. Dos escuadrones de húsares de la Princesa y dos baterías de montaña se habían destacado para acompañarle.

O'Donnell, con su Estado Mayor, seguía á la vanguardia; iba en pos el grueso de las tropas, formado por el segundo cuerpo, al mando del general Zabala, y formaba la retaguardia la primera brigada de la segunda división del segundo cuerpo. El tercer cuerpo, con Ros de Olano, debía salir al primer aviso.

Desde el mar los vapores *Piles* y *Panhope*, las goletas *Ceres* y *Veloz* y cuatro lanchas cañoneras, á las órdenes del capitán de fragata Miguel Lobo, debían apoyar la marcha de las tropas. La artillería de campaña y la artillería á caballo habían recibido orden de abandonar el campamento y de formar entre las dos divisiones del tercer cuerpo. Como se preveía que la jornada no se pasaría sin incidentes, se dispuso que el término de la primera etapa sería el llano de los Castillejos, y que en él se acamparía al atardecer.

Al ponerse Prim en marcha el general Echagüe envió algunas fuerzas del primer cuerpo á la descubierta por las alturas de la *Casa del Renegado*, para observar á un grupo de marroquíes que por allí acababa de aparecer. Al mismo tiempo Prim procuraba á toda prisa ocupar las posiciones más favorables. Pero eran ya las ocho de la mañana, y llegó tarde. Las alturas que debía ocupar estaban coronadas de enemigos, y tuvo que mandar al primer batallón del Príncipe y á los cazadores de Vergara desalojarlas, en combinación con los fuegos de la escuadra. Al mismo tiempo varias compañías de Cuenca y una del Disciplinario se establecieron á la derecha, entre unas rocas, y de tal manera inquietaron al enemigo, que le obligaron á una pronta retirada.

Los marroquíes, que tenían su campamento en el llano de los Castillejos, á unos trescientos metros del mar, se retiraron entonces hacia la *Casa del Morabito*. El general en jefe mandó atacarlos en su nueva posición para desde ella apoyar la derecha del ejército, que avanzaba entre la *Casa* y la playa, é hizo que el general Serrano se estableciese con su brigada y una batería de montaña detrás de las compañías de Cuenca y del Disciplinario para amenazar por aquel lado la izquierda del enemigo, mientras que los batallones del

européos al transcribirlos. Hay que tener en cuenta que los españoles daban á los nombres árabes una pronunciación más ó menos exacta, pero española al fin, y que luego los cronistas extranjeros torturaron de nuevo la ortografía de la palabra árabe, por querer simplificar, ó, sencillamente, por no haber comprendido la pronunciación española. Los autores árabes, como Es-Seloui, han desfigurado también los nombres españoles: así, O'Donnell se llama *Aradell* en el *Itígera*.

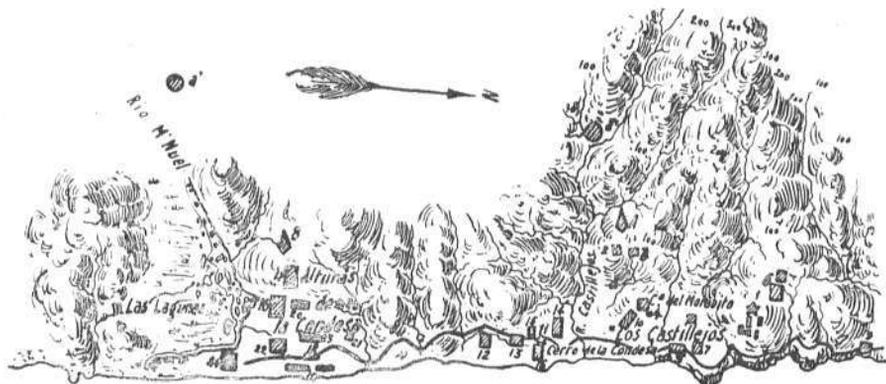
Príncipe y Vergara, sostenidos por Luchana, atacaban de frente la posición. En reserva seguirían á esta primera línea los batallones de artillería é ingenieros, y la escuadrilla apoyaría este movimiento barriendo con sus proyectiles la *Casa* y una parte del llano. Los barcos, no sólo rompieron el fuego al mismo tiempo que Príncipe y Vergara cargaban á la bayoneta, sino que, además, mandaron á tierra un destacamento de infantería de Marina, que acudió al asalto de la *Casa* entre las aclamaciones del ejército. El enemigo, cediendo al ímpetu del ataque, evacuó la posición batiéndose en retirada, y los dos escuadrones de húsares dieron una carga para desbaratar los grupos que comenzaban á reorganizarse en el llano.

Mas esto no bastaba para desembarazar el paso de los Castillejos. El enemigo había, como de costumbre, cedido al número; pero esperaba una ocasión propicia para renovar el ataque. Grandes refuerzos de infantería llegaron en su auxilio por las vertientes de la sierra que dominan la *Casa del Morabito*, con intención de recobrar las posiciones perdidas, y la caballería entró en el llano por la angostura del río Castillejos. Los españoles respondieron á este movimiento con dos contra-ataques. Por un lado los escuadrones de húsares cargaron sobre la caballería mora, y la dispersaron sin resistencia; pero, contra todas las reglas de la prudencia, se dejaron arrastrar por su ciego ardor: persiguiendo á los jinetes marroquíes, que huían con toda intención, se metieron en la angostura y vinieron á dar en el campamento enemigo, cuya existencia ni siquiera sospechaban.

Un increíble pánico se apoderó de los que lo defendían; pero los húsares habían caído en el lazo que el enemigo les había preparado. La entrada del campamento estaba protegida por un triple foso cubierto de hierbas y ramaje, y toda la primera sección de húsares, arrastrada por el ímpetu de la carga, desapareció en la primera zanja. La segunda sección pudo salvar el obstáculo, y, lanzándose á brida suelta sobre las tiendas enemigas, batióse á pistoletazos y cuchilladas, y se apoderó de mil objetos curiosos; entonces fué cuando el cabo Pedro Mur arrebató una bandera, matando al moro que la defendía. Pero el enemigo volvió pronto de su sorpresa: mientras que unos, espaciados por los flancos del desfiladero, ocultos en la maleza, fusilaban casi á boca de jarro á los imprudentes húsares, otros, en gran número, bajaban de las cumbres á recobrar su campo. La retirada era en extremo difícil, sin fuerza alguna de infantería que los protegiere; pero era necesaria, si no querían sucumbir todos en aquellas horcas caudinas. Su energía, y la arrebatada furia con que se defendieron, dió lugar á escenas patéticas. En el momento en que el desorden era mayor el capitán Valledor cayó desarzonado, y fué herido de una puñalada: por fortuna, antes de rematarlo los moros entraron en disputa sobre quién había de quedarse con sus despojos; un pelotón de húsares intervino, acuchilló al grupo y salvó al herido. Más lejos cayó otro oficial: los marroquíes se precipitaron sobre él, y en un abrir y cerrar de ojos le cortaron la cabeza. Por fin, tras esfuerzos inauditos, los dos escuadrones, gracias á la agilidad y resistencia de sus caballos, lograron desembarazarse y salir del barranco para rehacerse en el llano. Ocho quedaron en el desfiladero, los dos coman-

dantes estaban heridos, dos oficiales habían muerto, y sólo cuatro quedaban sanos y salvos.

Mientras que los húsares, traspasando las instrucciones recibidas, se metían en el avispero del que con tanta dificultad habían de salir, el general Prim, por su parte, se veía no menos comprometido para resistir al enemigo, que, rehecho en las alturas que dominan la *Casa del Morabito*, se mostraba tanto más audaz cuanto más asegurada tenía la retirada. Era imprescindible desalojarlo, y Prim fué encargado de hacerlo. Púsose en primera línea, á la



Castillejos. Escala: $\frac{1}{100000}$

A, batalla del 1.º de enero de 1830 (Castillejos).—B, combate del 4 de enero de 1860.—z, campo marroquí en la batalla de los Castillejos.—z', campo marroquí en la acción del 4 de enero.—1, cuartel general (1.º de enero).—2-3, reserva del primer cuerpo el 4 de enero.—4-6, segundo cuerpo del 1 al 4 de enero. 7-8, artillería del 1 al 4 de enero.—9, artillería del 1 al 2 de enero.—10, caballería del 2 al 3 de enero. 11, cuartel general del 2 al 3 de enero.—12-13, tercer cuerpo del 2 al 3 de enero.—14-15, artillería del 2 al 3 de enero.—16, reserva el 4 de enero.—16', segundo cuerpo del 4 al 5 de enero.—17, tercer cuerpo del 4 al 5 de enero.—18, caballería del 4 al 5 de enero.—19-20-21, artillería.—22, reserva el 5 de enero. 23, caballería.—24, reserva el 6 de enero.—25, cuartel general del 4 al 5 de enero.

cabeza de Vergara, Príncipe y Luchana, é hizo que le siguiesen como reserva y apoyo la artillería y los ingenieros de su división, mientras el general García recibía orden de atacar el campamento enemigo. Antes de que se dispusiese á cumplirla ya Príncipe había ocupado las primeras alturas; el enemigo, creyendo que esta maniobra iba dirigida contra su campamento, y envalentonado con la llegada de nuevos refuerzos y con el éxito de su estratagema contra los húsares, opuso una resistencia heroica, y á las tres de la tarde llegó hasta tomar la ofensiva con obstinado ardor. Aunque sostenidos por las fuerzas que los seguían, los batallones de Prim se encontraban en gran peligro; Príncipe sobre todo, que quedaba aislado en una colina, sin que fuera posible socorrerlo ni él pudiera retirarse. Este momento y el de la carga de los húsares fueron los dos más emocionantes del combate. Prim había perdido ya mucha gente; sus tropas, fatigadas de luchar desde el amanecer, sin haber comido ni descansado, no podían resistir más la furia de los marroquíes, que recibían continuamente tropas de refresco. Por otra parte, Príncipe seguía aislado. No sabiendo qué partido tomar, y perdiendo, probablemente, la serenidad,

Prim se dirigió á sus artilleros y les mandó avanzar en orden abierto para contener al enemigo mientras su infantería cobraba aliento. Los artilleros avanzaron, mandados por el coronel Berroeta, en una formación tan nueva para ellos; pero, recibidos con un fuego nutridísimo, tuvieron que replegarse, volviendo instintivamente al orden cerrado, al que su instrucción los había habituado, y perdiendo así mucha gente.

Por fortuna, O'Donnell se apercibió del trance en que estaba su división de reserva, y destacó del segundo cuerpo el regimiento de Córdoba, á las órdenes del brigadier Angulo. A la llegada de este refuerzo inesperado Prim se pone á su cabeza, manda dejar en tierra las mochilas, y da una vigorosa carga para libertar á Príncipe, que ha rechazado tres veces el alud de enemigos que se le echaba encima. ¡Inútiles esfuerzos! Córdoba tiene que ceder, y, acosado por los marroquíes, abandona sus mochilas. Entonces Prim, sudoroso, deshecho por la fatiga, rugiendo de dolor, se abalanza sobre la bandera del regimiento, y poniéndose á la cabeza de sus tropas, les grita: «¡Soldados! Vosotros podéis abandonar esas mochilas, que son vuestras; pero no podéis abandonar esta bandera, que es de la Patria. ¿Permitiréis que el estandarte de España caiga en poder de los moros? ¿Dejaréis morir solo á vuestro general?»

Rodeado de su corneta de órdenes y de catorce hombres espolea á su caballo, gritando: «¡Adelante, muchachos!» La mitad de su reducida escolta cae á los primeros pasos; pero la bandera ondea sobre la cabeza del general. Córdoba se precipita en pos de él, y se traba un combate furioso: los acentos de las cornetas, que tocan ataque, se sobreponen á los gritos de los moribundos; los ayudantes del general caen heridos á su lado; pero la bandera española sigue flotando en medio de un torbellino de fuego y humo. Los cadáveres españoles se amontonan sobre los del enemigo... (1).

La rápida intervención del general Zabala salvó á las tropas de Prim y decidió el éxito de la batalla. León, Arapiles, Saboya y Simancas llegaron á sostener á aquellos héroes, que no podían materialmente resistir un momento más; pero para llegar hasta allí tuvo el conde de Paredes que atravesar una cañada en que los moros se habían emboscado, y dos veces cargó á la cabeza de su Estado Mayor, persuadido de que las tropas de Prim habían hecho un esfuerzo sobrehumano y de que á todo trance había que socorrerlas. Su llegada fué oportunísima y permitió al conde de Reus fortificarse en la última posición ganada al enemigo. Entretanto el general García, que había tenido que ceder dos de sus batallones al general Zabala, recibió contraorden, y en vez de atacar al campamento enemigo, embistió con las tropas que le quedaban su flanco izquierdo, y contribuyó eficazmente con este golpe decisivo al triunfo final.

Los marroquíes se retiraron por fin lentamente, disparando desde lejos tiros sueltos; pero tuvieron que abandonar sus muertos en las alturas tan fieramente disputadas de la *Casa del Morabito*.

O'Donnell dirigió la acción con una sangre fría que no le abandonó sino

(1) Iriarte: *op. cit.*, páginas 40-41.

al ver que los batallones de Prim cedían al enemigo. Lanzóse entonces en aquella dirección sin advertir á su Estado Mayor, gritando: «¡A la bayoneta! ¡A ellos, á ellos; que los refuercen!» Un batallón pasaba por allí: O'Donnell lo arrastró consigo; pero al llegar al pie de la colina Prim salió á recibirle, diciéndole que todo estaba concluído, y que su deber era dirigir la acción, y no exponer su persona.

Las tropas permanecieron en las posiciones ganadas hasta que los ingenieros levantaron una ligera fortificación, que sirvió de campamento á la división de Prim. Los demás cuerpos acamparon en los puestos que ocupaban.

Prim recibió en premio del valor tan temerario con que contribuyó á la victoria el título de marqués de los Castillejos. Los españoles no hicieron más que cinco prisioneros, á pesar de haber sido ésta una de las batallas más importantes de la campaña: sus pérdidas fueron 20 oficiales y 63 soldados muertos; 68 oficiales y 481 soldados heridos.

El coronel Berroeta, desesperado por el descalabro de sus artilleros, se pegó un tiro al entrar en su tienda; y el general Zabala, después de haber pasado diez horas á caballo y haberse expuesto hasta la temeridad, sufrió al descabalgarse un ataque de parálisis fulminante, cayendo en brazos de sus ayudantes, el conde de Corres y el duque de Ahumada (1).

Los informes españoles elevan á 20.000 el número de enemigos; las fuentes marroquíes sólo especifican—dice Schlagintweit (2)—que Muley-el-Abbas en persona dirigió la acción; sin embargo, más tarde, un prisionero hecho en la batalla dijo á Iriarte que Muley-el-Abbas no había aparecido todavía en el teatro de la guerra. Los marroquíes levantaron el campo durante la noche, y á la mañana siguiente se podían aún ver los senderos y angosturas de la sierra cruzados por caravanas de mulas y camellos que transportaban la impedimenta y los heridos.

El 2 y el 3 de enero completóse la defensa del campamento con fortificaciones ligeras, se practicó un gran reconocimiento, y se hicieron todos los preparativos necesarios para continuar la marcha.

El 3, según los datos oficiales, se interrumpieron por completo las comunicaciones por tierra con el cuerpo del general Echagüe, aunque la distancia que separa á Río Castillejos del reducto del Príncipe Alfonso no es más que de 3.600 metros; prueba de que la dominación de los españoles en el Serrallo era bien precaria, y de que su victoria no había producido grandes efectos (3).

4.—Paso de Río Manuel y de Monte Negrón (4-6 de enero de 1860).

El 4 de enero por la mañana abandonó el ejército sus posiciones para seguir avanzando. El terreno que había de recorrer se extiende desde las ruinas de los Castillejos hasta las últimas estribaciones de Monte Negrón, á lo largo

(1) Iriarte, pág. 47. Alarcón, I, pág. 149.

(2) Op. cit., pág. 286.

(3) Schlagintweit: op. cit., pág. 286.

de la costa. El primer día, después de haber andado cinco ó seis kilómetros por un llano arenoso, siguiendo la playa, había que pasar entre el mar y las lagunas de Río Manuel. Más adelante, por el Sur y el Sudoeste, comenzaban en suave pendiente las primeras ondulaciones montañosas que cierran la estrecha y larga llanura, uniendo á Monte Negrón con la sierra de Anyera.

Después de las lagunas se desconocía la naturaleza del obstáculo presentado por Monte Negrón, que de lejos parece llegar hasta el mar. Pero pronto se vió que una estrecha banda de arena corre por su base desde Río Manuel hasta Río Azmir, en una extensión de diez kilómetros, y que, aunque cortada por varios



Paso de Monte Negrón. Escala: $\frac{1}{100000}$

1-2-3, segundo cuerpo (6 de enero).—4-5, tercer cuerpo.—6-7, caballería.—8-9, artillería.—10, reserva del 6 al 7 de enero.—11, cuartel general el 6 de enero.—12, cuartel general del 7 al 14 de enero.—13, segundo cuerpo.—14, tercer cuerpo.—15, reserva.—16, artillería.—17, caballería.—A, combate del 6 de enero.—A', combates del 8, 10 y 12 de enero.—B, campo marroquí.

arroyos, era lo bastante ancha y segura para aventurarse por ella. Al pie de la montaña se extiende una serie de colinas de suave pendiente; pero como estaban cubiertas de maleza, no se juzgaba prudente aventurarse en ellas, sobre todo con los bagajes y la artillería, pues los marroquíes podían tirotrear á mansalva al ejército sin descubrirse ni comprometerse. En atención á estas circunstancias, se tomaron desde la víspera toda clase de precauciones, y las tropas avanzaron en este orden:

Un cuerpo de ejército, la artillería de campaña, la montada y la caballería seguían la playa; el otro cuerpo (1), con la artillería de montaña, cubría la marcha por el flanco derecho, avanzando por brigadas en columnas de batallón. Un escuadrón de Albuera y dos compañías desplegadas en guerrillas formaban la extrema derecha, y la división de reserva cerraba la marcha á retaguardia.

El ejército llegó sin ser hostilizado hasta las lagunas de Río Manuel, y estableció su campamento sobre la orilla izquierda, junto á la playa, en las Al-

(1) Es imposible saber de qué cuerpo se trata, pues Schlagintweit, por confusión ó por error de imprenta, llama á los dos segundo cuerpo.

turas de la Condesa; desde el Oeste se percibían las tiendas de los marroquíes, á 1.200 metros del mar.

A la derecha del campo español había una hondonada cubierta de maleza, que se extendía hasta muy lejos de la playa, y que fué ocupada por algunas compañías para cubrir el campamento por aquel lado y prevenir las sorpresas á que se prestaba la espesura de los matorrales.

Hasta el mediodía sólo se oyeron algunos tiros en las avanzadas; pero á las tres de la tarde apareció un gran tropel de marroquíes—unos dos mil—á caballo y á pie en las colinas del lado acá del río. Una batería contuvo el ímpetu del enemigo y sembró el desorden con sus granadas, sobre todo entre la caballería, que era muy numerosa: las guerrillas aprovecharon la ocasión para dar una carga á la bayoneta sostenidas por la reserva, y el enemigo se retiró, sin que ocurriese incidente alguno en toda la noche.

Mientras así se tiroteaban las avanzadas, el general García hizo un reconocimiento á lo largo de la playa, sin ser apenas molestado, y volvió con la convicción de que el paso de Monte Negrón era mucho más fácil de lo que se había creído al principio (1). Los españoles tuvieron este día cinco muertos y 19 heridos.

El 5 de enero permanecieron las tropas en sus posiciones, excepto la división de reserva, que se trasladó á un puesto más avanzado. El general Zabala, enfermo, retiróse á Ceuta, y el general José de Orozco fué nombrado interinamente en su lugar. El 6 de enero reanudóse la marcha; pero antes los ingenieros tuvieron que hacer varios trabajos ligeros en las lagunas para que las tropas pudiesen llegar á la lengua de arena que las separa del mar. El general García debía cubrir la marcha, que de un momento á otro podía hacerse peligrosa, y el general Ros de Olano distraería al enemigo con un falso ataque hasta que todo el ejército hubiese pasado. Antes de la salida del sol, á las cuatro de la mañana, el general García pudo ganar con el segundo cuerpo, tres baterías de montaña y dos escuadrones, las alturas próximas á Monte Negrón, al norte del Uad-Nefsa—arroyo costero al sur de Río Manuel—, sin que se apercibiese el enemigo, con lo cual el paso del ejército quedó asegurado.

Los marroquíes esperaban un ataque por el monte, pues no creían que los españoles se decidiesen á aventurarse por la lengua de arena. Su desilusión fué brusca; y aunque al comprender la naturaleza del movimiento operado intentaron impedirlo, lo hicieron sin vigor, pues quedaban en muy mala postura y era demasiado tarde para obrar con eficacia.

Si bajaban directamente contra las tropas en marcha, dejaban que el general García les cortase la retirada hacia la sierra; si se volvían contra él, se les escapaba el grueso del ejército. Limitáronse, pues, á molestar á las fuerzas de Ros de Olano, que les hicieron frente hasta el anochecer; éstas, cuando recibieron aviso de que todas las tropas habían franqueado el paso difícil, se retiraron en buen orden y sin peligro alguno, pues el resto del ejército las apoyaba: los marroquíes lo comprendieron perfectamente, y no pusieron más

(1) Schlägintweit: op. cit., pág. 238. Iriarte, páginas 52-53.

empeño en perseguirlos del que habían mostrado al atacarlos. Así, el paso de las lagunas, que al principio había inspirado los más vivos temores, se llevó á cabo sin que el ejército perdiese un solo hombre (1). El mismo día algunas lanchas cañoneras se acercaron á la desembocadura de Río Martín; el enemigo les disparó dos cañonazos bastante bien dirigidos: la escuadra, que las seguía, le respondió; pero arreció el viento, y tuvo que retirarse.

El ejército acampó en la orilla derecha de Río Manuel, muy cerca de las lagunas, pero en un terreno más elevado. Llamóse á este campamento *Posición de las lagunas*. Los marroquíes lo conocen por *El-Fnideq* (2), en atención á las ruinas de una caravenera que se encuentra allí cerca. El 7 por la mañana, á las seis y media, reanudóse el avance. El tercer cuerpo formaba la vanguardia, dividido en cuatro columnas paralelas que cubrían la marcha del ejército; su segunda división protegía el flanco derecho. Vivaqueóse al pie de Monte Negrón, junto al río Azmir.

5.—El ejército en Río Azmir (7-13 de enero de 1800) (3).

El tiempo había estado bueno desde que se inició la ofensiva. El mar, tranquilo, permitía á la escuadra mantenerse en constante comunicación con las tropas, aprovisionándolas de víveres y municiones, y recogiendo sus heridos y enfermos para transportarlos á Ceuta. Pero el cielo comenzó el día 7 á mostrarse amenazador, y á las cinco de la tarde una tempestad furiosa se desencadenó súbitamente. La escuadra tuvo que levar anclas é ir á refugiarse en Ceuta, Málaga y Algeciras. Antes de escapar al temporal pudo solamente desembarcar víveres para un día y 159 pacas de heno, á fuerza de pasamanos y andaribeles. Pronto no quedó á la vista más que el *Vulcano*, un vapor y dos chalanas.

El levante soplabá con una violencia inaudita, y en la misma rada de Ceuta varios barcos sufrieron grandes averías. Ninguno podía comunicar con los diques para aprovisionarse; muchos agotaron sus víveres, y los que aún intentaron proveer al ejército tuvieron que renunciar á ello y hacerse á la mar inmediatamente. Sólo en un momento de relativa calma el almirante en persona pudo, corriendo los mayores peligros y dando pruebas de una abnegación sin límites, desembarcar una cantidad insignificante de provisiones. En cambio, otra embarcación perdió en una tentativa análoga su cargamento de sacos de avena y pacas de heno, y dos marinos que le arrebataron las olas; la goleta *Rosalía* se estrelló contra la costa, y el vapor *Santa Isabel* naufragó (4).

(1) Este paso era uno de los que más preocupaba á los generales españoles (vide Alarcón, I, pág. 160), y fué preciso, á pesar de la habilidad con que se ejecutó, emplear en él casi toda la jornada del 6 de enero.

(2) Hemos identificado El-Fnideq con las Lanchas bajo la fe de ciertas informaciones indígenas. Sin embargo, hay quien nos hace notar que este nombre de *Fnideq* se da más bien á los Castillejos. Los croquis del *Atlas de la guerra* sólo marcan al pie de Monte Negrón, por la parte norte, la *Chosa de la Mora*; pero el mapa de Schlagintweit señala en el mismo sitio una caravenera (*Hütte, Karavanen, Herberge*).

(3) Schlagintweit, pág. 389. Iriarte, 53 y siguientes. Alarcón, I, 160-175.

(4) Del comportamiento de la Marina durante estos días se puede juzgar por estas líneas de un despacho del almi-

El ejército se encontraba en una situación muy crítica: interrumpidas las comunicaciones con Ceuta y con la escuadra, aislado en un país enemigo salvaje é inexplorado, y sufriendo los horrores del temporal. El 6 apenas tenía víveres bastantes para tres días, y la tormenta no comenzó á calmarse hasta el 9, y aun ese día el estado del mar hacía imposible todo desembarco. La noche precedente del 8 al 9 un huracán furioso se desencadenó; la lluvia transformó el campamento en un lago, y apenas quedó una tienda en pie ni un palmo de tierra seco. El 9 por la mañana cedió el viento; pero todavía no se podía esperar ningún socorro de la escuadra, y la caballería no tenía ya una paca de heno ni una ración de avena.

Todos estaban consternados, y la inquietud más viva reinaba en los corazones, pues nadie ignoraba que con frecuencia tempestades como aquella duran en el Estrecho semanas enteras.

Las raciones se habían agotado: no se disponía más que de galleta mojada en un agua corrompida. Generales, oficiales y soldados, puestos á régimen, se ceñían cada día más el cinturón del sable; y entretanto, ni un barco á la vista.

Las pobres mulas, faltas de heno y avena, rolan sus bastes, y no tenían ya ni la hierba rala que se había encontrado hasta entonces. Los caballos caían muertos, y O'Donnell, desesperado, encargó á Prim que formase á toda su división y con toda la impedimenta fuese á Ceuta á aprovisionarse en los almacenes de la plaza.

Así se iba á repasar, con un material enorme y embarazoso, aquellas cinco leguas que tanta sangre habían costado. Prim, ídolo de sus soldados, tenía la más absoluta confianza en ellos; pero la turba heterogénea de muleteros y bagajeros sería un estorbo en caso de ataque, y sin su material, que podían muy bien abandonar, era imposible traer al ejército la cantidad de víveres que necesitaba. Reuniendo entonces á todos ellos, les dijo, en pocas palabras, que el ejército entero ponía en ellos su salvación, y que á todos se les confería *ipso facto* la dignidad de soldados.

El jefe de los acemileros, catalán de cepa, viejo arriero de barba gris, agregó á estas hermosas frases una arenga, más enérgica que elocuente, en la que prodigó las interjecciones más fuertes de la lengua castellana, y amenazó con las más graves penas á todo el que no cumpliese con su deber.

El conde de Reus se despedía de O'Donnell, y todo el ejército rodeaba á los que eran su última esperanza, cuando se oyó un clamor en una colina en la que había un puesto de soldados. Como náufragos abandonados en una isla desierta, gritaban: «¡Una vela! ¡Una vela!» En efecto; á pesar del viento contrario, y de la tempestad, que aún duraba, un barco había doblado la punta de Ceuta, y dentro de algunas horas se podría comunicar con él.

El viento, sin cambiar de dirección, cedía poco á poco, y detrás del primer barco la animosa escuadrilla luchaba á toda máquina contra un mar de fondo por adelantar en una hora el momento de reunirse con el ejército.

rante Herrera: «He ido al campamento á las tres de la tarde. La mareja la era muy fuerte; el primer bote ha volcado aunque sin consecuencias; pero he podido llegar á tierra sano y salvo.» (G. de Lavigne, pág. 77.)

El general Prim suspendió la orden de partida, y al cabo de pocas horas, á costa de esfuerzos increíbles y de la vida de varios marineros, una barca avanzaba hacia la playa y tendía un cable á los soldados, metidos en el agua hasta la cintura. Dos veces volcó la lancha, y dos veces se vió á aquellos pobres marinos luchar contra las olas y dejarse varar en la arena sin soltar el cable. Por fin se llenó de sacos de avena, de pacas de heno y de cajas de galleta y conservas un lanchón plano de los que se usan en el desembarco de tropas, y cuatro hombres solamente montaron en él para dirigirlo. Los soldados desde la playa se aferraban al cable, cediendo al flujo y reflujo del mar, hasta que, aprovechando un momento en que la ola se retiraba, encallaron el lanchón en la arena.

El agua de mar había averiado las provisiones: el heno estaba mojado, la avena nadaba en el fondo de la barca; pero nadie entonces se preocupaba por tan poca cosa. El viento cedió cada vez más, y las operaciones de desembarco continuaron durante toda la noche (1).

Los soldados llamaron á esta playa *el campamento del hambre* (2). El ejército se había salvado; sólo había perdido algunos caballos, muertos de hambre, y algunas mulas.

6.—Combates de Río Azmir (8-13 de enero de 1860).

El enemigo no supo aprovechar como hubiera podido una circunstancia tan favorable para él. El día 8 se presentó por grupos en las alturas del Oeste, cerca del segundo cuerpo, mandado desde la víspera por el general Prim; pero atacó tibiamente, y algunos cañonazos, una carga á la bayoneta de las guerrillas reforzadas y otra de tres ó cuatro batallones bastaron para contenerlo. Los batallones de Castilla y Toledo y los cazadores de Alba de Tormes y Chiclana tomaron parte en este encuentro de avanzadas.

Las pérdidas no fueron grandes: no hubo más que un muerto y 30 heridos, de los cuales dos eran oficiales.

El ejército marroquí seguía entretanto al de los españoles, avanzando paralelo á él desde los Castillejos, y acampando en los valles formados por los contrafuertes de Anyera.

El 10 de enero, á la una de la tarde, el enemigo apareció en Monte Negrón, y su número creció rápidamente hasta cubrir todas las laderas; luego, abandonando las cumbres, bajó como para atacar el campamento español, que se apoyaba á la izquierda en el río Azmir, y por detrás, en el mar. Las avanzadas trabaron un vivo tiroteo.

Prim envió el primer batallón de Saboya y otro de Córdoba á ocupar la colina más próxima al campamento, que se extendía casi paralela al mar. Consiguieron estas fuerzas llegar antes que el enemigo, y, apoyándose por la iz-

(1) Iriarte, páginas 61-63.

(2) Alarcón, I, pág. 176.

quiera en los ribazos del río Azmir, rompieron el fuego. Al mismo tiempo el general en jefe hizo avanzar sobre el frente del campo, que era el punto más vulnerable y el más atacado, 34 piezas de artillería—18 de montaña, 12 de artillería montada y cuatro de sitio—para barrer las vertientes de la sierra, cubiertas de marroquíes. Un batallón de Castilla debía adelantarse hasta la segunda línea de colinas. Después de varios ataques á las guerrillas, los marroquíes dieron muestras de ceder, y el batallón de Castilla aprovechó la oportunidad para dar una carga á la bayoneta, tan enérgica, que hizo retirarse al enemigo hasta la tercera línea de colinas, de la cual también lo desalojó apoyado por las guerrillas de Saboya y Córdoba, seguidas de sus reservas.

Mientras estas fuerzas del segundo cuerpo, mandadas por el general Orozco, desembarazaban así el ala izquierda, el general Enrique O'Donnell, con la segunda división del segundo cuerpo, formaba en primera línea por la derecha con el primer batallón de Toledo, dejando en reserva el segundo del mismo regimiento; pero la reserva no tardó en pasar á la primera línea cuando el fuego se hizo general, y fué reemplazada en su puesto por los cazadores de Chiclana, mientras que más atrás se escalonaba un batallón de Navarra.

El enemigo seguía recibiendo refuerzos, y las fuerzas avanzadas del ala derecha comenzaban á verse en mala postura. Prim, entonces, mandó dar una carga general y concéntrica de las dos alas, á la bayoneta, y los marroquíes emprendieron la huida, aunque no sin resistencia, sobre todo á la derecha. El regimiento de Toledo, que era el más alejado, tuvo que tomar cinco veces á la bayoneta la misma colina, y dos veces formó el cuadro para defenderse de la nube de caballos que lo envolvía; el regimiento de Castilla fué llamado al orden. La artillería apoyó la carga mientras pudo hacerlo sin peligro para las tropas que avanzaban.

Para prevenir un contra-ataque, dos escuadrones de lanceros y una batería de montaña fueron destacados á las avanzadas; la batería tenía orden de continuar cañoneando lentamente el terreno. Al atardecer los batallones que habían ganado las alturas se replegaron hacia el campamento, seguidos de los lanceros y la artillería.

El 10 por la noche la flota, después de haber aprovisionado como pudo al ejército y haber desembarcado 150 pacas de heno comprimido para las acémilas, sin pienso hacia cuarenta y ocho horas, se vió de nuevo obligada por la tempestad á retirarse á Ceuta y Algeciras para ponerse al abrigo y reparar sus averías. El mal tiempo duró hasta el 13 inclusive, con cortos intervalos; la Marina sufrió mucho con tan recios temporales. Además de las pérdidas ya señaladas del buque de guerra *Santa Isabel* y de la goleta *Rosalía*, tuvo tres marineros ahogados; nueve cañoneras, cuatro transportes y casi todas las lanchas empleadas en el desembarco de víveres habían quedado maltratados; varias chalanas se habían estrellado, y dos bergantines quedaron desarbolados.

El 11 de enero el ejército acampó en las mismas posiciones, sin ser inquietado, pero sin poder avanzar á causa del mal tiempo.

El 12 al mediodía el enemigo apareció en las mismas colinas que el día 10. Prim recibió orden de ocupar inmediatamente la primera serie de altozanos,

y él confió su ejecución á los cazadores de Arapiles y Simancas, dejando en reserva el resto de la división al pie de las colinas. La artillería adoptó casi las mismas disposiciones que el día 10, colocando frente al centro, y un poco á la izquierda, 24 piezas en batería.

Las tropas enemigas se extendían á lo lejos, rebasando la línea del segundo cuerpo hasta delante del tercero. El general en jefe envió por aquel lado para proteger el ala izquierda á los cazadores de Llerena; el ala derecha quedó cubierta por cuatro compañías de Cuenca (reserva).

Prim cayó bruscamente sobre el enemigo á la cabeza de la división Enrique O'Donnell, y desbarató su ala derecha; luego, sostenido por la brigada Hediger y la división Orozco, hizo lo mismo con el centro. El enemigo se mantuvo durante esta acción casi completamente á la defensiva, y, contra costumbre, no molestó á las tropas cuando éstas se retiraron á las siete y media de la tarde.

El encuentro fué poco sangriento. Los españoles tuvieron un muerto y 91 heridos; los marroquíes sufrieron pérdidas más graves, sobre las cuales tenemos datos más precisos que de ordinario, pues abandonaron casi todos sus muertos y heridos, cosa pocas veces vista hasta entonces; contáronse 47 muertos en el campo de batalla, y fueron recogidos cuatro heridos.

El 12 por la tarde las tropas españolas acamparon en la siguiente forma:

Primera línea.—Extrema izquierda: cazadores de Llerena.

Centro: cazadores de Arapiles y Simancas, un batallón de Saboya, y detrás, apoyando á los cazadores, un batallón de Castilla y otro de Córdoba.

Extrema derecha: un batallón de la Princesa y los cazadores de Alba de Tormes.

Segunda línea.—Segunda división del segundo cuerpo; una batería de montaña.

Reserva.—Destacamentos del tercer cuerpo; caballería, artillería y bagajes.

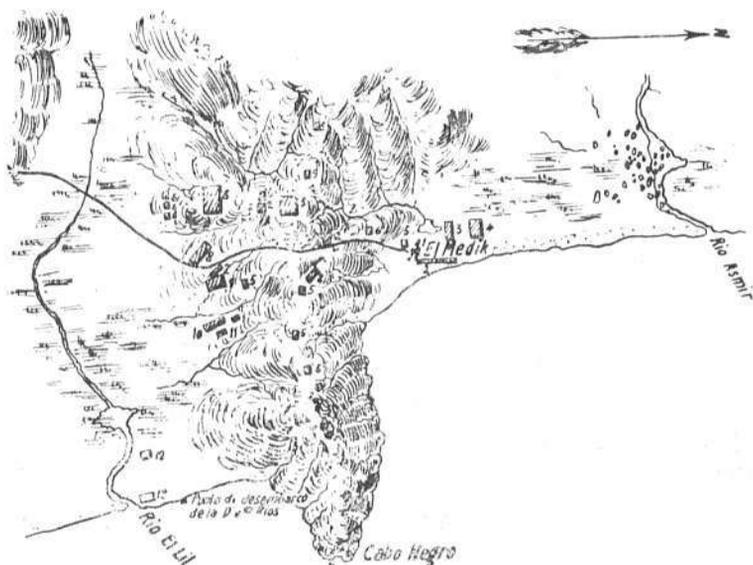
El día 13 se consagró á hacer viable á la artillería é impedimenta el paso del río Azmir. A las ocho de la noche los ingenieros comenzaron la construcción de una calzada á través de los cenagales, en dirección á la torre y el aduar de El-Mdiq, situado en la orilla opuesta. Pero como se disponía de malos materiales—hiniestas, ramaje y arena—, el trabajo fué muy difícil. Un destacamento de infantería de Marina, llegado al campamento el día 10, echó un puente de barcas sobre el río propiamente dicho.

El brigadier Cervino, encargado de proteger los trabajos con Albuera y Ciudad Rodrigo, dispuso sus fuerzas en doble cadena de tiradores, parte junto al lecho del río, parte sobre los ribazos, alrededor de los ingenieros, que trabajaron toda la noche con el mayor silencio posible. Al amanecer el trabajo principal estaba terminado; el enemigo molestó muy poco á los trabajadores: sin duda, temía despertar á los genios malos de la noche, y la superstición le impidió moverse mientras duró la obscuridad. Muchas veces había pasado lo mismo en Argelia, dice Schlagintweit.

7.—Paso de Cabo Negro (14 de enero de 1860) (1).

El terreno que se extiende desde el sitio en que el ejército había acampado hasta la vega de Tetuán es una reproducción del ya recorrido entre los Castillejos y Monte Negrón. La distancia era menor quizá; pero las dificultades parecían mayores.

El río Azmir, bajando del Anyera y Monte Negrón, atraviesa esta llanura, como el río Manuel la anterior, y, como él, forma lagunas y aguazales antes de



Cabo Negro. Escala: $\frac{1}{100000}$

- 1, cuartel general el 14 de enero.—2, artillería el 14 de enero.—2', del 14 al 16 de enero.
- 3, caballería el 14 de enero.—4, reserva el 14 de enero.—5, segundo cuerpo del 14 al 17 de enero.—6, tercer cuerpo del 14 al 17 de enero. La brigada 6' pasa al 6'' el día 15.
- 7, cuartel general del 15 al 17 de enero.—8, caballería el 15 de enero.—10, caballería el 16 de enero.—11, artillería el 16 de enero (2.º regimiento montado).—11', artillería á caballo (reserva).—12, media brigada del segundo cuerpo el 16 de enero.

desembocar en el Mediterráneo. Sólo que aquí no hay un paso seco y continuo entre el mar y las lagunas: la barra presenta una bocana que la artillería y la impedimenta no pueden esguazar en tiempo de lluvias ó durante la pleamar.

El llano bajo y arenoso llamado Bu-Zagal, que atraviesa el río, está resguardado contra el mar por dunas bajas de suave ondulación.

Por otra parte, Cabo Negro no deja, como Monte Negrón, un paso entre su pie y el mar, sino que viene á terminar en altos acantilados, sobre los cuales se alza una vieja torre. Al Sur, por el lado de la vega de Tetuán, un arroyo, el Uad-Alila, corre pegado á la montaña, y antes de desembocar en la rada se

(1) Schlagintweit, pág. 207. Alarcón, I, pág. 210.

extiende en ciénagas y marismas saladas. Otro arroyuelo aún más pequeño corre al Norte y termina también en un pantano de corta extensión y separado de la playa por una ancha lengua de tierra.

Entre el cabo y las vertientes escarpadas del Anyera corre una serie de colinas rojizas, cortadas por barrancos que cierran completamente al Nordeste la llanura en cuyo fondo se asienta Tetuán. En tiempo de paz su paso no ofrece dificultades; pero sus mil repliegues y torrenteras dan en tiempo de guerra toda clase de ventajas á un enemigo que combate por pequeños grupos, por guerrillas más ó menos aisladas, y dificulta al mismo tiempo las operaciones regulares de un ejército bien organizado. Finalmente, como los contrafuertes de Anyera y la montaña del cabo dominan el desfiladero á corta distancia, Cabo Negro tiene una importancia estratégica de primer orden para todo ejército que va de Ceuta á Tetuán: es, puede decirse, la llave de esta última ciudad.

El 14 de enero el general en jefe salió en la vanguardia con el segundo cuerpo, en dirección á la garganta de Cabo Negro. Antes del alba levantó su campo, y pasó sin incidentes el puente de barcas á la desembocadura de Río Azmir. La división Orozco (segundo cuerpo), con una sección de ingenieros y una batería de montaña, avanzó en columna contra las primeras colinas, y las ocupó sin oposición por parte del enemigo.

La segunda división—Enrique O'Donnell—siguió el movimiento, formada también en columna; pero la maleza, de 60 centímetros de altura; el suelo rocalloso, que se desmenuzaba bajo los pies, dificultaban la marcha, y los arbustos, densos, espinosos y entrelazados, retardaban mucho el avance de las tropas. Cuando el segundo cuerpo comenzaba á ganar las últimas cumbres apareció el enemigo é inquietó seriamente á los españoles, que continuaron subiendo, aunque lentamente, siempre en dirección al Sur, hasta el punto culminante desde donde se descubría el valle de Tetuán; entonces hicieron alto las tropas.

Las posiciones que ocupaban, ganadas en una serie de reencuentros parciales de poca importancia, formaban un arco de círculo muy abierto, orientado de Este á Oeste; el orden en que las tropas se hallaban distribuidas era el siguiente: A la extrema izquierda, apoyados en la torre de Cabo Negro, los cazadores de Figueras; luego, el segundo batallón de Castilla y el primero de Córdoba; una batería de montaña que cañoneaba las trincheras, en las que se habían reunido gran número de moros para impedir el avance; el primer batallón de Saboya y el segundo de Córdoba. En la extrema derecha, los cazadores de Arapiles y Simancas y el primer batallón de Castilla.

Los marroquíes se mantenían á distancia, y, ocultos en los repliegues del terreno, amenazaban el centro y la derecha: advertido de ello O'Donnell, reforzó la segunda división del segundo cuerpo con la tercera batería de montaña y la brigada Cervino; al mismo tiempo mandó al tercer cuerpo que, dividido en dos columnas, avanzase hacia las colinas subiendo por la derecha. Tomadas estas disposiciones preliminares, y cerca ya las tropas del enemigo, el general en jefe hizo dar una carga general á la bayoneta, en la que, á pesar de

lo escabroso del terreno, tomaron parte dos escuadrones de lanceros de Villaviciosa y uno de húsares de la Princesa: las tropas coronaron las alturas al primer empuje.

Donde más resistió el enemigo fué á la derecha; pues mientras por la izquierda temía verse cortado del resto de los suyos y arrojado al mar, por la derecha, al contrario, tenía la retirada asegurada: así que defendióse tenazmente, aunque no fué comparable su resistencia con el encarnizamiento que mostró en los Castillejos.

Pero los marroquíes, si no supieron defender las alturas del cabo, comprendieron, por lo menos, su importancia y se empeñaron en defender la vertiente sur, después de haber perdido la del norte y las cumbres. Loco intento, pues ya la artillería española montaba sus baterías sobre las crestas, los cazadores de Figueras con cuatro compañías de Córdoba reanudaban el avance cargando á la bayoneta, y la caballería se agrupaba en la garganta del cabo para bajar á la llanura y barrerla definitivamente en una sola carga. Esta parte del combate ha sido bien descrita por Iriarte (1):

»Todas las fuerzas marroquíes, reunidas en la llanura, se espaciaban arrogantemente hasta la playa vecina, mientras dos fuertes pelotones se agrupaban en dos colinas perfectamente aisladas, pero al alcance de la artillería.

»Hubo un momento en que aquellos hombres, que se habían dejado arrebatarse tan importantes posiciones, manifestaron como una suprema decisión de recobrarlas, y se vió á infantes y caballos lanzarse al ataque aullando ferozmente.

»El Estado Mayor asistía á este espectáculo desde la falda de una colina, á cuyo pie cuatro escuadrones y cinco regimientos, mandados por Prim, estaban dispuestos á sostener el choque é impedir al enemigo recuperar las alturas de las que había sido desalojado.

»La caballería, que por fin encuentra un llano en que poder maniobrar libremente, carga con ímpetu formidable, mientras que la infantería, al son del clarín, desbarata al enemigo, sin dejarle dar un paso adelante. O'Donnell, viendo la precisión con que se lleva á cabo la maniobra, se une á los batallones, aclamándolos á los gritos de ¡Viva la infantería!

»Pero las dos colinas aisladas en la llanura seguían coronadas de tropas que parecían dispuestas á defenderlas. Lo que entonces sucedió prueba bien cuánto puede la desconfianza cuando se apodera de hombres tan valientes como los marroquíes. En una de las colinas se habían reunido hasta quinientos infantes, y á su pie más de doscientos jinetes describían curvas incessantes. El general en jefe, que estaba bastante cerca, mandó á su escolta desalojar al enemigo de aquella posición. Vióse entonces al capitán González recorrer las filas de aquel centenar de hombres, diciéndoles: «¡Muchachos, á tomar el reducto!» Y los cien valientes, con la bayoneta calada, lanzáronse á la carrera y desaparecieron en medio de una espesa humareda, para reaparecer en la cumbre de la colina. Al mismo tiempo Ros de Olano lanzaba á Albuera

(1) Op. cit., páginas 72 y 73.

sobre la otra altura, y los moros se dispersaban por la llanura, corriéndose hacia su derecha para reunirse con el grueso del ejército.»

Las pérdidas de los españoles fueron bastante elevadas—dice Schlagintweit—: 24 soldados y un oficial muertos; 30 oficiales, 363 soldados y ocho caballos heridos. No se tienen datos ciertos sobre las bajas de los marroquíes: sólo se supo más tarde que este día Muley-el-Abbas perdió su caballo á algunos cientos de pasos de los españoles, y que para no caer prisionero tuvo que retirarse á pie á su campamento (1).

Después del combate el general Ros de Olano tuvo que encargarse del servicio de avanzadas, que correspondía al segundo cuerpo, para permitirle descansar, pues era el que había llevado todo el peso del combate. El ejército acampó esta noche en las alturas de Cabo Negro, y en ellas permaneció todo el día 15.

8.—Desembarco de la división Ríos (16 de enero de 1860) (2).

El 15 por la tarde los centinelas avisaron la llegada de la escuadra que traía la división de refuerzo, esperada hacia varios días, y que debía desembarcar junto á la desembocadura de Río Martín. El general O'Donnell, por medio del telégrafo de banderas, convino con el jefe de la escuadra, contralmirante José María Bustillo, en que el desembarco se haría el 16 por la mañana, y la flota se alejó de tierra para ponerse al abrigo.

El 16, á las seis y media de la mañana, conforme á lo convenido, reapareció el contralmirante Bustillo, con gran número de barcos de guerra y transportes, un poco al sur de Cabo Negro. Como se ignoraba todavía si las defensas de Río Martín estaban ó no ocupadas por los marroquíes, creyóse prudente enviar primero á tierra un centenar de soldados de infantería de Marina, á las órdenes del capitán de fragata José Polo de Bernabé, con encargo de reconocerlas. Tomáronse además las medidas necesarias para hacer que á este pequeño destacamento siguiese, si fuera necesario, la dotación de los barcos perdidos *Rosalía* y *Santa Isabel*, más 50 hombres del navío de línea *Isabel II*. Pero la torre y la batería de Río Martín habían sido abandonadas, y el capitán Bernabé hizo arbolar la bandera española en la torre, dando así al contralmirante la señal esperada para empezar el desembarco de tropas.

Durante esta primera fase de la operación O'Donnell se mantuvo á la expectativa, para obrar según lo dictasen las circunstancias; mas, apenas recibió aviso de que los soldados de la división Ríos empezaban á desembarcar, mandó á una de las avanzadas ir á reunirseles, sostenida por una sección de artillería. El ejército se entregaba á la más efusiva alegría, y durante toda la mañana, á pesar de los miles de moros que maniobraban en la llanura, toda

(1) Iriarte: op. cit., pág. 225.

(2) Schlagintweit: op. cit., pág. 300. Alarcón, I, páginas 226 y siguientes.

la atención de las tropas españolas era para los nuevos compañeros de armas.

Sin embargo, había que tomar medidas contra la invasión, que se extendía por la vega.

Los marroquíes, sorprendidos con la llegada de la escuadra, habían comenzado muy temprano sus evoluciones. Vióseles primero agitarse bajo los muros de Tetuán y en la parte noroeste de la vega, para concentrarse junto á la torre Jeleli, que era donde tenían su campamento. Poco á poco se fueron acercando, pero sin atacar todavía; entonces el general en jefe hizo á sus tropas adoptar el siguiente orden: En el ala derecha, la artillería montada y el tercero de montaña. En el centro, destacado sobre los últimos cerros, junto á la llanura, el segundo de campaña, con doce cañones en batería. Cuatro batallones de la primera brigada de la división de reserva, al mando del general Rubín, protegían á la artillería, y más atrás, la división de caballería, con el general Galiano, formaba la reserva del centro. La infantería quedaba en segunda línea.

Los marroquíes, al ver á los españoles formarse en orden de batalla, comenzaron á avanzar por grupos sueltos; pero O'Donnell mandó inmediatamente romper el fuego, y retrocedieron sin resistir apenas.

Iriarte, que vió la acción desde la colina frontera á la torre de Jeleli, donde se hallaba con el Estado Mayor, cuenta sus pormenores con bastante exactitud (1):

»Se habían recogido—dice—todas las tiendas, y las tropas de los generales Ros de Olano y Prim estaban preparadas á nuestra izquierda. A nuestros pies, en la llanura, los lanceros y la división de reserva se habían escalonado alrededor de la artillería, ocultando la vista de sus piezas.

»La caballería se compondría de 1.500 á 1.800 hombres; el terreno y la distribución de las tropas era tal, que desde lo alto de la colina nos parecía que asistíamos á una gran parada. A una señal, toda aquella masa de hombres se puso en movimiento, perfectamente alineada. El terreno era propicio á la caballería; pero los moros no avanzaban sino con mucha prudencia. Los lanceros hicieron alto al cabo de diez minutos; los marroquíes se replegaban, acometían, lanzábanse al galope para retroceder de nuevo; á veces los más audaces salían de sus filas y venían á disparar sus espingardas á cien metros del escuadrón.

»La caballería española siguió adelante, y los moros, cada vez más atrevidos, avanzaron desordenados. Entonces, con una exactitud y una rapidez admirables, los escuadrones hicieron un movimiento de conversión, de modo que los dos jinetes que formaban el centro de la línea de combate quedaron á la cabeza de las filas. Los artilleros hicieron todavía avanzar un poco más sus piezas, oyóse una detonación formidable, y una lluvia de granadas vino á estallar en medio de las filas enemigas. Los lanceros seguían avanzando á derecha é izquierda, mientras que la infantería se desplegaba en guerrillas.

(1) Iriarte; op. cit., páginas 82, 83 y 84.

»Las cargas de la caballería, unidas al terrible efecto de las granadas, sembraron el espanto entre los moros, y á partir de aquel momento la derrota fué completa; algunos fugitivos, pasando de la torre de Jeleli, no se detuvieron hasta los jardines mismos de Tetuán.

»Fué la huida tan precipitada, que si la artillería hubiese podido seguir avanzando sin encontrar pantanos, y si los cuerpos de ejército que nos rodeaban hubiesen continuado el ataque preparados á todo evento, hubiésemos podido llegar hasta los muros de Tetuán.

»O'Donnell, regocijado con el triunfo de la artillería y la fuga del enemigo, dió orden á un ayudante de hacer avanzar una batería de cohetes, que acabó de aterrorizar á los moros. El silbido particular de estos proyectiles y su avance extraordinario hicieron tal impresión á los marroquíes, que los llamaban *serpientes* de fuego... Pero era preciso abandonar aquellas alturas para ir á acampar en la playa, donde nuestras acémilas y bagajes nos aguardaban desde las seis de la mañana.

»Una contraorden, motivada, á lo que creo, por los trabajos que los ingenieros habían de ejecutar para el paso de la artillería, hizo á nuestra impedimenta volver al mismo sitio en que habíamos acampado la noche anterior. Al cabo de seis horas de espera, bajo una lluvia torrencial, que el general en jefe y su Estado Mayor soportaron como el último soldado, aparecieron las primeras filas de mulas cargadas con las tiendas. Nos moríamos de hambre y de frío, estábamos empapados hasta los huesos, y en tanto los soldados, insensibles, cantaban como si el sol les besase con sus primeros rayos.»

Mientras las tropas de O'Donnell sostenían esta acción, las tropas del general Ríos desembarcaban en la playa. A las ocho comenzó el desembarco, entre la desembocadura del río Alila y Cabo Negro, bajo las órdenes del capitán de fragata Manuel de la Rigada. A las diez y cuarto todo estaba terminado, y la división de refuerzo se había unido al grueso del ejército. Conforme al decreto de 17 de septiembre, la división Ríos se componía de 12 batallones, un escuadrón y una batería de cohetes, con un total de 6.000 hombres. Para las cinco de la tarde se desembarcó la impedimenta y gran cantidad de víveres.

La jornada no había costado una gota de sangre á los españoles, y, sin embargo, por sus resultados podía contarse entre las más importantes de la campaña. Después de una marcha llena de fatigas y peligros, el ejército había vuelto á ponerse en contacto con la escuadra, y se habían recibido refuerzos de consideración. En Fuerte Martín se habían cogido al enemigo una bandera, siete cañones de á 24, y de 500 á 1.000 proyectiles. Más tarde, en la batería rasante al norte del fuerte, se encontraron tres cureñas, y luego sus cañones, enterrados precipitadamente un poco más lejos, con una treintena de balas de distintos calibres (1). El ejército entreveía el término de sus fatigas, la tempestad había pasado, el cólera cedía; en cambio, la confianza del solda-

(1) G. de Lavigne escribe que se encontraron también en los almacenes de la Aduana botellas vacías de champagne.

do en sus jefes y en sí mismo había crecido; y, en fin, las nuevas de la Patria traídas por la división Ríos fortificaban el espíritu del soldado.

Pero el Estado Mayor no se hacía ilusiones sobre las dificultades que le quedaban por vencer. El ejército había empleado diez y seis días y había sostenido 15 combates para avanzar 40 kilómetros: no se podía, por tanto, prever el porvenir; sin embargo, se esperaba tener un tiempo menos duro; el terreno hasta Tetuán era más accesible, y la flota, anclada en la desembocadura de Río Martín, aseguraba las comunicaciones con España.

El 17 de enero (1) el ejército, protegido por el segundo cuerpo, se acercó á Río Martín y acampó entre la Aduana y el fuerte. Los ingenieros emprendieron en seguida los trabajos ordinarios de fortificación; el principal consistió en un reducto llamado de la Estrella, á 1.500 metros al oeste del campamento, unido á la Aduana por una trinchera. Se fortificó la Aduana y Fuerte Martín, armándolos con los cañones cogidos al enemigo, y protegiéndolos con una línea de trincheras hechas de toneles y cajas rellenas de tierra; en sus aspilleras colocáronse ocho ó diez cañones.

El ejército acampó en este orden: Vanguardia, división Ríos, apoyada á su izquierda en la Aduana y en un pequeño reducto. Tercer cuerpo (Res de Olano) y segundo (Prim), en segunda línea: el primero á la derecha, y el segundo á la izquierda. División de caballería y de artillería, más cerca del fuerte: la artillería cubría la derecha del campo. En Fuerte Martín, un destacamento de infantería de Marina. Junto al fuerte, el cuartel general. El campamento tenía por defensas: á la izquierda, el río; detrás, el mar; delante, la Aduana y las trincheras contiguas.

9.—La primera parte de la campaña, juzgada por los marroquíes.

Difícil es precisar con exactitud lo ocurrido en el campo marroquí durante esta primera parte de la campaña; reuniendo todos los informes que poseemos, se llega á las siguientes conclusiones generales (2):

Ya hemos visto (cap. II, § 8) que Muley-el-Abbas había instalado su campamento en el Fondaq antes de la llegada de los españoles, y que apenas éstos desembarcaron, entró en escena con sus tropas.

«Estableció su cuartel general en El-Biut, en Anyera—dice Es-Selani (3)—. Los montañeses se reunieron en número de 5.000, y las escaramuzas comenzaron en seguida; luego, al cabo de diez ó quince días, trasladó su campo á Bu-Keddán, porque el arrojado demostrado por los españoles le hizo concebir algún temor.»

Lo cual quiere decir, sin duda, que este nuevo campamento se encontraba

(1) Schlagintweit: op. cit., pág. 201. Iriarte: op. cit., páginas 98-99. Alarcón: op. cit., I, páginas 217 y siguientes, 252 y siguientes.

(2) Entre la gente del país no hemos podido recoger ningún dato digno de crédito. Sus tradiciones sobre la campaña son muy vagas, y están adulteradas por un falso amor propio. Al que les pregunta sobre los sucesos le remiten al *Istisqa*, que es para ellos el *summum* de la ciencia histórica.

(3) *Istisqa*, IV, pág. 214.

más lejos de Ceuta que El-Biut, y mejor protegido contra los ataques del enemigo.

«Las escaramuzas continuaron por espacio de quince días, y siempre tenía el enemigo doble número de muertos que los musulmanes—dice Es-Selauí—, porque su modo de combatir consistía en avanzar en filas ordenadas, mientras que el combate por parte de los musulmanes se llevaba á cabo acometiendo y huyendo, debido á lo cual necesariamente habían de morir mayor número de enemigos que de musulmanes. Sólo que éstos no lo podían atacar en su campamento, ni arrojarlo de él, porque se había fortificado allí mismo con reductos y trincheras» (1).

Las escaramuzas duraron aún otros quince días, según el autor árabe. Este período corresponde al empleado por las tropas de O'Donnell en concentrarse y acampar en el Serrallo; pero fué de cuarenta días, y no de treinta, que son los que el *Istiqsa* señala, entre el campamento de El-Biut y el de Bu-Keddán. No hay que extrañarse de ello, ni atribuirle importancia, pues los autores árabes desconocen con frecuencia el valor del tiempo, como tendremos ocasión de confirmarlo luego con un nuevo y concluyente ejemplo.

Es-Selauí, al terminar la relación que precede, señala un gran combate, que no puede ser sino el de los Castillejos.

Mientras que las escaramuzas se repetían á diario, los marroquíes, inciertos al principio sobre el objetivo del ejército invasor, acabaron por adquirir casi la evidencia de que, conforme á los rumores propalados, se dirigiría á Tetuán. Sus muchos espías, que, disfrazados de pastores, mendigos y derviches, penetraban hasta en las líneas enemigas bajo diversos pretextos, les informaban acerca de las intenciones de los españoles (2).

«Muley-el-Abbas entró en Tetuán el 22 de diciembre, y se le hizo una recepción entusiasta. Las autoridades y el pueblo salieron á recibirlo, la alcazaba lo saludó con 21 cañonazos, como á Príncipe imperial, y los judíos fueron encerrados en el Mellah.

»Delante de él entraron 20 músicos tocando tambores y trompetas; después venía el Príncipe, montado en un caballo alazán ricamente enjaezado, y seguido de tres caballos de mano, que conducían del diestro tres esclavos negros. Dos jóvenes jinetes cabalgaban cerca de él, cada uno á un lado, quitándole las moscas con pañuelos de seda, mientras que la gente del pueblo —así los grandes como los pequeños—le besaba las rodillas con veneración y respeto. Era la primera vez que el Emir entraba en Tetuán, y todo el mundo lo miraba con avidez, pues goza de mucho más partido que su hermano el Emperador, por sus virtudes, su arrojo y su modestia. Muley-el-Abbas tendrá treinta y cinco años: es alto, un poco grueso, sumamente elegante y de color pálido muy obscuro. A diferencia de su hermano Sidi Mohammed, tiene la barba fina, corta y suave. Vestía un jaique verde muy rico, bonete colorado, turbante blanco y botas amarillas. No llevaba armas sobre su cuerpo.

(1) *Istiqsa*, IV, pág. 214. Damos en todas las citas del *Istiqsa* la traducción española que de esta parte de Es-Selauí ha hecho el Sr. Alarcón (M.) en su tesis doctoral.—(N. del T.)

(2) Alarcón, I, pág. 301.

Acompañábanle, como escolta, hasta mil caballos, que llenaron la plaza completamente; pero el resto del ejército que traía consigo, consistente en diez mil infantes y otros mil caballos, pasó por fuera de la ciudad, y estuvo acampado cerca de Cabo Negro las pocas horas que el Príncipe permaneció en la ciudad. Este conferenció largamente con el gobernador, reconoció las baterías del Martín y los fuertes de la ciudad, visitó las mezquitas una por una, orando devotamente en todas ellas, y se marchó, al fin, entre los aplausos y aclamaciones de los pacíficos habitantes de Tetuán.

«Tres días después 300 heridos entraban en la ciudad con un temporal espantoso, y por ellos se supo que al amanecer del día de Navidad Muley-el-Abbas había intentado sorprender el campamento español; pero que no lo había conseguido» (1).

«Pocos días después pasó por Tetuán un alcaide muy poderoso de tierra de Fez, llamado Ben-Auda, con otros 1.500 hombres de infantería y de caballería» (2).

¿Iba á tomar parte en la batalla de los Castillejos?

Veamos ahora lo que en la narración del *Istiqsa* podría aplicarse á esta batalla y á sus consecuencias: «Después el enemigo se reunió, preparó su caballería é infantería, y se dirigió contra los musulmanes, atacándolos con toda su fuerza y todo su empuje; pero ellos lo tuvieron á raya, resistieron bravamente el choque, y lo pusieron en fuga. Como no le salió bien aquello, se juntó una noche, sin que se apercibiesen los musulmanes, y se marchó *embarcado* para acampar después en el sitio que se llamó el *Fnideq*, porque hubo allí un *Fondaq* en otro tiempo» (3).

No hay para qué hacer notar la fantasía que preside á la narración de estos hechos; veamos cómo continúa el mismo autor:

«El enemigo, en su marcha, no se apartaba de la costa, para que fuesen protegiendo su retaguardia los barcos de la escuadra. Mediaba entre el *Fnideq* y el campamento enemigo como hora y media de distancia, por lo cual la gente sensata aconsejó á Muley-el-Abbas que se apartase un poco de allí, pues ya el enemigo se le echaba encima. Retiróse Muley-el-Abbas con su ejército al sitio conocido por *Meyaz-Al-Hasa*, lo cual aumentó el ardimiento del enemigo y le puso de manifiesto la poca práctica que los musulmanes tenían del arte de la guerra. El jefe del ejército español se llamaba *Aradni*. (O'Donnell), y su lugarteniente era Prim. Reanudaron los musulmanes la lucha contra el enemigo atacándolo y combatiéndolo en la forma ya descrita. Se presentaban ante él mientras estuvo en el *Fnideq*, y peleaban desde la mañana hasta la noche. En aquellas circunstancias se presentó al Sultán, que se encontraba en *Mequinez*, un grupo de tetuanés, y le hicieron ver la gravedad de la situación en que se encontraban y el temor que tenían á los daños que iba á causarles

(1) Alarcón: op. cit., II, páginas 110-113.

(2) *Ibid.*, pág. 112.

(3) Creemos que se trata de la posición de las lagunas, aunque las gentes del país dan también el nombre de *Fondaq* á las ruinas de los Castillejos; pero nos parece que lo relativo á estas precede á la narración del pretendido *embargo* de los españoles, aunque no es absolutamente cierto. Es difícil hacer pie en el relato de *Es-Selaul*, tan lleno de inexactitudes y tan poco cuidadoso de la precisión.

el enemigo en sus haciendas y familias, pues se habían ya dado cuenta de la grandeza de su poder (1).

»El Sultán les prometió que los auxiliaría y defendería, diciéndoles que no les habían de faltar ni víveres ni municiones, para tranquilizarlos á ellos y á los demás. El enemigo levantó el campamento del Fnideq transcurridos que fueron *unos diez días*, y emprendió la marcha hacia Tetuán» (2).

Hay que subrayar esta última afirmación del autor. El ejército español, según él, acampó durante diez días en el Fnideq, siendo así que no se detuvo sino una noche, y que aun de los Castillejos á Río Azmir no empleó más que siete días. Pero la continuación no es menos curiosa:

«Hasta entonces la gente del país no sabía adónde se dirigía el enemigo; pero cuando levantó el campamento del Fnideq conocieron que se dirigía á Tetuán. Detúvose en un sitio que se llama El-Nikron (3), donde permaneció por espacio de ocho días, continuando la lucha en la misma forma que hasta entonces. A todo esto los españoles aumentaban sin cesar sus fuerzas; por tierra y por mar les llegaban continuamente desde Ceuta y otros sitios todo lo que necesitaban: municiones, forrajes, arroz, cebada, galleta y otras cosas; tanto, que cuando se trasladaban de un punto á otro dejaban siempre grandes cantidades que le sobraban, y de las que se aprovechaba la gente pobre de aquellas inmediaciones. Todo esto era una estratagema con la que se proponían hacer ostentación de poder y bienestar» (4).

Sigue un relato más verídico de la situación crítica del ejército español en Río Azmir:

«Cuando los españoles acamparon en Río Azmir se levantó un fuerte viento del Este y se alteró el mar de tal modo, que los barcos, no pudiendo resistir el temporal junto á la costa, tuvieron que apartarse de ella, y quedó el ejército privado de los recursos que recibía por mar.

»Las olas penetraron en el río Nikron, por detrás del ejército, y lo inundaron por completo, lo cual impidió también que pudiesen llegar socorros desde Ceuta. Se elevaron igualmente las aguas del río Azmir, que estaba delante del enemigo, y con esto se le cerraron todos los pasos y quedó aislado entre los dos ríos por el frente y la espalda, y el mar por la izquierda; interrumpiéronse los aprovisionamientos hasta tal punto, que la galleta se vendía en las primeras horas del día por una peseta, después por un duro, y ni aun así se encontraba. Los españoles veían segura su pérdida si hubiese quien se aprovechase de la situación en que se hallaban; pero ¿dónde estaba la mano valerosa? (5).

»Permanecieron de aquel modo dos ó tres días; después se calmó el mar, volvieron los ríos á sus cauces, y pudieron aprovisionarse. Cuando los musulmanes vieron que el enemigo había llegado hasta aquel sitio, retrocedieron y

(1) *Zetique*, IV, páginas 214-215.

(2) *Ibid.*, pág. 217.

(3) Monte Negro.

(4) *Zetique*, IV, pág. 215.

(5) *Ibid.*, *ibid.*

acamparon junto al aduar de El-Qallaiin, que dista de Tetuán como una media hora. Los españoles pasaron el río cuando estaba para terminar la noche, y amanecieron en el sitio llamado El-Mediq (1). La mañana de su llegada á El-Mediq el enemigo, apartándose del mar, se dirigió hacia Tetuán, pasando por *entre-dos-montes*. A la terminación de la garganta por donde atravesó, y ya del lado de Tetuán, había en el sitio llamado Fum-el-Aliq (2) algunas tiendas de gente de Fez y de otras partes: el enemigo se lanzó contra ellos y los acometió de improviso, arrojándoles bombas al son de los tambores para hacerles apresurar la huida ó impedir que se llevasen sus bagajes. Al llegar el enemigo á este sitio se produjo una gran inquietud en Tetuán, y se empezaron con actividad y precipitación los trabajos de defensa por los habitantes de la plaza: los soldados musulmanes se animaban unos á otros. Llovía aquel día muchísimo y se trabó un combate terrible, en el cual Abu-Riala peleó denodadamente: le mataron dos caballos y le cedió Muley-el-Abbas el suyo, porque se interesaba mucho por él; ensalzó hasta las nubes su valor, y envió el tambor á tocar á la puerta de su tienda; en la refriega recibió Abu-Riala una herida de poca consideración. Murieron gran número de combatientes cristianos y moros: se dice que solamente de la gente de Tetuán murieron más de quinientos. *El enemigo consiguió aquel día la victoria*. Al día siguiente levantó el campamento de Fum-el-Aliq y se corrió hacia la izquierda, en dirección al puerto, junto al cual acampó para poder recibir provisiones por mar. Se apoderó de la torre de Río Martín y de la Aduana, que está próxima á ella, y como estaba desmantelada cuando llegó, la fortificó con parapetos de arena, cañones, etcétera; construyó allí barracas y almacenes de madera, y permaneció unos días en reposo. Los barcos empezaron á proporcionarle por mar víveres, municiones y todo lo que necesitaba; descansó por espacio de trece días, durante los cuales no se trabó ningún combate» (3).

Los nombres árabes que cita Es-Selauí en esta parte de su relato son de fácil identificación: Bin-Yebelin (*entre-dos-montes*) es la garganta que separa la montaña de Cabo Negro de la de Anyera; Fum-el-Aliq es uno de los barrancos de esta última, situado en dirección á la torre de Cefú, donde, como ya hemos visto, se habían establecido los marroquíes: fueron desalojados por O'Donnell así que pasó la garganta.

El Abu-Riala de quien se habla en el pasaje citado era uno de los más célebres guerreros marroquíes: ya tendremos ocasión de volver á hablar de él.

De las obras hechas por los moros en Río Martín para oponerse al desembarco de tropas por aquella parte, ya hemos señalado antes la principal: una batería rasante establecida en las dunas, con algunas trincheras. Se había hecho para recibir seis piezas; pero, probablemente, no hubo tiempo de armarla por completo. La opinión general entre los españoles fué que los marroquíes solos

(1) *Istíqsa*, IV, páginas 215-216.

(2) Más exactamente *Dequm-el-Aliq*. El autor árabe ha reemplazado la expresión vulgar *Dequm* por la de *Fum*, desconocida en el país.

(3) *Istíqsa*, IV, páginas 215-216.

no hubieran podido construir aquella fortificación sin que fuesen ayudados ó, por lo menos, dirigidos por europeos.

La torre estaba armada con siete cañones de grueso calibre, montados al descubierto en la plataforma que corona el edificio; ni siquiera estaban descargados: «hasta tal punto temió el enemigo verse copado si no lograba defender victoriosamente la torre».

«Sólo á última hora—dice Iriarte—han debido resolverse los marroquíes á abandonar este puesto, pues se ven en la playa, alrededor del fuerte, restos de hogares, huellas de tiendas, barriles deshechos, animales muertos y mil otras pruebas de que la ha ocupado una guarnición permanente. Junto al fuerte se eleva un pequeño edificio cuadrado que servía de polvorín y de depósito de municiones. Está bien aprovisionado, y ha debido ser repuesto después de las dos últimas expediciones emprendidas contra el fuerte» (la del almirante Román Desfossés y la de la escuadra española) (1).

CAPÍTULO V

OPERACIONES MILITARES EN LA VEGA DE TETUÁN

1. Interrupción de las operaciones. Campamento de Río Martín. —2. Refuerzos marroquíes. Llegada de Muley-Ahmed.
3. Fuerzas de los españoles. —4. Combate de la Aduana. —5. Reconocimiento de los alrededores de Tetuán. —6. Combate de Torre Jelell. —7. Batalla de Tetuán. —8. Consecuencias de la batalla. Saqueo de la ciudad por los montañeses.
9. Entrada de los españoles en Tetuán. —10. La toma de Tetuán, según los autores árabes.

1.—Interrupción de las operaciones.—Campamento de Río Martín (18 de enero-2 de febrero de 1860).

La llanura que se extiende desde el mar y la desembocadura de Río Martín hasta los muros de Tetuán no ofrece ningún punto de semejanza con el terreno que las tropas habían recorrido hasta entonces. Ya no faltaba espacio para desplegar el ejército en grandes masas; las montañas quedaban bastante lejos para que no hubiera que temer, como antes, las continuas sorpresas de un enemigo que no aparecía sino en el momento preciso del ataque. En adelante se podría observar de día sus evoluciones, conocer dónde se reunía, y adivinar sus planes de combate. El terreno era llano, descubierto, casi desnudo en una extensión inmensa, sin las rocas, sin los malos pasos de antes, tan penosos para la artillería y la impedimenta; el soldado no tendría ya que gatear en la maleza que ocultaba al enemigo, y que tan difíciles hacía sus movimientos apenas se acercaba á la sierra. De ahí la posibilidad de acabar la campaña en una sola gran batalla.

Sin embargo, en los alrededores del campamento había aún que contar con

(1) Iriarte: op. cit., páginas 91-92.

los pantanos, causa de tantas molestias en la primera etapa de la guerra, y que antes de la acción definitiva habían de desempeñar un papel importante en los combates preliminares.

Además, O'Donnell no creyó que podía avanzar con los refuerzos recibidos—tropas jóvenes que no habían entrado nunca en fuego—sin aguerrirlos un poco y habituarlos al terreno y al enemigo, para que pudieran contribuir eficazmente al golpe decisivo. Se necesitaba, en fin, tiempo material para desembarcar víveres, municiones, el tren de sitio y provisiones de todas clases. De ahí un largo intervalo en el curso de las operaciones, que O'Donnell aprovechó, como en Ceuta, para formar un campo atrincherado que le sirviese de base y que pudiese, en un caso adverso, proteger su retirada. Terminados estos trabajos, el ejército reanudaría la ofensiva á principios de febrero.

Sin embargo, este período de quince días que duró la suspensión de las operaciones en grande escala, fué turbado por dos combates y por continuas alarmas y escaramuzas (1).

Los dos ejércitos se preparaban activamente para un encuentro que veían ya cercano y que había de ser decisivo. Los españoles reconocían el camino de Tetuán, echaban puentes sobre un arroyo vecino á su campo y afluente del Guad-el-Jelú, desembarcaban víveres y municiones y el tren de sitio, é instalaban almacenes, aunque frecuentemente molestados por el enemigo.

«Rara vez—dice Iriarte—los trabajos hechos durante el día por los ingenieros no son destruidos durante la noche; el reducto de la Estrella será difícil de guardar mientras no esté acabado, pues las obras se ejecutan muy á la ligera; y como no se puede sacar del campamento una fuerza bastante considerable para resistir á un ataque formal, no hay que extrañarse de que á la mañana se encuentren deshechas las trincheras levantadas la víspera.

«Desde que hemos acampado en la playa—agrega el mismo autor—, junto á Fuerte Martín, el río, que es bastante ancho y profundo, hace imposible toda sorpresa importante por la izquierda del campo; pero no se pasa una noche sin que enemigos sueltos, agazapados en la otra orilla ú ocultos entre la maleza, no disparen contra nuestras tiendas, y tengan en constante alarma al campamento. A veces no son disparos intermitentes, sino un vivo tiroteo que no deja descansar; y el sueño, ahuyentado con estas alarmas continuas, ya no vuelve á los ojos de los que lo esperan en un catre, empapados casi siempre con las lluvias torrenciales, que aún no nos han dado una semana de tregua» (2).

A pesar de estos continuos sobresaltos, se había instalado en la playa un mercado, en el que cantineros de Gibraltar, de Algeciras y de los puertos andaluces vendían de todo un poco: desde el jamón y las conservas inglesas hasta el tabaco, indispensable para el soldado (3). En la Aduana se preparaba el

(1) Es-Selaui, al terminar la narración de los hechos ocurridos hasta la llegada de los españoles á Río Martín, dice que, á partir de ese momento, hubo una tregua de trece días. Es un error: la interrupción del avance duró quince, y no trece días (17 de enero-3 de febrero).

(2) Iriarte: *op. cit.*, páginas 99-100.

(3) *Idem*, *ibíd.*, y Alarcón, I, pág. 397.

terreno para tender un tranvía de sangre que facilitase los transportes, empleándose entretanto carros y bestias de carga (1).

Llegaban á cada paso refuerzos para cubrir las bajas causadas por la muerte y las enfermedades: el 1.º de enero desembarcó el tercio de voluntarios catalanes con un refuerzo de 450 hombres; y pocos días antes, un huésped de distinción, el conde de Eu, hijo del duque de Nemours, agregóse al cuartel general como ayudante de O'Donnell para seguir la campaña (2).

2.—Refuerzos marroquíes.—Llegada de Muley-Ahmed.

Los marroquíes, por su parte, no permanecían inactivos. Muley-el-Abbas había pedido refuerzos, que le fueron traídos por su hermano menor, Muley-Ahmed-ben-Abderramán. «Salió éste de Mequínez, donde á la sazón se hallaba el Sultán, con las tropas de refresco, y el 29 de enero fué recibido en Tetuán como un libertador. Los principales personajes salieron hasta el puente de Buceja (Uad Sfiha) á recibir al ansiado Príncipe. Penetró en Tetuán como á las once de la mañana. La alcazaba y las puertas de la ciudad le saludaron con cuarenta cañonazos. Las mezquitas, adornadas con arcos de verdura, la muchedumbre corriendo por las calles ansiosa de verle y de besar sus rodillas, los espingardazos disparados al aire, los gritos, las músicas, todas las señales del más frenético entusiasmo indicaron á Muley-Ahmed la oportunidad con que llegaba, haciéndole imaginarse que él estaba llamado á salvar la honra del Ejército y la integridad del territorio marroquí.

«Montado en una hermosísima yegua blanca y seguido de tres caballos de mano, acompañado de once alcaides, llegó á las dos de la tarde al campamento de Jeleli, donde le recibieron con salvas y aclamaciones. Los dos Muleyes se abrazaron con efusión y cariño, y de la conferencia que tuvieron en seguida resultó que dos días después atacarían juntos las posiciones españolas, con el firme propósito de morir en las trincheras ó vencer. Sus efectos inmediatos viéronse en el combate encarnizado del 31 de enero» (3).

Muley-Ahmed estableció su campamento en Fum-el-yezira—ó mejor, Deqom-el-yezira—, mientras que Muley-el-Abbas quedóse junto á la torre de Cefú (4), que los cronistas españoles llamaron torre de Jeleli (5).

Los españoles evaluaron las fuerzas traídas por Muley-Ahmed en 4.000 infantes y 3.000 caballos, y las de Muley-el-Abbas en 12.000 infantes y 3.000 caballos. Schlagintweit considera estos datos aceptables, pues más tarde, en

(1) El transporte de material y de tropas sufría lamentables retrasos. Los famosos tercios vascongados no acababan de llegar. «Los pontones—dice Lavigne—construidos por el Parque de Guadalupe están todavía en camino. Las barcas para el desembarco del tren de sitio no se han recibido aún.» (G. de Lavigne, pág. 86.)

(2) El conde de Eu era nieto de Luis Felipe. Se embarcó en Cádiz—hasta donde su padre le había acompañado—á bordo del transporte francés *Psychée*. (G. de Lavigne: op. cit., pág. 88. Iriarte, pág. 100. Alarcón, I, pág. 283.)

(3) Alarcón: op. cit., II, páginas 117 y 121.

(4) *Zatigra*, IV, pág. 218.

(5) Quizás este nombre de *Jeleli* es una deformación de *Qallala*, aduar ribeño próximo á la torre; algunos autores españoles escriben también *Keleli*. Schlagintweit, por no comprender el sonido de la *j* española, transcribe *Dchelatzi*, y varios franceses, *Jeleli*.

Tánger, los marroquíes daban un total de 15 á 18.000 hombres á las tropas reunidas en Tetuán (1).

El campamento de Muley-el-Abbas se hallaba protegido por una triple línea de trincheras; las tiendas quedaban entre la primera y la segunda línea, y la torre de Cefú se apoyaba en la tercera. La primera trinchera, realzada con espaldones, continuaba casi sin interrupción hasta el campamento de Muley-Ahmed, donde se había emplazado una batería. Según el almirante Jehenne, que mandaba la escuadra francesa anclada en Algeciras, los marroquíes tenían siete piezas de á 12 y 18, de bronce.

Delante del campo se extendían tierras de labrantío grasas y reblandecidas por las lluvias; detrás, toda la zona de huertas y jardines; obstáculo serio para el asaltante, y magnífica línea de retirada para el defensor, en caso adverso.

La torre de Cefú y, consiguientemente, el campamento de Muley-el-Abbas se apoyaban en las primeras colinas y contrafuertes, cortados por huertas y sembrados de aduares, que contendrían, seguramente, el empuje de las tropas españolas, si salían victoriosas. Las posiciones, por tanto, estaban bien elegidas.

Estaban, además, resguardadas hasta muy adelante por los pantanos y lodazales formados por las lluvias, que cubrían toda la parte baja de la llanura hasta las inmediaciones del campamento español y Río Martín, que marcaba el límite sur del futuro campo de operaciones.

3.—Fuerzas españolas.

Los españoles disponían por entonces de las siguientes fuerzas:

Segundo cuerpo (Prim); tercer cuerpo (Ros de Olano); división de reserva, división Mackenna y división Ríos, reunidas bajo el mando del general Ríos; división de caballería (Galiano); artillería, reforzada considerablemente con un tren de sitio, é ingenieros.

El contingente total era de 27.970 hombres y 2.586 caballos. La caballería era, por tanto, inferior á la marroquí en un millar de jinetes.

Prim había vuelto á mandar dos días la división de reserva antes de encargarse definitivamente del segundo cuerpo, pues el general Zabala llegó de Ceuta, casi curado, el 20 de enero; pero recayó malo el 30, y se embarcó para Alicante.

La disposición adoptada por las tropas durante su permanencia en la Aduana fué análoga á la del día 8 de febrero, cuando se reanudó la ofensiva, y que expondremos en su lugar.

(1) Schlagentweit: op. cit., pág. 811.

Las tropas de Muley-Ahmed se componían de elementos distintos de los que habían tomado parte en los primeros combates.

«Había ayer, 23 de enero—dice Alarcón—, así entre los jinetes como entre los peones, gentes nuevas, ó que, á lo menos, no recordábamos haber visto hasta entonces. Una pintoresca variedad de trajes había sucedido á la antigua uniformidad de sus blancas ó pardas vestimentas. Quiénes vestían largos ropones encarnados; quiénes, alquiletes azules y casquetes rojos; había muchos con jaique negro, y no pocos con abultados turbantes y ancho calzón amarillo ó verde; pero todavía la generalidad llevaba la clásica y monumental vestidura blanca, siquier en todos se notara más lujo y ostentación que en los demás combates.» (I, pág. 377.)

4.—Combate de la Aduana ó de Alcántara (23 de enero de 1860) (1).

El 23 de enero, á las nueve de la mañana, las tropas y los trabajadores ocupados en el reducto de la Estrella, al noroeste del campamento, se vieron súbitamente atacados por el enemigo, que desde el amanecer evolucionaba por el llano.

El ataque propiamente dicho fué tan brusco, que ninguna medida definitiva se había aún tomado para rechazarlo. El testimonio de Iriarte es concluyente (2):

«Desde el amanecer—dice—reinaba en el campo moro la inquietud precursora del combate. La caballería levantaba sus tiendas, bajaba de las alturas, y avanzaba por el llano. Sobre la orilla opuesta de Guad-el-Jelú galopaban á brida suelta blandiendo sus armas, y volvían de pronto grupas para reunirse á los suyos. Numerosos peones se extendían por la llanura, sin rumbo determinado. Hacía ya dos horas que observábamos estos manejos con los caballos ensillados. O'Donnell, con el antejo en la mano, y acompañado del jefe de su Estado Mayor, estudiaba atentamente aquel movimiento, hasta que se decidió á ir al reducto de la Estrella, desde donde se podían juzgar mejor las intenciones del enemigo.

»Después de haber tomado algunas medidas y haber observado más de cerca á los marroquíes, el Estado Mayor volvió á su cuartel general, y cada uno metióse en su tienda. Pero de pronto el general Ríos, que ocupa la Aduana, y forma, por consiguiente, nuestra vanguardia, señala al general en jefe un nuevo movimiento agresivo. Esta vez, sin avisar á su Estado Mayor, el general en jefe, cuyo caballo había quedado ensillado, sale al galope con sus ayudantes, atravesando el campamento y dando órdenes á su paso. Como había previsto, la guarnición del reducto de la Estrella había entrado en fuego.»

Mandábala el brigadier Villate, y se componía de 300 hombres de Reina y 100 de Llerena, ocupados como obreros, á quienes protegían el batallón de Baza, un escuadrón de lanceros, otro de húsares y una batería montada.

El brigadier Villate había tomado algunas medidas para evitar una sorpresa completa; pero desde el primer momento resultaron insuficientes, pues al mediodía el destacamento de caballería apostado delante del reducto para tener despejado el llano, se vió muy comprometido por el fuego, cada vez más vivo, del enemigo, y por la dificultad de maniobrar en un terreno poco sólido y cubierto de pantanos.

Villate avisó inmediatamente al cuartel general, y O'Donnell salió para el sitio amenazado, dando orden de seguirle á la caballería acampada detrás del tercer cuerpo, á dos baterías de artillería montada y á una de posición del tercero montado. Al mismo tiempo el general Ríos recibía la orden de cubrir el flanco izquierdo con un batallón de su cuerpo.

(1) Schlagintweit, pág. 307. Iriarte, pág. 101. Alarcón, I, páginas 227 y siguientes.

(2) Iriarte: op. cit., pág. 101.

Los marroquíes procuraban entretener á las tropas españolas junto al reducto, mientras que por las alas su caballería trataba de envolverlas. La mayor parte cargaba sobre el ala derecha, y, además, grupos importantes aparecían al otro lado del río Alcántara, arroyuelo entonces crecido que, bajando de Qallalin, desemboca en Guad-el-Jelú, junto á la Aduana. Precisamente estos grupos, contra lo que al principio se creía, eran los que más juego habían de dar.

El enemigo estaba ya á un tiro de fusil de las trincheras cuando llegaron los primeros refuerzos. Mientras que el tercer cuerpo y la división Ríos entraban en fuego, O'Donnell hizo que el general García, con dos escuadrones y una compañía de infantería, despejase el ala derecha.

El fuego de la infantería, que avanzaba en guerrillas á través de los pantanos, bastó para iniciar la retirada del enemigo, que la batería del reducto acentuó con sus disparos. O'Donnell esperaba, haciendo intervenir á las demás baterías que había hecho avanzar, contener el empuje del enemigo, é impedir que el combate empeñado adquiriese más importancia; pero un incidente fortuito desbarató sus planes.

La división Ríos había quedado á la defensa de la Aduana, según las instrucciones recibidas; pero, molestada por el fuego de la caballería enemiga, que se arremolinaba sobre la orilla opuesta del río Alcántara, envió un batallón de Cantabria formado en guerrillas, que la desembarazase de aquel tiro-teo peligroso. Los soldados atravesaron el arroyo, ancho y lodoso, con el agua á la cintura, y atacaron al enemigo sobre la otra orilla. El batallón, como las tropas todas de Ríos, se componía de jóvenes reclutas que entraban en fuego por vez primera; sus oficiales, sin experiencia aún, desconocían las artimañas del enemigo; así que se dejaron arrastrar por su ardor tras los jinetes fugitivos, sin notar que se alejaban demasiado de su punto de apoyo.

El general Ríos envióles un aviso, que no llegó á tiempo, y para desempearlos tuvo él mismo que atravesar el río con refuerzos; pero se vió obligado á internarse, á su vez, más de lo que hubiera querido en pos de Cantabria, que seguía avanzando. El enemigo, habiendo atraído todas estas fuerzas adonde él quería, se precipitó sobre ellas con furia; pero Cantabria formó el cuadro, la caballería marroquí se detuvo, sorprendida, un momento antes de volver á la carga, y la brigada Morales tuvo también que atravesar el río para salvar la situación (1). Por fortuna, O'Donnell se apercibió del peligro en que se encontraba toda la división. Tres veces había enviado á sus ayudantes para detener á las tropas que tan imprudentemente avanzaban, sin que sus órdenes llegasen á tiempo, á causa de los obstáculos que á su transmisión oponían los pantanos.

Viendo al centro y al ala derecha en condiciones ventajosas, reunió inme-

(1) Schiagintweit sólo habla del avance de Cantabria, y luego del socorro que inmediatamente le llevó O'Donnell, tal como nosotros lo hemos expuesto; pero sin mencionar los esfuerzos inútiles hechos por la división Ríos.

Sin embargo, si ésta no se hubiera visto comprometida, y hubiese, por consiguiente, podido socorrer por sí sola al batallón amenazado, la intervención inmediata de O'Donnell no hubiera sido necesaria. Por eso hemos seguido la versión de Iriarte y Alarcón, testigos oculares. En lo demás, todos los autores están de acuerdo.

diatamente las fuerzas más próximas de que pudo echar mano para ir en socorro de la división Ríos. Eran éstas dos escuadrones de lanceros de Farnesio, mandados por el brigadier Francisco Romero Palomeque, un destacamento de Albuera (caballería), un batallón de la Reina, los cazadores de Ciudad Rodrigo y Segorbe, más cuatro compañías de Zamora. La operación fué difícil: había que atravesar budiales y charcas en que los soldados á duras penas pudieron conservar secas sus armas. La caballería pasó con ellos por el mismo camino.

A su vez el general Galiano tenía orden de describir un gran arco de círculo para pasar por más arriba el arroyo y cargar sobre el enemigo por la izquierda con su división de caballería, á la que se habían unido la guardia civil montada y la escolta de carabineros del general en jefe. Por último, Ros de Olano, con el tercer cuerpo, avanzaba un poco más atrás para apoyar el movimiento, seguido de la artillería. Una batería montada llegó al galope á tomar posiciones en la línea de batalla, donde se hallaban ya dos baterías de montaña; sus proyectiles llegaban hasta el campamento marroquí.

Estos movimientos se hicieron con tanta precisión, que cuando las tropas que conducía O'Donnell en persona hicieron pie en tierra firme frente al enemigo, la división de caballería Galiano lo acometía por la izquierda y prolongaba la carga hasta cerca del campamento marroquí, donde, por no exponerse á sus fuegos, se detuvo, aguardando á la infantería, no sin haber tenido la suerte de ganar una bandera al enemigo.

Este, sorprendido, dióse á la fuga, aunque sus fuerzas eran bastante grandes para que hubiese podido resistir; sin duda, los proyectiles de la artillería, que llegaban hasta su campamento, contribuyeron no poco á desordenarlo. Era la segunda vez que se perseguía al ejército enemigo, desbandado, hasta sus trincheras; la segunda vez que, al chocar con tantas fuerzas reunidas, se sembraba entre ellas ese espanto que parece dar el vértigo á los jinetes moros, y que les hace huir con tanta precipitación, después que se han mostrado tan valientes en el ataque y tan audaces en sus evoluciones (1).

Entre el séquito del general en jefe se hablaba ya de continuar el avance y asaltar el campamento enemigo. Pero se hacía tarde: eran las cuatro, apenas quedaba media hora de sol, y el camino de vuelta era difícil, pues había que repasar los pantanos. La retirada, por tanto, comenzó en seguida, protegida por el general García, y verificóse sin incidentes; era ya de noche cuando las tropas entraron en sus campamentos. En la orilla izquierda de Río Alcántara, por el lado del reducto de la Estrella, el triunfo había también sido completo.

Las pérdidas consistían en un oficial y siete soldados muertos; cuatro oficiales y 45 soldados heridos. No eran muy elevadas; pero la emoción había sido muy viva: «el batallón en peligro, el paso de las lagunas, la derrota general con que terminó la acción, diéron á la jornada cierta fisonomía que la distinguía de las otras» (2).

(1) Iriarte: op. cit., pág. 107.

(2) Idem, *ibid.*

El combate de la Aduana había tenido lugar el día del cumpleaños del príncipe de Asturias, lo cual hizo aún más grata la victoria; pero, además de esta satisfacción del amor propio que procuraba al ejército, tuvo la ventaja de aguerrir á los soldados bisoños de la división Ríos, haciéndoles recibir el bautismo de fuego en una acción secundaria, pero gloriosa (1).

El general en jefe, al volver al campamento, felicitó en el mismo campo de batalla al batallón de Cantabria por la sangre fría que había mostrado (2). El conde de Eu, que tomó parte en la carga de los lanceros de Farnesio con todo el ardor de la juventud, recibió la cruz de San Fernando (3).

5.—Reconocimiento de los alrededores de Tetuán.

El 29 de enero, día de la llegada de Muley-Ahmed al campamento marroquí, los españoles hicieron celebrar una misa de campaña en la Aduana. La ceremonia fué realizada por un día tan espléndido como hacía tiempo no se había tenido otro. «Hoy—dice Iriarte (4)—, misa de campaña: fiesta en el cielo y fiesta en la tierra; un sol radiante nos saluda al toque de diana. Todo el mundo se acicala: vense cuellos planchados, botas brillantes. ¿Quién no ha de sentirse renacer á esta espléndida luz después de las lluvias torrenciales y de los vientos huracanados?

»El altar ha sido levantado en la plataforma de la Aduana: allí oficia el sacerdote. El Estado Mayor asiste al santo sacrificio á caballo, espada en mano; en el campo los soldados están en armas.

»O'Donnell mira de vez en cuando al campamento enemigo: el movimiento continuo que en él se nota llama de tal modo su atención, que pide los anteojos. Era que se celebraba con alocadas *fantasías* la llegada de Muley-Ahmed, como se supo á la tarde por un muchacho moro que se decía enviado por el gobernador de Tetuán, pero que había perdido las cartas que le habían confiado.

»Terminada la ceremonia religiosa, mandó O'Donnell al general García hacer un reconocimiento tan avanzado como fuera posible, pero sin hacerse escoltar por ninguna fuerza. Nosotros nos reunimos al reducido Estado Mayor que le acompañaba, y, atravesando las lagunas, nos metimos por el llano en que tuvo lugar el combate del 28. El terreno es fangoso, lleno de charcos grandes y profundos. No somos más que treinta; pero ya los centinelas marroquíes nos han denunciado, y algunos tiradores salen contra nosotros. Ocho carabineros á caballo nos preceden; los oficiales del Estado Mayor estudian con

(1) «Los soldados nuevos, que han hecho frente al enemigo la primera vez con la sangre fría de los veteranos, están orgullosos de un combate que el recuerdo de las pérdidas no ha logrado entristecer.» (Iriarte, 109.)

(2) Iriarte: *ibid.*, 109.

(3) Alarcón, I, pág. 285. «El oficial que acompañaba al conde intentó, en vano, impedirle que tomase parte en la carga. El brigadier Romero Palomeque, cuyo valor contribuyó tanto á la victoria, recibió una singular recompensa: una *hor de oro* ganada por el poeta Eugenio Quijano en un certamen del Ateneo de Oádiz, y remitida al general en jefe para un oficial que se distinguiera por un brillante hecho de armas en esta guerra.» (Alarcón, I, pág. 285, nota.)

(4) *Op. cit.*, pág. 119. Alarcón, I, pág. 300.

atención los accidentes del terreno, y al fin el general, adelantándose á todos, galopa solo hasta llegar á un tiro de fusil de los moros que nos han salido al paso. Una blanca humareda se destaca sobre los muros de Tetuán, un fogonazo y una detonación se suceden, y una bala de cañón viene á caer pesadamente entre nuestros caballos, que hemos tenido buen cuidado de espaciar. Reitérase la orden de dispersarse para no ofrecer blanco al enemigo, y pronto todos los cañones de la puerta de Tetuán disparan sobre nosotros. Los proyectiles, clavándose en la tierra reblandecida, hacen un ruido sordo y nos salpican de barro; el general vuelve de su reconocimiento, y nos retiramos protegidos por los carabineros.

• Ya sabemos dónde están los cañones de la puerta baja, y, en caso de un ataque, no se expondrá el ejército al fuego de sus baterías. »

6.—Combate de la torre de Jeleli (31 de enero) (1).

El día 31, hacia las seis de la mañana, notóse en el campo enemigo gran animación. Poco después los marroquíes, saliendo por las dos alas de su campo, bajaron en masa á la llanura y se dirigieron hacia la derecha del campamento español, que no estaba fortificada, para envolver el reducto de la Estrella y los pantanos.

La batalla llamada por los españoles de la torre de Jeleli iba á comenzar. Sus fases fueron:

1.º Encuentro á la izquierda entre la división Ríos y la caballería mora, que quería forzar el campamento por aquel lado. Carga del escuadrón de Villaviciosa.

2.º A la derecha, carga general de la caballería española contra la marroquí.

3.º En el centro y á la derecha, carga de la infantería, que rechaza al enemigo hasta las puertas de su campamento.

El reducto de la Estrella fué durante toda la batalla el centro de las posiciones españolas.

A) *Plan del combate.*—Dedúcese del modo cómo el enemigo inició sus movimientos, y del retraso con que avanzaron las fuerzas de su centro, que el conjunto de las líneas enemigas formóse poco antes del ataque, en media luna, según el *esquema* ordinario de los marroquíes.

O'Donnell aguardó á que la marcasen con toda claridad para adoptar su plan de batalla. El general Ríos, en primer lugar, hizo tomar las armas á sus tropas y reforzó con el batallón de Vergara á los cazadores de Luchana, que debían aquel día estar de guardia en el reducto.

El ala izquierda del campo se hallaba suficientemente protegida por sus

(1) Schlagintweit, pág. 312. Iriarte, páginas 219 y siguientes. Alarcón: op. cit., I, páginas 307 y siguientes. Algunos autores llaman á este combate de *Guad-el-Jeleli*.

trincheras y por el puente de piedra de Río Alcántara, en que se apoyaba la división Ríos.

El ala derecha, por el contrario, quedaba un poco al aire, y Prim fué á reforzarla en segunda línea con su cuerpo, mientras la división Galiano, con una batería montada, formaba en primera línea, con orden de atacar oblicuamente al enemigo para arrojarlo sobre el centro, á fin de que la artillería lo cañonease.

La división adelantóse con tal rapidez á ocupar sus posiciones, que muchos marroquíes de la extrema izquierda, ante el peligro de verse aislados de su centro, huyeron hasta Cabo Negro, dando un enorme rodeo para reunirse al grueso de sus tropas.

Pero entonces cambió el enemigo completamente de plan: previendo que las dos alas del campo español no se dejarían cortar, hizo que sólo algunos caballos de la guardia negra se mantuviesen *vis à vis* de la división Ríos, y reunió todas sus fuerzas en el centro como para intentar un ataque sobre la derecha del reducto. El grueso de las fuerzas españolas se había también reunido en aquel lado, para lo cual se hizo volver á toda prisa á la caballería, que formó á la derecha del reducto la primera línea.

Distribuido en columnas y cuadros, el tercer cuerpo mantenía la unión entre la reserva y el segundo cuerpo. En los intermedios de estas tropas no ocupados por la caballería se enfilaron tres baterías contra el núcleo de la caballería enemiga.

Ríos, con su división, quedaba á la izquierda, en la siguiente forma: en la extrema izquierda, el Provincial de Málaga; junto á él, escalonado, el regimiento de Zaragoza; luego, un escuadrón de lanceros de Villaviciosa y una batería de montaña; á la derecha del puente, los demás batallones de la reserva y una batería de montaña; en la extrema derecha, los batallones de Príncipe y Cuenca, junto al reducto, en contacto con el resto del ejército; á la izquierda del reducto, seis baterías, una de ellas de cohetes á la *congrève*.

Entre los dos ejércitos se extendían las lagunas. El enemigo había reconcentrado su caballería en el centro.

B) *Primera fase: Tiro de guerrillas.*—Los primeros disparos sonaron hacia la izquierda, y fueron como la señal convenida que generalizó el ataque; en un momento, desde la Aduana hasta la parte de la llanura bordeada por los primeros cerros que conducen á Cabo Negro, no se vió más que un torbellino de humo. Sin embargo, la acción se redujo al principio al fuego de las guerrillas y á las evoluciones de los jinetes árabes, que galopaban en incesantes fantasías. El combate de tiradores, á que se prestaba la configuración del terreno, pantanoso y á trechos infranqueable, amenazaba prolongarse, con gran daño de la división Ríos.

C) *Ofensiva de los españoles.*—Para librarse de aquel fuego mortífero, el general Ríos hizo avanzar á su infantería á través de los pantanos, y luego, como casi todas las armas y municiones se habían mojado, mandóla cargar á la bayoneta, hasta que, rodeada de una nube de caballos, tuvo que formar el cuadro. Después de intentar romperlo por tres veces, la caballería enemiga

abandonó el campo, con lo cual, hasta una hora avanzada de la acción el general Ríos sólo pudo hacer uso de su artillería, cuyos proyectiles llegaban hasta el pie de la torre de Jeleli.

En el centro la acción no se decidía aún: reducíase á un vivo tiroteo que causaba muchas bajas á los españoles. Como la caballería enemiga se había reunido en gran parte por aquel lado, O'Donnell, aprovechando un momento favorable, echó mano de los escuadrones del segundo cuerpo, que, habiendo vuelto del ala derecha, esperaban órdenes junto al reducto, y, dejando en reserva al escuadrón del Rey, hizo que cargasen divididos en dos grupos.

Eran las dos de la tarde. A la izquierda se encontraba el brigadier Villate, jefe de la primera brigada, con dos escuadrones de coraceros, Reina y Príncipe: su misión era romper el ala derecha de la caballería marroquí. Para entretener á los jinetes enemigos, que hacían caracolear á sus caballos, mientras la división pasaba las lagunas envió delante del primer grupo una sección de húsares.

A la derecha, el brigadier conde de la Cimera mandaba la segunda brigada, en sustitución del brigadier Romero Palomeque, enfermo, con un escuadrón en primera línea, otro un poco más atrás, y los lanceros de Farnesio y Villaviciosa en reserva; O'Donnell dirigía el movimiento en su conjunto.

El brigadier Villate llegó sin resistencia al pie de una colina paralela á las alturas de la torre de Jeleli. En su falda, cubierta de matorrales, la caballería enemiga se había rehecho, aguardando á la española en las condiciones más ventajosas. Después de haber ensayado tres veces ganar la colina en un furioso combate cuerpo á cuerpo, los españoles se vieron obligados á retirarse ante un fuerte grupo de jinetes de la guardia negra que acudía en auxilio de los suyos. Retiráronse, pues, pero en buen orden, con una precisión y un sentido táctico que honraba á su jefe, hasta que, apoyados por un destacamento de infantería que llegaba en su socorro, y en contacto con la otra columna de caballería, pudieron volver á la ofensiva.

En efecto; el conde de la Cimera, viendo el giro que tomaban las cosas, tuvo la oportunidad de abandonar su dirección primera para ir en auxilio del brigadier Villate. Los húsares, reforzados por Albuera, cargaron por segunda vez y desalojaron sin dificultad al enemigo de sus posiciones. Los cazadores de Baza y Ciudad Rodrigo y el segundo batallón de Albuera, precedidos por una batería montada, llegaban por el centro al mismo tiempo; y la caballería, una vez llenado su cometido, se replegó sobre estas fuerzas de refresco. La artillería entró entonces en escena, y terminó la acción, que tan bien había comenzado la caballería, cañoneando al enemigo y obligándole á retirarse definitivamente.

Los otros batallones de la primera división del tercer cuerpo, á favor del fuego de dicha batería y de una parte de la de cohetes á la *congrève*, persiguieron al enemigo aún más lejos, entre el llano y su campamento, no sin viva resistencia, sobre todo en el ala izquierda marroquí. Trecientos jinetes se parapetaron en unos matorrales, y los batallones de la primera y segunda brigada del segundo cuerpo, con los escuadrones de húsares, los ahuyentaron

tras un corto, pero acalorado reencuentro. El enemigo, entonces, acometió débilmente el ala derecha de la columna de la segunda división del segundo cuerpo; pero cedió pronto á un contra-ataque de las escoltas del cuartel general y de Prim, sostenidas por un escuadrón de Albuera.

D) Persecución del enemigo.—Serían las tres de la tarde. El brigadier Dolz acababa de caer herido; el grueso de los marroquíes huía; pero su caballería se reorganizaba al pie de las colinas, y los peones hacían alto en las laderas; luego, todos juntos dieron muestras de querer recomenzar el ataque, y ya sus tiradores avanzaban de nuevo abrigándose en las huertas y en la maleza: era, pues, preciso impedir esta tentativa de las tropas marroquíes, so pena de tener que librar una segunda batalla. A la izquierda, el cuerpo de reserva avanzó escalonado, y, sostenido por la artillería, se apoderó de las alturas más próximas; una vez en ellas, formóse en cuadros, emplazando la artillería en los huecos.

En el centro, Ros de Olano apoyó el movimiento de la reserva con los batallones de la primera división de su cuerpo, al mismo tiempo que el general Mackenna atacaba y perseguía al enemigo en la dirección de su campo.

A la derecha, el segundo cuerpo avanzaba también rápidamente hasta coronar las alturas. Esta última parte del combate fué la más brillante: el ataque, que hacían solemne la extensión de la línea de asalto y el entusiasmo del primer triunfo, se llevó á cabo «con tanta valentía, que hubo que enviar ayudantes á brida suelta para contener el ardor de los cazadores» (1). La caballería enemiga ni siquiera intentó cubrir la retirada ó, mejor dicho, la huida de su infantería, y volvió grupas, abandonando gran número de muertos y heridos.

En la extrema izquierda tuvo lugar un enojoso incidente. Un puñado de enemigos oculto en el llano creyó encontrar en el avance de las fuerzas españolas una ocasión favorable para arrojarse sobre su campamento. El escuadrón de Villaviciosa, con el general Rubín á la cabeza, cargó sobre ellos; pero el enemigo, huyendo, se aprovechó de su conocimiento del terreno para atraer á los jinetes hasta un sitio pantanoso cubierto de hierbas que desde lejos parecía una pradera. Casi todo el escuadrón se atascó en él y quedó clavado, sirviendo de blanco al enemigo. El Provincial de Málaga, que formaba la reserva junto al puente, acudió á salvarlo al apercibirse de su crítica situación; pasó la laguna apoyándose en los fusiles, que se le mojaron hasta el punto de no poder hacer fuego, y dando una furiosa carga á la bayoneta, puso en fuga al enemigo. Los lanceros se desembarazaron entre tanto, aunque con grandes fatigas, y después de haber perdido bastantes hombres y caballos.

E) Retirada al campamento.—A las cinco de la tarde, habiendo cesado completamente el fuego en toda la línea de tiradores, comenzóse la retirada por el segundo cuerpo, protegido por la brigada Cervino y dos escuadrones de caballería, á las órdenes del brigadier Villate. La retaguardia se vió molestada aún por el enemigo; pero una carga de caballería y otra á la bayoneta de la

(1) Iriarte: op. cit., pág. 129.

infantería bastaron para contenerle, pues el general en jefe había tenido esta vez la precaución de formarla con suficientes fuerzas de artillería y caballería.

Las pérdidas fueron: el brigadier Dolz, cuatro oficiales y 42 soldados muertos; 48 oficiales y 864 soldados heridos. Por vez primera en toda la campaña se sirvieron los marroquíes de un pequeño cañón, puesto en batería junto á la torre de Jeleli, pero que no produjo efecto alguno.

Los españoles calcularon en 16.000 infantes y 10.000 caballos las fuerzas que el enemigo hizo entrar este día en fuego.

«Los críticos españoles—dice Mordacq—atribuyeron la mayor parte del triunfo á la artillería, que con sus fuegos había constantemente preparado la acción de la caballería y las cargas á la bayoneta de la infantería. Algunas baterías avanzaron hasta á mil metros de las líneas enemigas.»

Con el combate de la torre de Jeleli termina el periodo en que el ejército se mantuvo á la expectativa frente á Tetuán: O'Donnell pensó que sus tropas eran ya bastante fuertes para llevarlas á la toma de la ciudad (1).

7.—Batalla de Tetuán.—Asalto del campamento marroquí (4 de febrero de 1860) (2).

El 2 de febrero, después de una misa celebrada en honor de la Virgen, reunió O'Donnell á sus generales en consejo de guerra sobre la terraza de la Aduana, desde donde se descubría todo el llano y el campamento enemigo.

El 4 de febrero, al salir el sol, recogieronse las tiendas: la mañana estaba sombría; la nieve cubría las cimas de las montañas. «El tiempo estaba brumoso—dice Iriarte—, y negras nubes cargadas de lluvia nos auguraban un día poco propicio para un golpe de mano tan audaz como el que se iba á intentar; sin embargo, hacíanse todos los preparativos para la marcha con gran actividad, y el ejército no esperaba más que la orden de avance.

«El general en jefe, inquieto, dirigióse á la playa con el jefe de su Estado Mayor, é interrogaba, ya al cielo, ya al mar. El tiempo seguía indeciso, y tres horas se pasaron en angustiada incertidumbre, hasta que por fin, aprovechando un rayo de sol, las tropas se pusieron en marcha para ir á ocupar las posiciones que se les habían asignado.»

A) *Plan de ataque.*—El terreno en que iba á librarse la batalla estaba exactamente limitado: al Este, por la Aduana, el campo español y las dunas que bordean el mar; al Sur, por los meandros de Río Martín; y al Norte, por las primeras ondulaciones y colinas en que se asentaba el campamento marroquí, á cinco ó seis kilómetros de la Aduana.

(1) El autor intercala aquí un extenso cuadro de las fuerzas que componían el ejército después de la llegada de la división Ríos. Nos permitimos suprimirlo, remitiendo al lector que quiera consultarlo al *Atlas de la guerra.*—(Nota del traductor.)

(2) Alarcón, II, páginas 8 y siguientes. Schlagintweit, pág. 319. Iriarte, páginas 144 y siguientes. Mordacq, páginas 76 y siguientes.

Entre ocho y media y nueve las tropas pasaron el río Alcántara por el puente de piedra que existía de muy antiguo y por dos pontones echados la víspera por los ingenieros; el paso se hizo sin incidentes y en buen orden. Más adelante las tropas cruzaron las lagunas, y formáronse luego en orden de batalla según las prescripciones del general en jefe, que pueden resumirse así:
«El ejército se dividirá en dos alas, derecha é izquierda, y un cuerpo de



Llano de Tetuán. Escala: $\frac{1}{100000}$

1, cuartel general del 4-5 de febrero.—2, tercer cuerpo del 4-5 de febrero.—3, caballería. El día 6 pasa al campamento del tercer cuerpo.—4, segundo cuerpo el 4 de febrero.—5, artillería del 4-7 de febrero.—6, segundo cuerpo el 5 de febrero. Algunas de sus baterías quedaron en su primer campamento.—7, cuartel general del 6 de febrero al 23 de marzo.—8, tercer cuerpo del 6 de febrero al 23 de marzo.—9, primera división de reserva del 28 de febrero al 20 de marzo. Los tercios vascos los reemplazaron luego.—10, artillería montada del 7-23 de marzo.—A, el ejército reunido en Río Martín.—A', los voluntarios catalanes.—E, campamento marroquí de Muley-el-Abbas.—E', campamento marroquí de Muley-Ahmed.

reserva. El segundo cuerpo formará el ala derecha. El tercero, el ala izquierda. Cada cuerpo marchará en columnas cerradas por batallones. Dos brigadas en forma de cuña irán al frente. Con la articulación de los ángulos posteriores de la cabeza cuneiforme se enlazarán las columnas formadas á derecha é izquierda por las otras dos brigadas. En el intermedio de los dos cuerpos irá la artillería, y lo mismo dentro de cada cuerpo entre las columnas que lo constituyen; en el segundo cuerpo habrá cuatro baterías; en el tercero, tres. A la par con las últimas unidades avanzarán los ingenieros, y detrás de ellos, tres baterías de campaña (12 piezas).

»La división de caballería seguirá á las columnas en dos líneas: la primera de coraceros, y la segunda de lanceros.

»El cuerpo de reserva quedará en el reduto de la Estrella para observar los movimientos del enemigo é impedir un ataque de flanco.»

Las instrucciones complementarias dadas al cuerpo de reserva eran: amenazar constantemente la extrema izquierda del campamento de Muley Ahmed, pero sin atacarlo de un modo serio, á menos que el enemigo diese señales de querer caer sobre el flanco de las tropas en marcha; con él quedaron una batería de montaña y otra montada.

Las tiendas del cuerpo de reserva quedaban en pie en su campamento, guardadas por algunas fuerzas del tercer cuerpo. Era la primera vez que todas las fuerzas españolas se reunían á la vista del enemigo: «el espectáculo—dice Schlagintweit—no podría menos de imponerle».

B) *El avance.*—El ejército se puso en marcha lentamente á causa de los obstáculos naturales—charcos y lagunas—que obstruían el paso; pero con gran precisión. Hallábase á 2.500 metros de las posiciones del enemigo cuando éste rompió prematuramente el fuego de artillería, aunque sin efecto alguno. O'Donnell juzgó inútil responder, pues no se creía todavía en condiciones de obrar con eficacia. Pronto el cañón de la torre de Cefú (Jelcli) unió sus fuegos á los del campamento de Muley-Ahmed; la batería de Bab-el-Oqla, de Tetuán, hizo lo mismo; pero callóse pronto, porque, probablemente, amenazaba tanto á la caballería marroquí de la extrema izquierda como á los españoles.

Al llegar á 1.700 ó 1.800 metros de las líneas enemigas, temeroso de que el fuego de los marroquíes comenzase á hacer bajas entre sus tropas, agrupadas en columnas, O'Donnell hizo avanzar á las tres baterías que marchaban entre los dos cuerpos para responder al fuego de las trincheras, maniobra que fué apoyada por una línea de tiradores sacados de los dos cuerpos y desplegados en avanzada.

Pero el tiro de los marroquíes iba tan mal regulado, que los proyectiles caían entre las columnas ó detrás, pues Iriarte dice que, «habiéndose separado del Estado Mayor para recorrer toda la línea de batalla con los cronistas y corresponsales á más de quinientos metros á retaguardia, se encontró precisamente en la zona peligrosa batida por la artillería enemiga: en dos horas de tiro—añade—no dejó veinte españoles fuera de combate». Los marroquíes apuntaban demasiado alto, y tiraban por elevación, en vez de disparar á bala rasa.

Por otra parte, el fuego de los tiradores españoles desplegados delante de la artillería era también ineficaz contra un enemigo que se mantenía invisible detrás de sus trincheras.

Para conseguir un efecto más inmediato, O'Donnell mandó á la artillería del tercer cuerpo tomar posiciones á la izquierda de la columna, y á la del segundo á la derecha, para combinar sus fuegos con las baterías del centro.

Además, una de las baterías del segundo cuerpo debía cañonear la extrema izquierda del campamento de Muley-el-Abbas; luego, la brigada de lanceros avanzó por la derecha para observar al enemigo, que se dejaba ver en grupos por aquel lado.

Bajo la protección de la artillería, los dos cuerpos continuaron su marcha

sin tener necesidad de disparar un tiro de fusil hasta unos quinientos pasos del campamento marroquí.

C) *Combate preliminar.*—Vióse entonces á numerosos grupos enemigos dirigirse sobre el flanco izquierdo del ejército, como para ejecutar un contraataque.

Al darse cuenta de ello, dos batallones del tercer cuerpo, desplegados en guerrillas, fueron á reforzar las tropas apostadas por aquel lado, y ahuyentaron pronto á los asaltantes en dirección á Tetuán. La brigada de coraceros, que había sostenido el ataque, prosiguió su marcha hasta la orilla del río, donde tomó posiciones para cubrir el ala izquierda; las lanchas cañoneras, que remontaban el río hasta cierta distancia de la Aduana, contribuyeron también al éxito de este episodio de la batalla.

El ejército se encontraba así cubierto por el flanco izquierdo, mientras que la brigada de lanceros lo protegía por el derecho. El tercer cuerpo, á partir de este momento, tuvo que avanzar algo más hacia la izquierda para amenazar la extrema derecha del campo de Muley-Ahmed y obligarle á descubrirse. En efecto; el enemigo seguía obstinadamente oculto detrás de la larga línea de sus fortificaciones, esperando el momento oportuno para romper el fuego de fusilería.

«Esta táctica de los marroquíes—dice Schlagintweit—habría sido buena dada la superioridad del asaltante y la naturaleza del terreno pantanoso que se extendía delante de él hasta las trincheras, y que tenía que atravesar á pecho descubierto bajo el fuego enemigo; pero con la condición de que los marroquíes hubiesen tenido bastante artillería y hubiesen sabido regular su tiro, empleando al mismo tiempo la caballería, que disponía de un terreno propicio á su derecha, todo lo largo del río.»

Entretanto el tiro de la artillería española parecía también insuficiente, pues no lograba desmontar más que una de las piezas enemigas; y como era necesario apagar el fuego de las trincheras marroquíes antes del asalto, que de otro modo hubiese sido demasiado mortífero, la artillería avanzó aún más, y, tirando á 400 metros, 40 piezas unieron sus fuegos contra las trincheras enemigas y comenzaron á arrojar sobre ellas una verdadera lluvia de obuses y granadas: el espectáculo era terrible.

«Imponente cuadro—dice O'Donnell dando á la Reina cuenta del combate—el de los dos ejércitos frente á frente, y tan cerca el uno del otro: el marroquí, completamente resguardado por sus obras de defensa; el nuestro, completamente descubierto, pues en toda la llanura no se veía el más pequeño arbusto. Pero la energía y la calma de los soldados, la puntualidad con que los generales ejecutaban mis órdenes, me daban la seguridad de que pronto la victoria se declararía en nuestro favor» (1).

El combate de la artillería duró hora y media: cada vez que el fuego enemigo cedía un poco se reenganchaban las piezas y se avanzaba un trecho más. Así los españoles llegaron hasta corta distancia de las trincheras, y entonces

(1) Schlagintweit: op. cit., pág. 282.

se vió en dos ocasiones distintas elevarse de entre las baterías marroquíes una inmensa columna de humo: era que dos depósitos de municiones hacían explosión.

Entretanto el tercer cuerpo, á quien hemos visto acudir al flanco izquierdo, se inclinaba aún más por aquel lado, como para amenazar más ostensiblemente un ataque al campamento marroquí. Llegado á un recodo de Río Martín, se estableció con su artillería sobre los dos ángulos de un triángulo, uno que hacía frente al campo de Muley-Ahmed, y el otro que amenazaba invadirlo por detrás.

D) *Ataque decisivo.*—Juzgando que con este terrible fuego de artillería quedaba bien preparado el ataque decisivo, O'Donnell decidió no retrasarlo más.

Un corto espacio, sembrado, es verdad, de charcas, lodazales y zanjas cubiertas de espinas, separaba tan sólo á los dos ejércitos. Las disposiciones para el asalto fueron rápidamente tomadas: á la derecha, Saboya, León, los voluntarios catalanes, los cazadores de Alba de Tormes, Princesa y Córdoba pasaron á la primera línea, mientras que la artillería moderaba su fuego para permitir ejecutar el movimiento; á la izquierda repetíase la misma maniobra, y Ciudad Rodrigo, Zamora, Albuera y Asturias formaban una cortina delante de la artillería. Los pocos minutos que en estas evoluciones se gastaron fueron los más penosos: los marroquíes, comprendiendo que llegaba el momento crítico, disparaban con furor sobre un blanco seguro. La espera impacientaba á las tropas, y los gritos de: «¡Adelante, adelante!, ¡Al asalto, al asalto!», resonaban por todas partes. Pero O'Donnell no quería precipitarse, y aguardaba el instante preciso en que pudiera realizarse la acometida á la vez en toda la línea.

Sonó por fin la señal. «Corto—dice Schlagintweit—, pero terrible, fué el momento en que los españoles se lanzaron al asalto con la bayoneta calada. Los marroquíes, agazapados hasta entonces tras sus fortificaciones, irguiéronse de súbito, y con salvaje gritería rompieron un fuego infernal contra los asaltantes: la sola batería que no había sido desmontada, la del centro, vomitó á bocajarro una espantosa lluvia de metralla sobre Saboya en el momento en que iba á asaltar las trincheras. Al mismo tiempo que este regimiento, se lanzaban á la carrera León y los voluntarios catalanes; pero la tierra les faltó bajo los pies, y cayeron en un profundo charco, con agua á la cintura.

»Una vez más el arrojo temerario de Prim salvó la situación: precipitándose á caballo en el pantano, y animando á los soldados con su palabra inflamada, pónese á su cabeza y atraviesa el terraplén del campo enemigo por una aspillera. Blandiendo su sable, avanza seguido de los voluntarios catalanes y arrastra al resto de las tropas, que fascina con su valor extraordinario después de haberlas sacado de tan peligroso paso.

»Un terrible combate se entabla: alrededor de los generales Prim y Orozco combaten Saboya, León y los voluntarios catalanes, de tienda en tienda, cuerpo á cuerpo. Pero Ros de Olano apareció por la izquierda, avanzando como para envolver el campamento; este movimiento puso fin al combate: los ma-

troquies huyeron precipitadamente, abandonando muchos de sus muertos, después de haberse defendido con admirable valentía: los artilleros se habían hecho matar sobre sus piezas, y los cadáveres se amontonaban á la entrada de las tiendas.»

A la izquierda, los batallones del tercer cuerpo se precipitaron también sobre las trincheras del enemigo, que se defendió con una tenacidad que no había mostrado en los combates anteriores. Pero la resistencia era ya inútil y no podía durar mucho. Cincuenta minutos después de sonar el toque de asalto, la bandera española ondeaba en los parapetos marroquíes.

Sin embargo, el ejército no era dueño más que del terreno en que había combatido: del campamento, que, por su posición, hubiera costado mucho más ganar si hubiese sido defendido con tanta pericia como valor. Todavía dentro de las trincheras se disparaban algunos tiros sueltos, y los marroquíes más tercios se hacían matar á la puerta de sus tiendas; en vano se trataba de hacerlos prisioneros, pues se precipitaban sobre las bayonetas y se hacían degollar. Otros, emboscados tras de los árboles y setos, disparaban sobre el Estado Mayor, uno de cuyos oficiales cayó muerto de un balazo en la cabeza. Una corta batida dió cuenta de aquella obstinación desesperada.

«El campo había sido abandonado—dice Iriarte—y, sobre todo, sorprendido, pues á la puerta de las tiendas de los jefes estaban todavía preparadas las pipas y las tazas de café en mesitas bajas. Su sola vista hacía evidente que los moros ni siquiera habían concebido que el campamento pudiera ser asaltado. La huida había comenzado por el *¡Salvese el que pueda!* de los que estaban en las trincheras invadidas, y ya nada ni nadie la pudo contener. Los primeros asaltantes vieron todavía algunos jefes, ricamente vestidos, que apuñalaban á los fugitivos y hacían vanos esfuerzos por volverlos á la línea de fuego. Una vez desembarazados los alrededores del campamento de Muley-Ahmed, mandó O'Donnell hacer una demostración contra el campamento de la torre de Jeleli. Los guiones de Muley-el-Abbas no se dejaron ver en toda la jornada: durante el ataque al campo de su hermano quedóse él ocioso en sus trincheras, sin comprender que su intervención sobre el flanco derecho de los españoles hubiera podido influir radicalmente en el resultado de la batalla.»

Casi sin resistencia fué á su vez desalojado de su campamento, sin intentar prolongar la lucha, y, dando un gran rodeo, fué á situarse á cierta distancia de los muros de Tetuán, en el valle de Río Buceja (Uad-Bu-Sfiha). Mientras estas escenas tenían lugar, el cuerpo de reserva se había alejado un poco de sus posiciones junto al reducto de la Estrella, según las órdenes recibidas, para oponerse á unos 8.000 caballos que amagaban el flanco derecho, y para cortarles el paso hacia el campo de batalla. Tampoco la flota permaneció inactiva en esta jornada, sino que cañoneó el ala izquierda del enemigo, y algunas lanchas cañoneras, como ya hemos visto, remontaron el río Martín hasta más arriba de su confluencia con el río Alcántara, para unir su fuego al de la artillería. Cuando, á consecuencia del movimiento de las tropas, tuvieron que apagar sus fuegos, los oficiales bajaron á tierra y pidieron al general en jefe permiso para tomar parte en el combate; pero O'Donnell se lo negó, ante

la posibilidad de utilizar el fuego de las cañoneras para proteger su flanco izquierdo, si fuera preciso (1).

Las consecuencias de la victoria hacían contraste con las de los combates precedentes. Se había cogido un botín considerable: dos estandartes, ocho cañones, muchas municiones, muebles y efectos de todas clases, y cerca de ochocientas tiendas, entre ellas la de Muley-Ahmed.

Las pérdidas de los españoles eran, en cambio, insignificantes, si se las compara con los resultados conseguidos. La mayor parte de las bajas tuvieron lugar en el momento del asalto y en el combate cuerpo á cuerpo que se siguió. Las pérdidas del enemigo fueron evaluadas demasiado alto por los vencedores. Es verdad que encontraron muchos cadáveres en el campamento, y que vieron largas filas de heridos arrastrarse en dirección á Tetuán y á las montañas; pero parece que hay algo de exageración en los 300 muertos y 900 heridos de que habla Alarcón. Sin embargo, el contralmirante francés Jehenne dice que un millar de marroquíes quedaron fuera de combate.

Las tropas acamparon en las alturas que habían conquistado, excepto el cuerpo de reserva, que siguió en la Aduana y en el reducto de la Estrella. Durante la noche las baterías de la ciudadela de Tetuán lanzaron todavía algunos proyectiles sobre el campamento español; pero sin causarle el menor daño (2).

8.—Consecuencias de la batalla de Tetuán.—Saqueo de la ciudad por los montañeses (3).

Los primeros heridos que llegaron á Tetuán esparcieron la noticia de la derrota de su ejército. Gran golpe de fugitivos llegó tras ellos: en vano los jefes iban á sus alcances y los golpeaban y los maldecían, tratando de volverlos al combate; el terror podía más. En todas partes se oían sollozos y lamentaciones, y en las mezquitas y sinagogas se hacían preces extraordinarias.

(1) «La batalla de Tetuán ofrece un interés especial—dice Mordacq—por la importancia de los contingentes que en ella tomaron parte y por el cuidadoso método con que la dirigió O'Donnell. Sus fases fueron las mismas de una batalla europea, y por el plan, la rapidez de la acción y la manera de combatir de los marroquíes, tuvo puntos de semejanza con la batalla de Isly, aunque la táctica seguida fué diferente.» El mismo autor juzga así la táctica de O'Donnell en esta ocasión: «Siempre que tropas europeas aguerridas se han encontrado frente á un enemigo que no posee más que una instrucción militar rudimentaria, han preferido la táctica bien sencilla de amenazar uno de los flancos, para llegar por fin á rodearlo. Por grande que sea el valor individual de los combatientes, si no están muy disciplinados y tienen un gran sentimiento de solidaridad, es casi seguro que evacuarán sus posiciones.

»Ahora bien; atacando á los marroquíes por el campamento de Muley-el-Abbas, á la izquierda, O'Donnell hubiera tenido que meter sus tropas en un terreno accidentado en que no habrían podido maniobrar, mientras que el enemigo hubiera tenido toda clase de ventajas para emplear con provecho su táctica ordinaria.

»A la derecha todo era llano; la infantería y caballería españolas darían fácilmente cuenta de las cargas desordenadas de la caballería marroquí, y la artillería, en un terreno despejado, podría preparar y sostener constantemente los movimientos ofensivos de las otras dos armas.» (Mordacq; op. cit., páginas 75-76.)

(2) «El campo se levantaba á media legua de Tetuán, entre los jardines, ya floridos, y bajo los fuegos de la fortaleza que domina la ciudad. Los moros, que no habían aún apreciado las consecuencias de la toma de su campamento, pensaban todavía en defenderse en la ciudad; y los cañones de la alcazaba nos enviaban sus proyectiles, que caían pesadamente entre las tiendas.» (Iriarte; op. cit., pág. 157.)

(3) *Intiquea*, IV, páginas 216-217. Alarcón, II, páginas 26 y siguientes, 85 y siguientes, 121 y siguientes. Schlagintweit, páginas 326-333. Iriarte, páginas 163-168.

Una diputación de tetuaníes fué á ver á Muley-el-Abbas en su nuevo campo para pedirle el permiso de abandonar la ciudad con sus bienes muebles, pues había prohibido antes hacerlo para mantener firme la moral de sus tropas.

Ahora ya no tenía razón de ser la interdicción; así que gran número de tetuaníes abandonaron sus casas, llevándose lo que podían: unos, la mayoría, se refugiaron en Tánger; otros se aventuraron en las montañas, buscando un asilo entre sus asociados agrícolas. Las casas de los funcionarios del Majzen y de los habitantes más ricos fueron, por lo general, rápidamente desamuebladas; pero algunas quedaron alhajadas como estaban, sin que hubiese habido tiempo de sacar el más pequeño objeto.

Entonces las tropas del Sultán, y más aún las bandas salvajes de montañeses y rifeños, aprovecharonse de la ausencia de las autoridades para dar rienda suelta á sus instintos de pillaje: los que durante la noche venían á refugiarse en la ciudad tomaban parte en estas hazañas contra una población indefensa; una veintena de personas fueron degolladas, y el barrio de los judíos fué entregado al saqueo.

Ante tales excesos, cierto número de notables se reunieron en casa de El-Hach-Ahmed-ben-Ali-Abair para tratar de su remedio, y no encontraron otro que el de implorar la protección de los vencedores contra sus propios soldados y los que les servían de auxiliares. A la mañana siguiente una diputación se dirigió al campamento de O'Donnell; pero de vuelta á la ciudad encontraron muy dudosos todavía á sus conciudadanos: algunos, disipadas las tinieblas de la noche y pasado el terror del saqueo, hablaban de resistir al enemigo; los diputados se esforzaban por vencer su repugnancia, y les representaban, con razón, que, abandonados por su ejército, sin armas y sin fuerzas, no tenían más remedio que rendirse. Llegó en tanto la noche del 3 al 4; los desórdenes se reprodujeron con más violencia y declaróse el hambre, pues los saqueadores lo habían robado todo, malbaratando y echando á perder lo que no pudieron llevarse consigo. Al fin, aguijoneados por la necesidad, convinieron todos en que la entrada de los españoles era su única salvación.

9.—Entrada de los españoles en Tetuán (6 de febrero de 1860).

Por su parte O'Donnell, antes de recurrir al bombardeo de la ciudad, resolvió intimar á sus habitantes la rendición. Un prisionero, acompañado del intérprete Pedro Dejean, llevó á la ciudad un mensaje concebido en estos términos:

- Al gobernador de la plaza de Tetuán:
- Habéis visto vuestro ejército—mandado por los hermanos del Emperador—batido, y su campamento, con la artillería, municiones, tiendas y cuanto contenía, ocupado por el ejército español, que está á vuestras puertas con todos los medios para destruir vuestra ciudad en cortas horas.
- No obstante, un sentimiento de humanidad me hace dirigirme á vos.

»Entregad la plaza, para lo que obtendréis condiciones razonables, entre las que estarán el respeto de las personas, de vuestras mujeres, de las propiedades y de vuestras leyes y costumbres.

»Debéis conocer los horrores de una plaza bombardeada y tomada por asalto; evitadlos á Tetuán, ó, de otro modo, cargad con la responsabilidad de verla convertida en ruinas, y desaparecer la población rica y laboriosa que la ocupa.

»Os doy veinticuatro horas para resolver: después de ellas, no esperéis otras condiciones que las que imponen la fuerza y la victoria.

»El capitán general y en jefe del ejército español,—*Leopoldo O'Donnell*.—
Al mismo tiempo se había leído á las tropas la siguiente orden del día:

»Soldados: En el día de ayer habéis conseguido una completa victoria, tomando al enemigo sus reductos y atrincheramientos, su artillería y sus cuatro campamentos, con todas sus tiendas y bagajes. Habéis correspondido dignamente á lo que la Reina y la Patria esperaban de vosotros, y habéis elevado á una grande altura la gloria y el nombre del Ejército español.

»Soldados: Continúad con la misma constancia con que habéis luchado durante tres meses contra los elementos de un clima duro y en un país inhospitalario, hasta que obliguemos al enemigo á pedir gracia, dando á España satisfacción cumplida de sus agravios, é indemnización de los sacrificios que ha hecho.

»Vuestro general en jefe,—*O'Donnell*.—

El parlamentario español, llevándose las miradas de todo el ejército, desapareció en el laberíntico camino cubierto de follaje; pero no tuvo necesidad de llegar hasta las puertas de la ciudad: á poco trecho encontróse con una diputación de tetuanés, presidida por El-Hach-Ahmed-ben-Ali-Abair, agente consular de Austria y de Dinamarca. Juntos volvieron al cuartel general, donde los moros refirieron las escenas de pillaje de que Tetuán había sido teatro, y significaron que la población se hallaba dispuesta á rendirse.

La entrevista de los diputados con el general en jefe fué corta. Insistieron en pedir que se respetasen vidas y haciendas, y como el general se lo prometiese, obligáronse, por su parte, á hacer todo lo posible para conseguir que sus conciudadanos entregasen la ciudad.

Convínose que, en caso de lograrlo, se arriaría la bandera marroquí de la ciudadela á la mañana siguiente.

Amaneció el 4 de febrero, y la bandera marroquí ya no ondeaba sobre Tetuán. A las ocho los mismos parlamentarios de la víspera reaparecieron antes de expirar el plazo convenido.

Renovaron de nuevo sus demandas del día anterior, que fueron confirmadas, y aseguraron en seguida al general en jefe que podía entrar en la ciudad sin riesgo de encontrar resistencia. No obstante sus promesas, se habían hecho todos los preparativos para el bombardeo, y los mismos emisarios pudieron ver el tren de sitio y los 14 morteros preparados para romper el fuego.

Antes de dar la señal de avance, O'Donnell advirtió á sus tropas que se precaviesen contra los ardidés del enemigo al entrar en la ciudad.

Diapósese la marcha en esta forma:

El general Ríos, con la segunda división de reserva, un grupo de oficiales de artillería y de ingenieros, el Estado Mayor y el general Mackenna, se dirigió hacia la parte baja de la ciudad, mientras que Prim, acampado en la torre de Jeleli, avanzaría hacia la ciudadela, á través del cementerio, con la segunda división de su cuerpo. Seguiríale el cuartel general, y el tercer cuerpo, con Ros de Olano, formaría la reserva.

A pesar del deseo que se tenía de que el ejército estuviese el menor tiempo posible fuera de los muros, la marcha fué lenta y hubo que hacer numerosas paradas, pues el terreno ofrecía pocas facilidades para el desfile, á causa de los setos, huertas, jardines y barrancos que lo entrecortan en todas direcciones.

Excepto un trozo de la parte baja, no se disponía más que de caminos hundidos, que serpentean entre huertas y casas de campo, cubiertos de árboles, y tan estrechos, que en muchos sitios los soldados no podían pasar de tres en fondo.

Zaragoza fué el primero en llegar á las puertas. Venían luego el general Mackenna y el Estado Mayor, con un batallón de la Reina, los ingenieros y una batería de montaña. El general Ríos encontró la puerta cerrada, con gran sorpresa suya, y, en su enojo, hizo adelantar una pieza de artillería para echarla abajo, mientras algunos hombres golpeaban las hojas á culatazos. Entretanto, á través de una aspillera en la que se veía la boca de un cañón, encima de la clave del arco de entrada, apareció un moro que gesticulaba y daba en árabe unas voces que los soldados no podían entender.

El gobernador se había llevado las llaves de la ciudad; pero todos los habitantes esperaban con ansia la llegada del ejército español. Los goznes de la puerta saltaron por fin, y el batallón de Zaragoza entró el primero en Tetuán.

Los soldados de Prim entraron casi al mismo tiempo en la alcazaba, encaramándose por sus muros con escalas y garfios.

A las diez y media la bandera española ondeaba en la ciudadela. El ejército había tomado la ciudad sin necesidad de bombardearla; lo cual no ha obstado para que autores como Oscar Lenz, Durier y otros atribuyan la ruina de ciertos barrios de Tetuán al bombardeo. Algunos, como Budgett Meakin, afectan creer que los españoles se entregaron al saqueo, y se apoyan en el testimonio puro y simple de los indígenas, según el cual, «el enemigo destruía todo lo que encontraba en las casas, cegaba las fuentes, deshacía los mosaicos, profanaba las mezquitas, etc.»

Nada de esto es verdad. El saqueo tuvo lugar antes de la entrada de los españoles, y los culpables de él fueron los soldados del Sultán, los montañeses y los rifeños. Más tarde, como veremos, los soldados españoles demolieron algo; pero no con un fin premeditado de depredación.

El aspecto de la ciudad (1) cuando las tropas entraron en ella era triste, á causa de los desórdenes de la víspera y antevíspera. Por todas partes, escom-

(1) Schiagintwélt: op. cit., páginas 528-529. Iriarte, páginas 177-182.

bros é inmundicias, puertas desvencijadas, ventanas arrancadas; el suelo estaba cubierto de objetos de todas clases, de muebles hechos astillas, de telas, y á trechos hasta de cadáveres de hombres y mujeres asesinados al tratar de resistir á los saqueadores. En los primeros momentos la ciudad parecía un desierto: barrios enteros estaban abandonados; los musulmanes que no habían huído permanecían encerrados en sus casas; sólo los judíos comenzaban á dejarse ver, y pronto, como no se les hacía ningún mal, cobraron ánimo y se desbordaron por toda la ciudad exteriorizando su alegría por la entrada de los españoles, y engalanando sus casas con colgaduras rojas y gualdas. La esperanza del comercio que podrían hacer con los vencedores entraba por mucho en estas demostraciones; pero más aún la seguridad de verse ya al abrigo de todo pillaje.

Aunque en España no se simpatiza con los judíos, los soldados pusieron buena cara á los de Tetuán, pues querían ver renacer á su alrededor el movimiento y borrar la penosa impresión de frío producida por la soledad de los primeros momentos; mostráronse generosos con los desgraciados, que hacía muchas horas no habían comido á causa del saqueo, distribuyéndoles pan, galleta y hasta dinero, y no cometieron ningún desmán con los musulmanes que quedaron en la ciudad.

Rumores alarmantes corrían entre las tropas: decíase que la ciudad estaba minada, y que muchos tetuaníes habían jurado hacerla volar y sepultarse con los invasores entre sus ruinas. De pronto una explosión formidable se produjo en un ángulo del Feddán, seguida de un pánico horrible. Sin embargo, no era más sino que un fumador descuidado tiró una cerilla en un sitio en que se había distribuido pólvora los días anteriores. El ruido fué grande; pero las desgracias no pasaron de algunas contusiones y quemaduras entre los autores del accidente. Con todo, el general Ríos continuaba haciendo pesquisas, preocupado con la posibilidad de las minas, que tanto habían dado que hablar.

Al fin encontróse en un depósito de municiones, cuya puerta estaba atrancada y que se forzó á culatazos, un negro armado que trató de defender la entrada; consiguióse hacerlo prisionero sin causarle mal alguno, pues el general quería sondear sus intenciones y saber si, como se sospechaba, había querido hacer volar el polvorín. Estos fueron los únicos incidentes que ocurrieron á la entrada de las tropas. El ejército cogió un rico botín: gran cantidad de pólvora y municiones cayó en sus manos, con 146 cañones, de los cuales 84 eran de bronce; en la ciudadela se encontraron algunas piezas cargadas, y otras con las municiones dispuestas á su lado.

Desde el punto de vista político, la impresión del momento fué muy grande, tanto en Europa como en Marruecos; pero cuando se pasó la embriaguez del triunfo y se reflexionó fríamente, comprendióse que nada definitivo se había conseguido todavía: el ejército marroquí era dueño de toda la región, y la batalla de Tetuán, si le había hecho perder la ciudad, no había aniquilado sus fuerzas, que aún podían resistir largo tiempo.

10.—La toma de Tetuán, según los autores árabes.

El *Istiqsa* cuenta así esta parte de la campaña (1):

«Después de descansar algún tiempo, cuando el ejército enemigo se encontró preparado, comenzó de nuevo la lucha: salía, daba vueltas alrededor de los dos campamentos, tenía algunos choques con las fuerzas marroquíes, y se volvía á su campo. Prim iba siempre á la cabeza de las tropas sobre un caballo blanco, y se distinguía notablemente entre los suyos por su valentía y por sus grandes dotes de inteligencia. Así estuvieron algún tiempo, hasta que el enemigo se resolvió á acometer á los musulmanes y apoderarse de Tetuán; púsose en marcha su ejército el sábado 11 de Rayeb del año 1276; se agruparon todos los soldados y se formaron en orden de batalla para emprender el ataque.

«Un ala de caballería avanzó río arriba en dirección á la ciudad, y otra de infantería partió á través de la campiña con el mismo objeto; O'Donnell, entretanto, avanzó con el grueso del ejército, haciendo disparos de cañón y descargas de fusilería. Los cañones eran conducidos por mulas. Las dos alas avanzaron y envolvieron el campamento de Muley-Ahmed; cuando ya estaban próximas, y á punto de tomarlo, huyeron los que había en él, y abandonaron sus tiendas y pertrechos en poder del enemigo, que se hizo dueño de todo y se instaló y fortificó allí mismo.

«Muley-el-Abbas retrocedió con su gente y acampó detrás de Tetuán, que quedó en medio de los dos ejércitos. Al retirarse pasó por el interior de la ciudad, y cuando estaba en el centro de ella lloró con gran aflicción por lo mal que había cumplido con su deber y por el descrédito que esto le había ocasionado.»

Por esta vez no se encuentran grandes inexactitudes en el autor árabe, aunque el plan de ataque adoptado por O'Donnell se halle expuesto de un modo erróneo, y todo el relato carezca de precisión.

Nótese que no habla de un hecho mencionado por todos los autores europeos, en especial por Schlagintweit é Iriarte. Según los rumores que entonces corrían, Muley-el-Abbas, furioso por su derrota, se vengó por la noche en las montañas haciendo cortar la cabeza á los jefes que primero habían cedido. Todo el mundo hablaba de ello en Tetuán cuando la tomaron los españoles; Schlagintweit, sin admitirlo como cierto, lo cree al menos muy posible; para Iriarte no es más que una leyenda (2).

(1) *Istiqsa*, IV, pág. 216.

(2) Schlagintweit: op. cit., páginas 328-334. Iriarte: op. cit., páginas 165-166.

CAPÍTULO VI

EL EJÉRCITO ESPAÑOL EN TETUÁN Y WAD-RÁS

1. Negociaciones de paz fracasadas.—2. Instalación de las tropas en Tetuán.—3. Agitación en los alrededores de la ciudad.—4. Ataque de los rifeños contra Melilla.—5. Bombardeo de Larache y Arzila.—6. Llegada de refuerzos al ejército español.—7. Combate de Sema.—8. Marcha hacia Tánger. Batalla de Wad-Rás.—9. La terminación de la guerra, según los autores árabes.—10. Tratado de paz.

1.—Negociaciones de paz fracasadas (1).

Tomada Tetuán, todo el mundo, lo mismo en España que en el ejército, con muy raras excepciones, se persuadió de que la paz se seguiría necesariamente; por eso O'Donnell se decidió á aguardar las proposiciones del enemigo. Tuvieron éstas lugar el 11 de febrero, cinco días después de la entrada de las tropas en la ciudad. Las negociaciones continuaron hasta el 23 del mismo mes; pero las exigencias de España las hicieron fracasar: la tregua implícitamente acordada durante aquel tiempo fué rota, y los dos ejércitos reanudaron las hostilidades. Dejemos por ahora estas negociaciones, que después expon-dremos detenidamente, y sigamos en este capítulo el curso de las operaciones militares.

Durante el período que comprende desde la entrada de los españoles en Tetuán hasta el fin de las primeras conferencias sobre la paz, el tiempo fué en parte consagrado á trabajos interiores, en parte al descanso de los soldados y á algunos reconocimientos; los últimos días tuvo lugar lo que hoy llamaríamos una gran operación de policía para imponer respeto á los montañeses de las cercanías, que se mostraban demasiado agresivos (Sema; 11 de marzo).

Después de ella, en vista de que la paz se hacía por el momento imposible, y de que era preciso avanzar, O'Donnell eligió á Tánger por objetivo, y el 23 de marzo las tropas salieron de la ciudad para emprender la última etapa de la campaña.

2.—Instalación de las tropas en Tetuán (febrero-marzo de 1860).

Pasados los primeros momentos, y reconocida la plaza, las tropas ocuparon la ciudadela y los puntos estratégicos, y establecieron sus campamentos. El segundo cuerpo (Prim) acampó junto á las puertas, al oeste de la ciudad, en el camino de Tánger; el tercer cuerpo, al este, en las huertas; y el cuartel general, junto al sitio llamado la Alameda por los españoles (2). El general

(1) Alarcón, II, páginas 146 y siguientes. Schlagintweit, páginas 329 y siguientes.

(2) El *Jatíqa* cuenta así la entrada de los españoles en Tetuán: «Los que fueron por el lado de la ciudadela, al llegar á la muralla aplicaron escalas, echaron garfios, y se encaramaron con gran presteza. Al llegar á lo alto del fuerte desplegaron su bandera sobre el mástil, y dispararon un cañonazo para saludarla. Cuando los que se entregaban al pillaje en Tetuán oyeron el estampido del cañón, volvieron la vista hacia la ciudadela, y, al ver flotar sobre ella la enseña enemiga, se dieron á la fuga como un rebaño espantado.»

Rubín quedóse en la Aduana con una división, á la que pronto veremos unirse los tercios vascongados. La caballería y parte de la artillería se colocaron detrás del segundo cuerpo, junto á las murallas. El general Ríos quedóse en la ciudad con la otra parte de la artillería y el resto de las tropas (1), y fué nombrado gobernador civil y militar de la plaza. Ros de Olano, cuya salud estaba muy quebrantada, se instaló también en la ciudad con su Estado Mayor.

El sitio de los campamentos había sido elegido de modo que permitiese vigilar á la vez todos los alrededores de Tetuán. Prim inspeccionaba la parte alta de la llanura y las colinas; O'Donnell, la parte baja y las alturas del Este, quedando al mismo tiempo en comunicación con la Aduana y con la escuadra, cuyas evoluciones en la bahía podía seguir. La elección había, además, sido afortunada desde otros puntos de vista: las huertas que rodeaban los campamentos daban sombra y frescura en los primeros días de sol, raros todavía, pero ardorosos ya en las horas medias del día, y, al mismo tiempo, eran una defensa contra la violencia del levante; la mayor parte de los árboles frutales comenzaban entonces á florecer, y los naranjos exhalaban por todas partes su penetrante aroma. La agradable impresión del conjunto contribuía á que las tropas se repusiesen de las fatigas pasadas. El agua se encontraba en abundancia en cisternas y en fuentes vivas, y los árboles del frente, que fueron talados para despejar el horizonte y vigilar los alrededores, suministraron combustible á las cocinas; pero se cometieron actos de inútil vandalismo: se destrozaron las huertas, que hubieran podido servir al ejército y contribuir al embellecimiento y á la riqueza del país si se hacía permanente la ocupación. Schlagintweit cita el caso de un magnífico algarrobo del cuartel general, á cuya sombra se reunían en las horas de calor muchos oficiales, que fué abatido porque una noche el ruido de su follaje turbó el sueño de un general (2).

Una vez establecidos los campamentos, dictáronse diversas medidas administrativas para urbanizar la ciudad; pero preferimos pasarlas ahora por alto para exponerlas en el capítulo de *La vida interior de Tetuán*.

Con todo, no podemos menos de indicar ya desde ahora la falta de cuidado que se advertía en todo lo relativo á la organización de la vida de las tropas (3).

Un día, «y nadie se preció de ello—tan grande era la imprudencia y desidia que el hecho suponía—, el rebaño destinado á la alimentación del ejército fué robado por los merodeadores, que se desembarazaron de los pastores con hacer silbar algunas balas en sus oídos. El rebaño se componía de más de cien cabezas, y en vez de enviar para protegerlo una escolta, se le dejó pacer á la ventura, á más de una legua del campamento, bajo la guarda de dos hombres» (4).

Como los convoyes que iban de Tetuán á la Aduana no llevaban escolta,

(1) «Entró O'Donnell con los principales jefes y se dirigió al palacio del Majzen, donde se instaló. Los generales se repartieron por la ciudad provistos de volantes en los que constaba el nombre de las casas que habían de habitar. Todos tenían su casa designada en su hoja: á uno se le señaló el palacio de Er-Razini, á otro el de El-Labbadi, á otro el de Aben-el-Menfti.» (*Zetiquea*, IV, pág. 217.) Es-Selaut se equivoca al decir que O'Donnell se alojó dentro de la ciudad.

(2) *Op. cit.*, pág. 330.

(3) *Ibid.*, pág. 336.

(4) Iriarte: *op. cit.*, pág. 248.

una tarde doce mulas fueron robadas: por casualidad, el Estado Mayor lo vió desde su campamento, aunque muy de lejos; montaron á caballo escolta y oficiales y se lanzaron tras los ladrones: tuvieron que internarse, del otro lado del río, en los bosquecillos de verdura que cubren las laderas de Beni-Ma'aden y de Beni-Salah. Los habitantes de los aduares y de las casas aisladas los recibieron á tiros; al fin volvieron todos sanos y salvos con seis prisioneros, pero sin haber encontrado ni rastro de las mulas (1).

Durante su permanencia bajo los muros de Tetuán las tropas interrumpían su descanso con algunos trabajos, ó bien acompañaban los rebaños enviados á pastar; pero ya hemos visto con qué negligencia lo hacían. Las bandas tocaban á ratos para distraer á soldados y oficiales, romper la monotonía de una existencia inactiva, y combatir la melancolía de los recuerdos y las añoranzas del suelo natal. Aun así, la vida se hacía pesada y más triste que la vida activa y libre de preocupaciones de los meses pasados (2).

Aguardábase, en tanto, el giro que tomarían los acontecimientos. O'Donnell no podía obrar sin recibir instrucciones de su Gobierno; y mientras que éste se ocupaba en examinar las primeras proposiciones hechas por Muley-el-Abbas, las tropas se encontraban en una situación falsa, expuestas á las continuas alarmas de los indígenas, que las atacaban por su cuenta y riesgo, como guerrillas sueltas, y sin poder, por su parte, acometer al enemigo, que reorganizaba sus fuerzas.

3.—Agitación alrededor de Tetuán (3).

Durante su permanencia en Tetuán el ejército hizo varios reconocimientos de mayor ó menor importancia, sostuvo algunas escaramuzas en las avanzadas, y jamás se vió libre, ni de día ni de noche, del tiroteo de los montañeses contra los centinelas.

El 8 de febrero practicóse un reconocimiento á las órdenes de los generales Prim y Enrique O'Donnell, quienes con todas sus tropas debían recorrer el valle de Tetuán, al oeste de la ciudad, para enterarse de las posiciones probables del enemigo, que se había dispersado en todas direcciones después de la batalla del 4 de febrero. Llegóse en el reconocimiento hasta diez kilómetros de las murallas, sin encontrar rastro del ejército de Muley-el-Abbas: sólo por informes particulares se supo que había reunido sus fuerzas y se había establecido á mitad de camino de Tánger, junto al desfiladero del Fondaq, sitio salvaje y difícil de forzar; se preveía, por tanto, que, de no firmarse la paz, habría aún que librar combates importantes antes del fin de la campaña. Pocos días después de este reconocimiento comenzaron las negociaciones sobre la paz, y luego la primera conferencia de los enviados de Muley-el-Abbas con

(1) Iriarte: op. cit., páginas 247-248.

(2) Schlagintweit: op. cit., pág. 338.

(3) Alarcón, II, páginas 206 y siguientes, 230-234. Schlagintweit: op. cit., pág. 216. Iriarte, páginas 247 y siguientes.

el general O'Donnell, que á ningún resultado positivo condujo. Cuando los te-tuanies se apercibieron de que las negociaciones se habian roto, prodújose cierta efervescencia aun dentro de la ciudad, hubo centinelas robados y soldados desaparecidos, é hízose cada vez más peligroso aventurarse sin una fuerte escolta por los caminos que iban de la ciudad á la Aduana. Era preciso poner término á esta agitación, sobre todo hacia la parte de Bu Semlel, cuyos habitantes se señalaban por su inquieta turbulencia.

«Si algún jinete se descuida en llevar sus caballos al abrevadero sin hacerse acompañar—escribía Iriarte—, al punto es asaltado por una banda de foragidos que se apoderan de las cabalgaduras, y, en la mayor parte de los casos, parece víctima de su temeridad.

»Desde que se celebró la conferencia estos atentados se multiplican, y no pasa día sin que uno ó varios soldados desaparezcan. El 27 por la tarde tres soldados lavaban su ropa en el río: dos fueron muertos, y el tercero, acometido por cuatro moros, fué hecho prisionero.»

Por fin, el general Prim decidióse á acabar con tal estado de cosas, y, después de entrevistarse con el general en jefe, envió un batallón que trepó á duras penas por los ásperos caminos de la sierra, y llegó hasta la entrada del aduar sin encontrarse con un solo kabileño. El intérprete se adelantaba, rodeado de una escolta, para dirigirse al primer montañés que encontrase y enviarlo á decir á sus compañeros que se prendería fuego al aduar á la menor señal de hostilidad, cuando sonaron varios tiros, seguidos de una ligera escaramuza que duró casi dos horas, y en la que se persiguió á los montañeses por caminos accesibles solamente á las cabras y á los árabes. Una vez que los marroquíes quedaron fuera del alcance de los fusiles, los españoles tuvieron que retirarse: hubieran podido, en justa guerra, arrasar el poblado y obligar á sus habitantes á dispersarse; pero en toda la campaña los generales se han abstenido de toda clase de medidas que pudieran dar ocasión para acusar á los españoles de crueldad ó de barbarie.

De entre los varios prisioneros que cayeron en manos de los soldados, el jefe de la columna hizo comparecer á uno y le intimó que fuese de su parte á oxigir de los montañeses la sumisión inmediata, si no querían ver su aduar entregado á las llamas y los árboles frutales talados. Los moros, suspendidos en los picachos de la montaña ó asomando la cabeza por entre las jaras, se levantaron al ver llegar al enviado de los españoles, y cuando éste les repitió las palabras del comandante, un salvaje alarido de imprecaciones y risotadas oyóse por todas partes; algunos abandonaron sus posiciones, pusiéronse de nuevo al alcance de los soldados, y recomenzaron el fuego de tiradores.

Perdida ya la paciencia, y viendo que había que herir á aquellos salvajes en lo vivo, destacóse una compañía y pegó fuego á las primeras cabañas, cubiertas de cañizos.

.....
Cuando las chozas fueron presa de las llamas, y la columna de humo llegó hasta las crestas en que los montañeses se habian refugiado, el jefe que man-

daba el batallón reunió á su gente, y, organizando la retaguardia para el caso de verse atacado en la retirada, bajó de la montaña, atravesó el río, y entró en el campamento.

Dos días después un soldado que iba por agua fué asesinado; al otro día un asistente que lavaba la ropa de su amo fué degollado, y algunas vacas desaparecieron.

Esta vez se mandó un batallón y un destacamento de ingenieros, con orden de arrasar el aduar, deshacer los arcaduces de riego y talar todos los árboles frutales. Después del incendio que había marcado el paso de las primeras tropas, los montañeses comprendieron que este nuevo envío de fuerzas anunciaba una terrible venganza, y, adelantándose al encuentro de los españoles, pidieron perdón y alegaron que los últimos atentados se debían á kabileños rebeldes á toda autoridad (1), y que los caídos de Bu-Semlel no habían perdonado medio para castigar á los asesinos.

Exigióse á sus notables que fuesen á someterse al general en jefe, y ellos lo hicieron, eludiendo así el castigo con promesas bien poco sinceras, pues tomaron luego parte en los combates siguientes; pero, al menos, en ese intervalo se mantuvieron tranquilos.

Rompieronse entretanto las negociaciones, y poco después la caballería de la guardia negra recorrió la comarca, prohibiendo á los campesinos, que hasta entonces habían aprovisionado, como de costumbre, á Tetuán de huevos, gallinas, legumbres, carbón, etc., vender nada en adelante, ni á los españoles, ni á los marroquíes que permanecían entre ellos (2).

«No hay más remedio que someterse al régimen de ración—dice Iriarte—. Al soldado no le faltarán provisiones á pesar de la horrible tempestad que reina hace cinco días, y que ha forzado á los almacenes flotantes á ganar los fondeaderos de Ceuta y Algeciras; pero los depósitos instalados en la Aduana y dentro de la ciudad no pueden subvenir más que á las necesidades del ejército, y no á las de los habitantes que han sido comprendidos en la misma proscripción por el mero hecho de no haber abandonado la ciudad.

»No es ésta la única medida tomada para hostigar al ejército y hacernos imposible la vida en Tetuán: las tribus del Rif, los montañeses, los habitantes del pequeño Atlas, cuantos reconocen ó detestan el poder del Sultán, se unen hoy á impulsos del mismo odio al español, y á pesar de las órdenes terminantes del Emperador, que quiere ser el árbitro supremo de la campaña, se reúnen para recobrar á Tetuán y apoderarse de nuestros campamentos. Algunos jefes de tribu tachan á Muley-el-Abbas de poca pericia en la dirección de las operaciones, y quieren, á su vez, tentar la suerte de las armas; otros proponen planes de batalla irrealizables, fundados en su ignorancia de la táctica europea; la mayor parte, en fin, después de haber enviado emisarios al Príncipe, á pesar de que éste los ha disuadido de tales proyectos de ataque y les

(1) Iriarte: op. cit., pág. 250.

(2) Idem, ibid., pág. 261.

ha aconsejado imitar el valor y el patriotismo del ejército regular, persisten más que nunca en sus intentos y reorganizan sus fuerzas.

»Con una rapidez extraordinaria en un pueblo que no tiene más que sendas mal trazadas y vericuetos de montaña, la orden de hostilizar á los españoles se ha transmitido ya desde Ceuta á Tánger y desde Tetuán á Melilla.»

4.—Ataque de los rifeños á Melilla (6 de febrero de 1860) (1).

Los rifeños no esperaron á estas recomendaciones para entrar en escena. El día mismo, ó al día siguiente de la entrada de los españoles en Tetuán, ocurrió en Melilla un suceso que, aunque no formó parte de las operaciones que estudiamos, merece, sin embargo, ser referido por el efecto que produjo en el ejército marroquí, fortaleciendo el partido de los que opinaban por la continuación de la guerra.

La predicación de la guerra santa y las continuas excitaciones de Muley-el-Abbas hicieron que los rifeños atacaran el 6 de febrero á la guarnición de Melilla. El gobernador, general Buceta, creyó que podría fácilmente desembarazarse de los indígenas reunidos en los alrededores con un ataque inopinado, para lo cual pasó al continente y se estableció en él, contra las órdenes que había recibido de abstenerse de todo movimiento ofensivo.

La guarnición de Melilla era muy escasa, pues sólo constaba del segundo batallón de infantería de Murcia, el segundo del Fijo (de Ceuta), 40 presidarios armados y 18 indígenas. A pesar de la insignificancia de estos efectivos, el primer día todo salió bien (7 de febrero).

La intención de Buceta era solamente de fortificarse en sus posiciones, y comenzó á hacerlo el mismo día; el 8 y el 9 se continuaron los trabajos, á pesar de algunas escaramuzas; pero en la noche del 9 presentóse de golpe el enemigo con mayores fuerzas, sorprendió á los españoles, que se creían seguros, y les obligó á pasar el puente que une el continente á la isla en que se asienta la ciudad.

A la primera noticia, el general Buceta, enfermo de fiebre, se levantó, reunió los hombres que pudo, y acudió en socorro de las tropas acometidas; fué inútil: la fuga era ya general, y la obscuridad hacía imposible un contra-ataque.

El general Buceta fué relevado, sustituido por el brigadier Lemmy, y juzgado en Málaga por un Consejo de guerra.

Las pérdidas fueron: cinco oficiales y 49 soldados muertos; 13 oficiales y 143 soldados heridos (2).

(1) Schlagintweit: op. cit., pág. 340.

(2) «Con motivo de la agresión contra Melilla, muchos periódicos españoles proclamaron la necesidad de activar la guerra; era preciso, según ellos, una vez hecho un Tratado de paz ventajoso con Marruecos, limpiar de piratas las costas del Rif. A este propósito recordaban algunos periódicos la acción de Francia en las costas argelinas, comenzada en 1830, y aconsejaban algo parecido.» (Lavigne: op. cit., páginas 213-214.)

5.—Bombardeo de Larache y Arzila (25-26 de febrero de 1860) (1).

Al romperse las negociaciones entabladas después de la toma de Tetuán, la escuadra del contralmirante Bustillo bombardeó á Larache y Arzila el 25 y 26 de febrero de 1860. El mal tiempo le obligó á refugiarse en Algeciras; pero volvió luego á bombardear Rabat. Larache intentó hacer alguna resistencia, y sus disparos mataron á un marino de la escuadra y contusionaron á otros varios.

6.—Llegada de refuerzos al ejército español (2).

Desde que la última conferencia con Muley-el-Abbas hizo inminente la continuación de la campaña, O'Donnell mandó el 4 de marzo al general Echagüe, que había quedado en Ceuta con 14 batallones, venir á Tetuán con ocho de ellos. Echagüe llegó el 5 de marzo; dos barcos protegieron su marcha desde el mar.

El ejército de O'Donnell había empleado diez y seis días en trasladarse de Ceuta á Río Martín, y algo más de un mes de Ceuta á Tetuán.

La división Echagüe, día y medio después de su salida, se presentó en nuestras avanzadas, sin haber encontrado en el camino más que algunos pastores sin armas que conducían grandes rebaños, labradores que sembraban aquellos campos fecundados con sangre, y ocho bandoleros armados hasta los dientes, que tuvieron la audacia de defenderse contra una avanzada de más de treinta caballos.

El general en jefe salió al encuentro del general Echagüe, ansioso de saber cómo había hecho el trayecto (3).

Los refuerzos llegados se componían de ocho batallones, dos baterías de montaña, dos compañías de ingenieros y un escuadrón de caballería; el resto del primer cuerpo quedó con el general Gasset en el Serrallo para defender á Ceuta. Pocos días antes (el 27 de febrero) llegaron los tercios vascongados.

Reclutados en diciembre, y después de haber esperado su armamento durante más de un mes, se consumieron de impaciencia en los puertos del Cantábrico antes de poder ir á reunirse en Tetuán con el ejército, que los recibió con grandes aclamaciones (4).

(1) Iriarte: op. cit., pág. 257. Alarcón, II, páginas 230-243.

(2) G. de Lavigne: op. cit., pág. 143.

(3) Iriarte: op. cit., pág. 260.

(4) «La historia de los tercios vascongados es un verdadero poema; las provincias vascas sólo suministraban soldados en tiempo de guerra, y aun entonces, proporcionalmente á la importancia de las operaciones.» (Schlagintweit, página 98.) «La legión vasca se formó al principio de la guerra; pero su jefe, el general La Torre, corrió de París á Lieja sin poder encontrar las carabinas de precisión que buscaba. Lieja había recibido un pedido para España de 8.000 fusiles; pero aún no estaba preparado. La Torre tuvo que volverse á San Sebastián y dar á sus soldados provisionalmente los fusiles ordinarios y las armas anticuadas que se conservaban en los arsenales del Norte.» (Lavigne, pág. 86.)

«Los tercios se reunieron para diciembre en San Sebastián y otros puertos del Cantábrico; pero tuvieron que aguardar

7.—Combate de Samsa (11 de marzo de 1860) (1).

La inmovilidad de los españoles debía envalentonar á los marroquíes, como no tardó en demostrarse.

El 11 de marzo, á las diez de la mañana, celebróse una misa solemne, que las tropas oyeron en sus campamentos, y el Estado Mayor en la plaza de Tetuán. Al promediar la ceremonia oyóse el tiroteo de las avanzadas, más vivo y rápido que de ordinario, y O'Donnell recibió aviso que el general Echagüe observaba en el fondo de la llanura de Bu-Sfiha (Buceja) un grupo numeroso de enemigos, con grandes fuerzas de caballería, que parecía dispuesto á un ataque, pues avanzaba lentamente destacando batidores. La ceremonia religiosa se acabó lo más pronto que se pudo, y O'Donnell, montando á caballo, dió las instrucciones necesarias y se dirigió á las avanzadas. Prim reforzó la vanguardia, mientras que el resto de las tropas se preparaba, y luego dos escuadrones y dos baterías de montaña siguieron á los primeros refuerzos.

Las tropas se distribuyeron así: el general Echagüe, con su vanguardia, formaba el ala derecha; Prim mandaba el centro; Enrique O'Donnell, la izquierda; la división Ríos, que guarnecía á Tetuán, había tomado posiciones en las alturas más estratégicas que dominan la ciudad; el tercer cuerpo quedó detrás de Tetuán, en observación: así que sólo entraron en combate los cuerpos de Echagüe y Prim, ó sean 28 batallones, dos baterías y dos escuadrones, con un total de 14.000 hombres. Sin embargo, al fin una parte de la guarnición tomó parte en la persecución del enemigo.

En las primeras horas de la tarde el enemigo se movió con indecisión; avanzaba lentamente, formando la media luna con la caballería en el centro, mientras que los peones desfilaban á lo largo de los ribazos del río, por ambos lados, pero sobre todo por la derecha, ocultos tras los jarales, ó ganaban las alturas de la izquierda, en dirección á Samsa.

El tiroteo comenzó con vigor por la parte del río. Los marroquíes lo vadearon, y avanzaron, haciendo un fuego muy nutrido, hasta amenazar la izquierda del campamento español. Entonces el escuadrón de Albuera, de orden

dar hasta el 30 de enero para que se les distribuyesen fusiles. Tres vapores, *Hércules*, *Cavour* y *Emperador*, transportaron los cuatro batallones, con un efectivo de 3.000 hombres, á Cádiz, donde aún aguardaron el tiempo bastante para que llegasen los fusiles. Por fin, á últimos de febrero, armados de carabinas Minié, se embarcaron para Tetuán. Apenas saltó en tierra el general La Torre, que los mandaba, montó á caballo y, con una escolta de cincuenta gastadores, salió al trote largo para el cuartel general de Tetuán.

Los cincuenta vascos, con su traje pintoresco, la clásica boina, el caballo rapado por delante y echado en cresta melena sobre la nuca, le seguían corriendo al *paso vasco*, y á las preguntas que se les hacían contestaban en una lengua desconocida del resto del ejército. Su llegada fué un acontecimiento: los batallones, al reconocerlos, formáronse á su paso y los aclamaron. Así llegaron, siempre corriendo, hasta la tienda del general en jefe, que salió á verlos y les prometió revistarlos al día siguiente. El general La Torre, recibidas instrucciones de O'Donnell, montó de nuevo á caballo y salió al trote, seguido siempre de aquellos *andarines*, atravesando Tetuán hasta el campamento en medio de una triple fila de soldados que los aplaudía y vitoreaba; su traje era el de los actuales miqueletes, con boina blanca para los vascos, azul para los alaveses y roja para los guipuscoanos. Las Diputaciones de las tres provincias reclutaron los voluntarios y pagaron sus gastos; los oficiales fueron escogidos entre los vascongados del Ejército; su bandera, según *El Mundo Militar*, llevaba bordadas en medio las armas de España, y debajo, en la franja roja, el emblema de las Provincias: tres manos entrelazadas con la leyenda: *Irurac-bat.* (G. de Lavigne, pág. 78.)

(1) Schlagentweit: op. cit., pág. 340. Iriarte, pág. 263. Alarcón, II, pág. 235. V. Goeben: op. cit., II, pág. 103.

de O'Donnell, cargó sobre ellos y los desalojó; pero el jefe del escuadrón, que iba á la cabeza, cayó con su caballo de lo alto del ribazo al fondo del río, y su cadáver quedó en poder del enemigo. Se supuso que, herido por los tiradores emboscados en la orilla derecha, no pudo detener su caballo al ver el obstáculo.

Este primer contra-ataque contuvo algo el avance del enemigo; pero como ya comenzaba á hacerse tarde, O'Donnell optó por tomar vigorosamente la ofensiva, sin aguardar á más, para terminar el combate antes de la noche.

El cuerpo de Echagüe y una parte del de Prim—la otra parte quedaba en el llano—debían acometer las alturas de Semsá, y desalojar de ellas al enemigo.

Los marroquíes opusieron la más viva resistencia, favorecidos por su conocimiento del terreno y por la importancia de las posiciones que ocupaban. Pero al fin tuvieron que ceder al empuje de la infantería, secundada por la artillería, cuyas piezas se instalaban sobre todas las posiciones conquistadas que ofrecían alguna ventaja. El asalto del aduar de Semsá por el primer batallón de Navarra y cuatro compañías de Chiclana decidió del éxito final. Un destacamento del primer cuerpo y algunas tropas del general Ríos persiguieron á los fugitivos hasta cerca de una legua.

Era ya muy tarde; la noche había cerrado, y la retirada se hizo al resplandor de grandes hogueras encendidas para que sirviesen de dirección á las tropas. Podía haber sido peligrosa si el enemigo la hubiese hostilizado aprovechándose de lo escabroso del terreno, cortado de barrancos y sin caminos; pero no ocurrió incidente alguno: sólo que, como se había ido muy lejos, las tropas más avanzadas, que llegaron á dominar las últimas cumbres, no pudieron entrar en sus campamentos hasta las once de la noche.

Las bajas se elevaron, según los informes oficiales, á 213, entre muertos y heridos. De los marroquíes, el caid Er-Fal (?) murió á consecuencia de las heridas, y 150 ó 200 hombres quedaron fuera de combate. Los combatientes marroquíes no llegaban á la mitad de los españoles.

Este mismo día, mientras que las tropas combatían al oeste de la ciudad, un pelotón de marroquíes intentaba, al este, un golpe de mano sobre el cuartel general, pero sin resultado (1).

La tregua concedida implícitamente para el tiempo que durasen las negociaciones no había expirado aún cuando se libró este combate. Al día siguiente vióse llegar á Muley-el-Abbas, que venía á dar los últimos pasos en favor de la paz, aunque inútilmente, pues O'Donnell tuvo que atenerse á las primeras condiciones impuestas por el Gobierno español. Convínose tan sólo en que se aguardaría al resultado de las nuevas instancias hechas para con este último antes de reanudar las operaciones, y que si entonces no se llegaba á un acuerdo, la guerra continuaría. Al mismo tiempo se excusó Muley-el-Abbas del ataque de la víspera, «que no se debía—dijo—sino á los rifeños, que no

(1) Solo G. de Lavigne (op. cit., pág. 154) habla de este golpe de mano intentado contra el campamento del general en jefe, el día 11, por una banda de rifeños mandados por un caid venido expresamente de Fez.

reconocían su autoridad, y que quisieron intentar un golpe de mano sobre los campamentos españoles». Un jefe rifeño, El-Hach, fué á decirle que había reunido numerosas fuerzas, y á proponerle un ataque combinado. En vano Muley-el-Abbas intentó disuadirle— pues comprendía su inutilidad por el momento—; el rifeño no le escuchó, y salió del campamento exponiendo en voz alta sus propósitos, llamando en pos de sí á los que quisieran seguirle, y hasta acusando al Príncipe de cobardía. Al día siguiente recibió una bala en el vientre, y murió en presencia de Muley-el-Abbas. Pero muchos no dieron crédito á sus excusas, y pensaron que si el hermano del Sultán no había tomado parte efectiva en el combate— como parecía demostrarlo el pequeño número de los asaltantes—, por lo menos, es bien probable que estuvo preparado para aprovecharse de la ocasión, si los montañeses lograban su intento.

Viéronse, en efecto, á lo que parece, desde el mediodía hasta las siete de la tarde, grandes fuerzas de caballería formadas en batalla hacia la izquierda, en el fondo del valle, junto al puente del camino de Tánger. «No las perdíamos de vista— dice Iriarte—, y esperábamos de un momento á otro verlas tomar parte en la lucha y acudir al punto más débil, ó intentar un movimiento estratégico; nada de eso. Sólo cuando la huida de los rifeños atrajo á los españoles en su dirección, volvieron grupas sin romper filas, con la regularidad y exactitud de unas fuerzas que maniobran á la voz de mando de su jefe» (1).

8.—Fuerzas del ejército español al fin de su permanencia en Tetuán.

Durante su estancia en Tetuán el ejército español recibió de la metrópoli los refuerzos necesarios para cubrir las bajas causadas por el cólera y las balas; la víspera de la batalla de Tetuán el ejército expedicionario se componía de las siguientes fuerzas (2):

Cuartel general: 24 oficiales, 526 hombres y 54 caballos y mulos.

Primer cuerpo: 14 batallones, 2 escuadrones, 26 cañones, 457 oficiales, 8.661 soldados y 464 caballos y mulos.

Segundo cuerpo: 17 batallones, 18 cañones, 415 oficiales, 8.613 soldados y 355 caballos y mulos.

Tercer cuerpo: 15 batallones, 1 escuadrón, 18 cañones, 472 oficiales, 8.765 soldados y 546 caballos y mulos.

División de reserva: 19 batallones, 1 escuadrón, 6 cañones, 561 oficiales, 12.560 soldados y 154 caballos y mulos.

División de caballería: 10 escuadrones, 12 cañones, 135 oficiales, 1.954 soldados y 1.460 caballos y mulos.

(1) Iriarte: op. cit., páginas 275-276. Schlagintweit: loc. cit. V. Goeben, II, páginas 115 y siguientes. Alarcón, II, páginas 241 y siguientes.

(2) Para el cuadro detallado de las fuerzas de cada cuerpo que aquí intercala el autor, véase el *Atlas de la guerra*.—(N. del T.)

Brigada de artillería é ingenieros: 3 batallones, 55 oficiales y 1.990 soldados.

Total: 64 batallones, 24 escuadrones, 80 cañones, 2.119 oficiales, 43.069 soldados y 3.033 caballos y mulos.

9.—Marcha hacia Tánger. — Batalla de Wad-Rás (23-24 de marzo de 1860) (1).

Viendo el giro que tomaban las negociaciones con Muley-el-Abbas, y la probabilidad de una ruptura, el general en jefe dió orden de embarcar el tren de sitio con destino á Tánger, operación que comenzó el 2 de marzo y se continuó los días siguientes. Al saberlo, un terror pánico se apoderó de esta ciudad, aunque, según parece, la defensa se había organizado seriamente; la mayor parte de la población huyó, espantada, hacia el interior.

El 17 llegó la respuesta definitiva del Gobierno español respecto á las condiciones de paz, y el 21 la de Muley-el-Abbas; y como éste declaraba que no podía aceptar condiciones tan duras, ya no hubo más remedio que continuar la guerra. Desgraciadamente para los españoles, las dificultades iban á ser mayores que antes, pues los marroquíes habían tenido tiempo de reunir nuevas fuerzas, y O'Donnell fué el primero en comprenderlo; pero la responsabilidad no le incumbía por completo, como veremos después.

«La parte de la campaña que iba á comenzar difería esencialmente de las anteriores (2): el terreno en que se había de desarrollar era tan accidentado y difícil como el de las cercanías de Ceuta; además, el ejército tenía que tomar la ofensiva; desconocía el terreno; no podía, como en la región costera y en el llano de Tetuán, aprovecharse de las ventajas que le daban su organización, su armamento, su artillería y su capacidad táctica. Tenía, por el contrario, que aventurarse en un país montañoso, en el que los marroquíes le harían una guerra de escaramuzas y sorpresas, es decir, la guerra por excelencia á la que estaban habituados (3).

»Sin la escuadra, que le ayudase á aprovisionarse, y que recogiese los enfermos y heridos, se veía obligado á formar un convoy y organizar el servicio de evacuación, problema delicado en un país montañoso.

»Después del combate de Sema la oportunidad de los marroquíes no había hecho más que aumentar: las alarmas en las avanzadas eran cada día más frecuentes y más graves, y á menudo las tropas tenían que coger las armas de noche para evitar una sorpresa; así que la nueva de que se iba á reanudar la ofensiva fué, en general, recibida con agrado, pues la vida de campamento en la inacción se había hecho aborrecible á todos, y la salud del soldado dejaba

(1) Schlagintweit: op. cit., pág. 350. Iriarte: op. cit., pág. 282. Mordacq: op. cit., pág. 87. Alarcón: op. cit., II, páginas 259 y siguientes. V. Goeben, II, páginas 160 y siguientes.

(2) Mordacq: op. cit., pág. 87.

(3) «Sobre todo, cuando el ejército se encontraba á varias jornadas de Tetuán—agrega Mordacq—. Sin embargo, no hay más que dos jornadas entre Tánger y Tetuán, cuando se hace el viaje en condiciones ordinarias (49 kilómetros).» (Cf. Mordacq: op. cit. pág. 88.)

mucho que desear. Los montones de inmundicias tomaban proporciones colosales en las cercanías del campamento, los arroyos y fuentes comenzaban á secarse, la leña de cocina escaseaba ya en los alrededores, y cada vez había que ir más lejos á buscarla, con una fuerte escolta.

»El 22 por la tarde una orden del día advirtió á todo el ejército que se preparase para salir al día siguiente, antes del amanecer. El 23, á las dos de la madrugada, un cañonazo de la alcazaba despertó á los que habían dormido aquella noche; las cornetas tocaron diana, é inmediatamente se dió la orden de abatir las tiendas. Todos los preparativos se hicieron en medio de una espesa niebla, con un tiempo frío y un silencio y una sangre fría siniestros; dos horas más tarde las mulas estaban cargadas, y los soldados equipados y dispuestos á marchar; como el día de la toma del campamento moro, O'Donnell escudriñaba el cielo: el sol había salido hacía rato; pero la obscuridad en derredor nuestro era profunda.

»Al cabo de cuatro horas comenzó el desfile: atravesamos Tetuán, y encontramos reunidas en la plaza las compañías de ingenieros de la división Ríos y todas las fuerzas acuarteladas en la ciudad, excepto un pequeño número, destinado á su defensa; nos incorporamos á ellas, y salimos por la puerta de Fez, donde se encontraban ya en armas la división de caballería y los cuerpos de Prim y Echagüe.

»Todos los judíos habían salido de la ciudad, y se agolpaban á nuestro paso; pero la mayor parte, sin aguardar siquiera á que desfilaran nuestras tropas, fué á escudriñar los sitios en que se levantaban las tiendas, para recoger los desperdicios de todas clases dejados por nuestros soldados.

»En cuanto á los moros, creo que nadie pudo ver este día en la calle ni siquiera á uno: encerrados en sus casas, meditaban proyectos de venganza, pues cada vez les éramos más odiosos, y esta salida les auguraba una nueva violación de su territorio: esperaban á que la ciudad fuese abandonada y no contase más que con un millar de soldados para comenzar la guerra de emboscadas callejeras y de asesinatos nocturnos á que se entregaron después.»

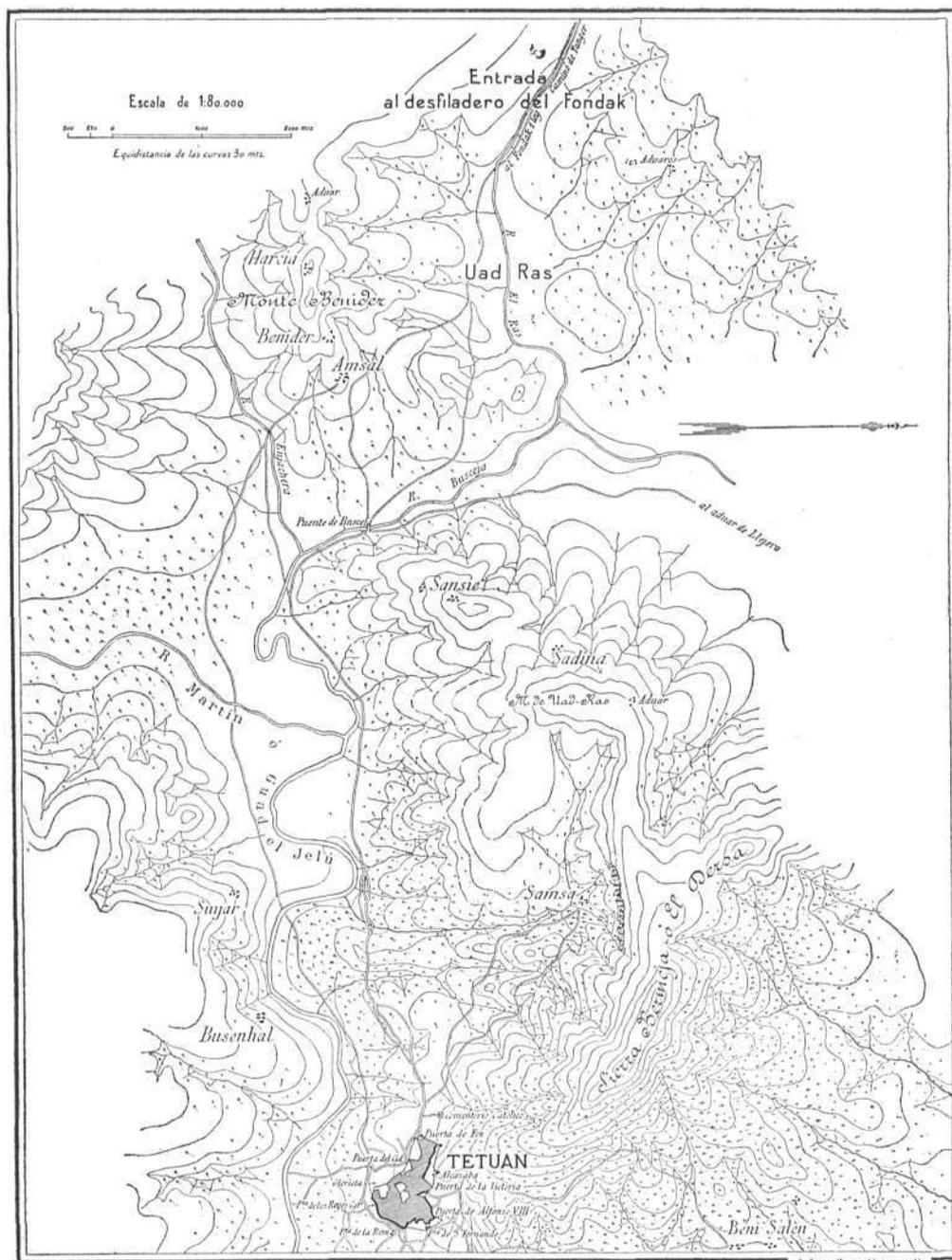
Eran ya cerca de las ocho cuando comenzó la marcha. Los soldados llevaban víveres para cinco días, 70 cartuchos, la tienda, la manta y el equipo ordinario. La artillería quedaba en Tetuán, excepto la de montaña (40 piezas).

El convoy—víveres, ambulancia, municiones y bagajes—se había reducido al minimum necesario: con todo, aún sumaba 4.000 bestias de carga; entre ellas, 800 á 900 camellos (1).

El ejército tenía víveres para quince días, contando con lo que llevaban en sus mochilas los soldados. Tetuán constituiría la base de operaciones y aseguraría las comunicaciones del ejército con el mar.

El orden de marcha era el siguiente: El flanco derecho lo cubriría el general Ríos hasta el puente de Uad-Bu-Sfha, de donde volvería á Tetuán con los

(1) «El 10 de marzo varios oficiales llegaron á Orán para comprarlos; la mayor parte de los camellos adquiridos procedían de los mehayas. La compra tuvo lugar antes del fin de las negociaciones, cuando se pensaba ya en atacar á Tánger: idea que fué abandonada algunos días más tarde, para ser al fin puesta en ejecución.» (Mordacq; obra citada, pág. 85.)



Wad-Rás. Escala: $\frac{1}{100000}$

- 1, artillería montada y de montaña del 7 al 23 de marzo.—2, caballería del 7 al 23 de marzo.—3, tercer cuerpo del 6 al 23 de marzo.—4, segunda división del primer cuerpo del 5 al 23 de marzo.—5, primera división de reserva el 23 de marzo.—6, parte de la segunda división, con el 6.º de marina y los tercios vascongados, del 23 al 25 de marzo.
- 7, cuartel general del 23 al 25 de marzo.—8, segundo cuerpo del 23 al 25 de marzo.—9, primer cuerpo del 23 al 25 de marzo.—10, tercer cuerpo del 23 al 25 de marzo.—11, caballería del 23 al 25 de marzo.—12, artillería del 23 al 25 de marzo.—13, primera división de reserva del 21 al 25 de marzo.—14, tienda de la conferencia el 23 de febrero.—15, tienda de la conferencia el 25 de marzo.—E, campamento marroquí.

heridos, caso de trabarse una acción. Sus fuerzas eran: cinco batallones de infantería, un batallón de marina de la segunda división de reserva, dos batallones (Alava y Vizcaya) de los tercios vascoengados y dos escuadrones de lanceros de Villaviciosa. Su misión era flanquear las alturas de Semsá, dejando el aduar un poco á la derecha.

El grueso del ejército avanzaba por el llano en el orden siguiente:

Vanguardia: primer cuerpo, con ocho batallones, dos baterías de montaña, cuatro compañías de ingenieros y un escuadrón de Albuera.

Cuartel general, con todas las secciones de ingenieros.

Segundo cuerpo, con todos sus batallones, más cuatro baterías de montaña y una de cohetes.

División de caballería, con tres escuadrones de coraceros y tres de lanceros, que protegían los bagajes.

Tercer cuerpo, completo, con una batería de montaña y un escuadrón de Albuera.

Retaguardia: el cuerpo de reserva, con una batería de montaña y un escuadrón.

La marcha comenzó sin incidentes, entorpecida solamente en los principios por los bagajes y dificultada por la niebla, que ocultaba los movimientos del enemigo. Creíase en el cuartel general que los marroquíes aguardarían al ejército en el paso del Fondaq, donde se defenderían para cubrir á Tánger, y que hasta allí no habría que combatir. Juzgábase, por tanto, que por el momento la izquierda se hallaba bastante protegida por Río Martín, y no se tomó ninguna medida previa para el caso en que el combate comenzase junto á las puertas de Tetuán; así que cuando, contra toda previsión, comenzó en seguida la batalla, sólo la configuración del terreno y la manera de atacar del enemigo justificaron las disposiciones que se fueron tomando sucesivamente: de ahí cierto desbarajuste en todo el plan del general en jefe.

En efecto; contra todo lo que se pensaba, poco después de la partida, á cinco ó seis kilómetros de los muros de Tetuán, tiradores sueltos aparecieron en gran número al otro lado del río, preludiando el ataque con descargas de fusilería. «Estos agresores, que salían no se sabe de dónde, sin orden ni concierto, eran los habitantes de los aduares escondidos en la montaña que cerraba el horizonte á nuestra izquierda, y que con esta señal se llamaban al combate, prevenidos, sin duda, por los enviados de Muley-el-Abbas» (1).

Trabaron con el primer cuerpo una ligera escaramuza de guerrillas, que no impidió á la vanguardia avanzar á su arbitrio. Sin embargo, se progresaba lentamente, en parte para dar tiempo á que la división Ríos ocupase las alturas del flanco derecho, en parte para permitir á los ingenieros hacer los trabajos que la artillería y los bagajes reclamaban en los pasos de arroyos y barrancos.

La división Ríos, al ganar las alturas, encontró una viva resistencia, pues los marroquíes se envalentonaron al principio ante el pequeño número de sus

(1) Iriarte: op. cit., pág. 286.

adversarios. Siguióse un encuentro que pudo ser sangriento sin la pronta llegada de socorros, á cuya vista cedió el enemigo. La columna, continuando su camino, llegó al aduar de Saddina, que entregó á las llamas. La misma suerte corrieron todos los aduares que se encontraron este día.

Por otra parte, en el flanco izquierdo el tiroteo de guerrillas empeñado á la vera del río iba adquiriendo serias proporciones; tanto, que los diferentes cuerpos tuvieron que abandonar el orden de marcha y tomar posiciones de combate. Los montañeses esguazaban el río por todos sus vados, y atacaban á las tropas en el valle mismo. Varios batallones del primer cuerpo los rechazaron hasta la otra orilla, y la brigada Hediger, con el batallón de Cataluña á la cabeza, tuvo que pasar el vado tras los fugitivos y perseguirlos á la bayoneta para impedirles reorganizarse del lado allá del río.

El tercer cuerpo se vió poco después molestado de la misma manera.

Al frente el enemigo resistía también; pero la artillería, sobre todo la batería de cohetes, daba fácilmente cuenta de él, y la marcha se continuaba, á pesar de estos incidentes, sin notable retraso. A eso del mediodía llegó el ejército al puente de Uad-Bu-Sfha. Poco antes del puente el valle se estrecha y el río hace un recodo que lo cierra por completo.

«Fuerzas considerables esperaban allí al ejército, y O'Donnell dió orden al segundo batallón de Granada y á un escuadrón de Albuera de abrir el paso atravesando el río. El enemigo no trató de defender el vado; pero, una vez en la otra orilla, Albuera cargó á fondo, y siguióse un choque sangriento. Al mismo tiempo que Albuera cargaba, el general Echagüe se disponía á tomar una altura contigua que había de ser luego de gran importancia» (1).

Trátase, sin duda, de uno de los primeros contrafuertes próximos á la montaña de Beni-Ider, en la que poco después se iba á librar un encuentro tan encarnizado. El *Atlas de la guerra* no indica este movimiento; pero el testimonio de Iriarte sobre el particular se ve confirmado por la formación en que luego se distribuyeron las tropas, y que exponemos más adelante (2).

Los marroquíes comprendieron al mismo tiempo que los españoles la necesidad de ocupar esta posición, todavía neutra, y mientras que los cazadores de Cataluña ganaban la ladera que mira á Tetuán, la caballería marroquí, mezclada con peones, subía por el lado opuesto; de modo que los dos enemigos se encontraron en la cumbre.

Las fuerzas de los marroquíes eran muy superiores en número; pero, afortunadamente, el general Lasausseye envió los cazadores de Madrid para apoyar á los de Cataluña, y una carga vigorosa hizo á los españoles dueños del terreno.

«Importaba mucho á los moros no dejar al enemigo penetrar en la angostura que conduce al puente de Buceja-Bu-Sfha; así que se replegaron, y, con nuevos refuerzos, volvieron al mismo punto para cerrar el paso. El cuerpo

(1) Iriarte: op. cit., pág. 296.

(2) Schlagintweit: op. cit., pág. 354.

del general Echagüe se encargó de rechazarlos, y parte del segundo cuerpo avanzó para apoyarlo; pero ya el camino quedaba libre.

»El ejército avanzó durante algunos instantes sin encontrar obstáculos; mas como el plan de los moros, á lo que parece, era no abandonar á ningún precio las posiciones de que el cuerpo del general Echagüe se había apoderado, volvieron á la refriega con fuerzas considerables, y resguardándose tras todos los obstáculos naturales, y aprovechando todos los pliegues del terreno, obligaron á la primera brigada de Prim á pasar el río. Pronto estas fuerzas fueron insuficientes para contener al enemigo, y los catalanes acudieron en auxilio del segundo cuerpo.

»La llegada de los catalanes al sitio del combate fué seguida de un choque horrible. Los voluntarios del Principado habían jurado no perder la fama de valientes que ganaron en el asalto del campamento de Tetuán; así que, tras pasando las órdenes de sus jefes y adelantándose á la línea de tiradores, trabaron un terrible combate cuerpo á cuerpo, en el que los cadáveres marroquíes se amontonaban sobre los cristianos. Cuando los catalanes volvieron á sus líneas habían perdido la mitad de sus fuerzas» (1).

A la derecha, Ríos se veía también en aprieto para impedir que el enemigo lo desbordase, y, cayendo sobre las tropas de Mackenna, cortase las comunicaciones entre el ejército y Tetuán. El general La Torre, con los tercios vascongados, y el brigadier Lesca tuvieron que dar tres contra-ataques para conseguirlo. El ejército había llegado á la confluencia de los arroyos que, bajando de Chechauen y de Anyera, forman reunidos el río Martín (Uad-Tetuán). Sus dos valles se alargan de Norte á Sur, uno á continuación de otro, perpendicularmente al que había seguido el ejército desde su salida de la ciudad. Precisamente en el punto de reunión se levanta, á la derecha del Uad-Bu-Sfiha, la colina de Beni-Ider; al Norte, un valle más estrecho, orientado de Este á Oeste, da paso á un pequeño afluente del Uad-Bu-Sfiha y conduce al Fondaq. Las montañas alrededor de estos valles forman un anfiteatro perfecto.

Eran las dos; el combate había cesado un momento, y el enemigo parecía ceder. Tratábase ya, ganado este primer punto, de atacarlo en mejores condiciones tomando la ofensiva, después de haber sufrido la suya toda la mañana y sin la debida preparación.

El ejército se hallaba entonces distribuido de este modo: á la derecha, la segunda división del cuerpo de reserva y un batallón vasco, bajados de las alturas de Saddina para ponerse en contacto con el primer cuerpo, formaban la vanguardia en el llano de Bu-Sfiha y al pie de Beni-Ider; la primera división del segundo cuerpo, en comunicación con el primero, se apoyaba al pie de las colinas que parten de Saddina; en el puente de piedra, la primera división del tercer cuerpo. Formaban el ala izquierda: la segunda división del segundo cuerpo, con el general Prim; la división de caballería y la mayor parte de la artillería, ocupando el llano á la izquierda de Bu-Sfiha, en el ángulo que hace al confluir con el Uad-Echchayera ó Mohachera. El tercer

(1) Iriarte: op. cit., páginas 287-288.

cuerpo y la primera división del cuerpo de Ríos quedaban de reserva, ocupando la orilla derecha y protegiendo el convoy (1).

El enemigo se había reconcentrado en las alturas de Beni-Ider, posición importantísima, verdadera llave del valle, que era preciso ganar á todo trance. A su falda se encuentra el aduar de Amsal (2); más arriba, otros aduares, casas, grupos de árboles, huertas y cambroneras formaban para los defensores otros tantos puntos de apoyo inmejorables.

Prim recibió la orden de pasar el río y ocupar la posición. El conde de Reus, para más seguridad, se hizo reforzar por la primera brigada de su división, sostenida por una batería de cohetes á la *congrève*. El batallón de Navarra se cubrió de gloria en este avance, secundado por la artillería y aun por la caballería, que, guiada por el general Galiano, apoyó la operación como pudo en terreno tan escabroso.

La caballería vadeó el río; casi toda la infantería hizo lo mismo, escalando luego los ribazos, y sólo la artillería se aprovechó del puente, que le era indispensable. El camino que conduce al paso de Bu-Sfha forma un valle; pero inmediatamente después de la salida del puente extiéndese una llanura, en la que el enemigo trató de reorganizarse. En efecto; las fuerzas marroquíes parecían ponerse en orden de batalla, dispuestas á tentar un ataque; pero las tropas de Prim, inflamadas aún con el ardor del combate, habían encontrado tantos cadáveres á su paso, que se consideraban ya vencedoras; así que el general no tuvo que hacer sino dejarlas avanzar contra la caballería escalonada en la llanura. Los jinetes moros no aguardaron siquiera al enemigo, y se retiraron á las alturas inaccesibles que se elevan á la izquierda del puente de Bu-Sfha.

.....

El conde de Reus, después de haber derrotado á la caballería en el llano, quiso ocupar las primeras vertientes de la montaña. La lucha que se entabló entonces entre los marroquíes, que no tenían ya más refugio que las arboledas de Beni-Ider, y los españoles, que veían que nada habían conseguido mientras no tomasen aquellas posiciones, es imposible de contar. Varios batallones avanzaron hasta cinco veces, y cinco veces tuvieron que retirarse ante el encarnizamiento de los moros, que se batían como leones, y se lanzaban sobre el enemigo esgrimiendo una guma en cada mano y luchando cuerpo á cuerpo. Las pérdidas fueron horribles de una y otra parte, y apenas se podía, en un campo de batalla tan accidentado, juzgar á qué parte se inclinaba la victoria.

Finalmente, el general Prim aprovechó el primer bosquecillo que se encuentra en la colina para descansar un poco, reorganizar sus tropas, mezclarse con los soldados y animarlos con su fogosa palabra. Un aduar se elevaba á pocos pasos de allí, y el enemigo, al retirarse, aprovechó la tregua que le daba el general para instalarse en él. El conde de Reus dejó á la entrada

(1) Cf. *Atlas de la guerra*, hoja XVI.

(2) El aduar llamado Amsal por los españoles podría muy bien no ser más que una parte—algo separada—del poblado de Beni-Ider, la llamada Msala, por el oratorio que en ella se encuentra.

del bosque al brigadier conde de la Cimera, con dos escuadrones; deshízose también de la artillería, que desde allí dominaba el llano, y emprendió la subida, á la cabeza de un batallón de Navarra y una compañía de zapadores; cargó tres veces sobre el enemigo; penetró en el aduar; se apodóro de las casas, una en pos de otra, y las incendió. Amsal estaba en poder de los españoles.

Entretanto, más á la derecha, en la llanura de Bu-Sfiha, entre las tropas de Prim y las de Ríos, Echagüe, que ahora formaba el centro con el primer cuerpo, avanzaba batiéndose más flojamente y esperando de un momento á otro la señal de un ataque general.

Ros de Olano, con el tercer cuerpo, se ocupaba á la izquierda en mantener al enemigo al otro lado del río, y forzarle á repasarlo cada vez que aparecía en bastante número sobre la orilla izquierda. «Su posición era difícil, pues tenía orden de seguir avanzando hasta más allá del puente de Bu-Sfiha, y, al mismo tiempo, no quería dejar al enemigo á sus espaldas, y obligar al general Mackenna, que formaba la retaguardia, á extender su línea de batalla desde Tetuán hasta el puente» (1).

Ríos, por su parte, tenía que dar, en las alturas de la derecha, frecuentes cargas á la bayoneta, y Mackenna se veía atacado en su extrema izquierda por los montañeses bajados de Bu-Semlel, muy cerca de Tetuán. Los cañones no bastaron á rechazarlos, y un batallón tuvo que caer sobre ellos á la bayoneta. Mas no por eso la retaguardia se vió libre de sus ataques, que duraron hasta la noche. El combate se había generalizado en toda la línea; pero se continuaba sin unidad, en una serie de encuentros parciales. Prim, en la vanguardia, había acabado por establecerse sólidamente en el primer repecho de Beni-Ider. Este movimiento permitió al resto de las tropas avanzar, distra- yendo á los marroquíes con las fuerzas de Prim, que desde las alturas veían el campamento enemigo, y pensaban ya, bien prematuramente, en la posibilidad de asaltarlo.

Cuando Ros de Olano atravesó el puente, la caballería marroquí, con tropas, al parecer, de refresco, salió del valle y se lanzó contra Prim; pero Ros de Olano los cañoneó con su artillería, sostenida á derecha é izquierda por las guerrillas, y recibió luego orden de avanzar hacia la colina para sostener á Prim, que, continuando su ascensión, abordaba lo que Iriarte llama el segundo aduar, y que debe de ser el de Beni-Ider, situado más cerca de la cumbre que el de Amsal. La dificultad en ganarlo iba á ser todavía mayor por persistir el conde de Reus en su empeño de no aguardar á la artillería.

«El combate se renovaba sin cesar: no bien se tomaba y se incendiaba un aduar, los moros se atrincheraban en otro. El general tuvo que hacer avanzar á la caballería, que se había retirado al primer bosquecillo, y seguido de Chiclana, Navarra, León y Toledo, tan diezmados por la lucha que ya no contaban con la mitad de sus efectivos» (2), continuó avanzando lenta y pensamente.

(1) Iriarte: op. cit., pág. 292.

(2) *Ibid.*, pág. 291.

Mas no hubiera podido llegar á la cumbre sin la ayuda del cuerpo de Ros de Olano, que en aquel momento llegó á hacer una diversión sobre otro punto de la colina.

Las tropas de Prim, aunque extenuadas, no cedían, al ver que el general Cervino, con los batallones de Baza, Albuera y Ciudad Rodrigo, se acercaba á la carrera en su auxilio. El enemigo, viendo que un refuerzo serio venía á tomar parte en la lucha, se arrojó con fuerza sobre él; Ciudad Rodrigo recibió el choque, y empeñóse á su vez con tanta decisión en la refriega, que durante un cuarto de hora no se oyó un tiro, excepto los disparos de revólver que los oficiales hacían á boca de jarro sobre el enemigo.

Los marroquíes se batían como fieras, sirviéndose de sus espingardas como de mazas, y haciendo llover sobre el enemigo una granizada de piedras y proyectiles de todas clases (1). «Baza y Albuera se portaron con el mismo valor que Ciudad Rodrigo; pero la posición de éste era más difícil. Para formarse una idea de la lucha que sostuvo, baste decir que su coronel, 17 oficiales y casi la mitad del batallón quedaron fuera de combate; un oficial de Estado Mayor se puso á su frente, y, á pesar del furor creciente del enemigo, aquel puñado de héroes, apretado en masa compacta alrededor de una bandera jironeada, no cedió á los marroquíes un palmo de terreno» (2).

El enemigo cedió un momento; pero luego opuso nuevos refuerzos á los del general Cervino, que los rechazó dando una carga, á la cabeza de sus tropas. No obstante, las dificultades aumentaban á medida que se subía, pues los grupos de árboles y de casas eran cada vez más numerosos. Cervino continuaba avanzando en línea recta, mientras que el general García, jefe del Estado Mayor, lo apoyaba haciendo una demostración más á la izquierda con los dos batallones de Córdoba; un batallón de Albuera consiguió por fin, en un pequeño movimiento envolvente, apoderarse de la cumbre.

Entonces, temiendo, sin duda, por su campo, una parte de los marroquíes dirigióse á defenderlo. Prim pudo ganar las últimas casas que tenía delante, al mismo tiempo que Cervino vencía los últimos obstáculos; pero uno y otro pasaron mil penas para conseguirlo: refuerzos sobre refuerzos, entraron en combate sucesivamente; la brigada de caballería tuvo también que atacar el aduar, aunque dicho se está que con poca fortuna y muchas bajas. Llegó por fin el batallón de Navarra: Prim se puso á su cabeza, el brigadier Navazo lo apoyó con el batallón de Toledo, y la colina de Beni-Ider quedó por los españoles; los marroquíes, al bajar por la ladera opuesta, quemaron ellos mismos las chozas que abandonaban.

Una vez tomada la colina de Beni-Ider, la resistencia cedió en las alas, y por todas partes el enemigo se replegó hacia su campamento, en dirección al Fondaq. Todas las tropas españolas pudieron entonces avanzar á la vez. Cuando los marroquíes vieron aquel ejército, que los acometía en masa á los acordes de las bandas y de las cornetas, que tocaban ataque, diéronse pre-

(1) Iriarte: op. cit., páginas 294-295.

(2) *Ibid.*, pág. 295.

cipitadamente á la fuga, franquearon en desorden las trincheras de su campo, y, obedeciendo probablemente á una orden de sus jefes, abatieron las tiendas, cargáronlas sobre sus camellos, y se internaron en los desfiladeros del Fondaq. La decepción de los españoles fué general: todo el ejército lanzó un grito de rabia; mas hubo un segundo movimiento que hizo reflexionar: parece ser que el enemigo sólo había querido poner sus bagajes en salvo, y, una vez que sus guardianes estuvieron seguros, intentaron un supremo esfuerzo. Aún no estaban cansados con tan recio batallar; aún no habían perdido la esperanza de detener al ejército español; pero éste no cejaba en su avance, y coronaba ya las cumbres, de donde no tenía más que dejarse caer sobre el enemigo.

La bajada daba alas al ímpetu general: los españoles redoblaron su ardor, y el ejército marroquí no esperó el choque; su caballería volvió grupas, y desapareció definitivamente en los desfiladeros que se abrían en el horizonte (1).

A las cinco de la tarde las tropas hicieron alto en la colina de Beni-Ider. Desde las cuatro de la mañana estaban en armas; habían andado y combatido todo el día sin tomar ningún alimento caliente y casi sin beber, aunque el calor se había dejado sentir: así que estaban extenuadas.

Las pérdidas fueron: siete oficiales y 180 soldados muertos; 104 oficiales y 1.027 soldados heridos. Prim dió pruebas de un arrojo extraordinario, exponiéndose á los mayores peligros; pero, según la opinión general, hubiera conseguido antes y con menos bajas el mismo resultado haciendo que la artillería le preparase el terreno para el ataque, pues ya en los combates precedentes se había visto la influencia de los cañones sobre la moral de los marroquíes.

Es difícil evaluar las pérdidas del enemigo y el número de hombres que puso en línea de combate: los españoles hablan de 40.000 á 45.000; pero hay bastantes motivos para creer que los mismos marroquíes no tenían datos precisos. Todos en el campo español convinieron en que jamás la resistencia había sido tan tenaz, ni el enemigo tan numeroso. Schlagintweit pudo confirmarlo con el testimonio de un xerif, quien en diversas ocasiones, y con toda claridad, le aseguró que el partido de la guerra —al cual él pertenecía— puso este día en juego todos sus recursos para conseguir una victoria, pues el Sultán, indeciso, había hecho depender del resultado de la batalla la resolución de continuar ó no la campaña.

Aquella noche el campamento de los españoles pecó un poco contra las reglas de la táctica: cada cuerpo acampó donde le había sorprendido el toque de alto, preocupándose solamente de quedar en contacto como mejor se podía con sus vecinos.

Prim se encontraba en la cumbre; el cuartel general y Echagüe, á mitad de la ladera; y Ros de Olano, con la vanguardia, en la llanura. La caballería estaba diseminada en todas partes, y no sabía dónde había dejado su material de campamento. Muchos soldados, y aun oficiales, tuvieron que pasar la noche al raso, en medio de una niebla helada.

Por la noche un convoy de heridos ganó, aunque con trabajo, la ciudad, pro-

(1) Iriarte: op. cit., pág. 220.

tegido por Mackenna. A cada instante, y por todas partes, oíanse tiros sueltos, disparados por los montañeses, que, apenas veían el resplandor de una hoguera ó una tienda iluminada, la tomaban por blanco de sus espingardas (1).

La batalla de Wad-Rás era, con la de Tetuán, la más importante de la campaña: con ella quedaba abierto el Fondaq, de donde en pocas horas se podía ganar la región de colinas y mesetas que forman los alrededores de Tánger, como con la anterior victoria quedaban abiertas las puertas de Tetuán; pero su principal fruto fué la conclusión de la paz (2).

El 21 de marzo por la mañana todo el mundo hacía los cálculos más diversos, cuando á las nueve llegó un mensajero de Muley-el-Abbas pidiendo la paz. O'Donnell no podía ofrecer otras condiciones que las anteriores, y su respuesta fué que aguardaría hasta el día siguiente, á las ocho de la mañana, la decisión de Muley-el-Abbas sobre el particular.

El 25 de marzo se había ya dado la señal de partida, cuando un jinete enemigo llegó al galope, anunciando que Muley-el-Abbas venía en persona á conferenciar con el general en jefe. La entrevista tuvo lugar á las once, en una tienda levantada entre los dos ejércitos; concluyóse una tregua, firmáronse las bases preliminares de la paz, y el ejército volvió á tomar el camino de Tetuán.

10.—El fin de la guerra, según los autores árabes.

Si no es posible conceder al *Istisqa* verdadero valor documental por los innumerables errores que contiene, por su ciega parcialidad y por las extravagancias de que está lleno, es, por lo menos, de gran interés conocer el modo cómo Es-Selauí, su autor, presenta los hechos y los juzga, por ser ésta la única obra árabe que poseemos sobre la materia, ó, mejor dicho, la única que da pormenores y hace observaciones importantes. Sólo que hemos de limitarnos á presentar la narración del autor árabe tal como él la presenta, pues sería vana toda tentativa para ponerla de acuerdo con el relato *histórico* de la campaña.

«Cuando los españoles entraron en Tetuán—dice Es-Selauí (3)—, una parte del ejército se quedó dentro de la ciudad, y la otra, fuera, al Este y al Oeste; el de Muley-el-Abbas estaba apartado de la ciudad, á media jornada de distancia. Un día acordaron los musulmanes atacar de noche el campamento enemigo que se encontraba fuera de la plaza: sucedió esto á fines de Chaábán de 1276.

»Asaltaron el campamento de noche, en medio de las tinieblas, cuando los soldados estaban reposando, y los acometieron de improviso en un ataque impetuoso. Pasaron toda la noche luchando, y el día siguiente hasta el anochecer.

(1) Iriarte: op. cit., pág. 304.

(2) La victoria de Wad-Rás abría el desfiladero del Fondaq únicamente á causa del estado moral del ejército marroquí; pues claro está que si éste hubiese seguido dispuesto á resistir, la victoria no hubiera sido de grandes resultados. La batalla se había librado á la entrada de la región montuosa, mucho antes del Fondaq, sobre el cual los marroquíes podían replegarse sin peligro; el desfiladero, largo y estrecho, bordeado de escarpaduras y de rocas cortadas á pique, dominado por crestas de 600 á 1.000 metros, se prestaba á una magnífica defensa si los marroquíes la hubiesen intentado. El ejército español habría, probablemente, vencido el obstáculo, gracias á la superioridad de la artillería; pero la acción hubiera sido difícil, y la victoria, muy cara.

(3) *Istisqa*, IV, pág. 230.

Los cristianos pelearon con arrojo, pero la victoria se decidió por los musulmanes; y si no es por la fuerza que daba á los cristianos el apoyo de la ciudad, en la que se había fortificado su jefe, seguramente habrían sufrido una derrota vergonzosa. Los muertos que tuvieron los cristianos en este combate fueron más de quinientos, y los heridos, más de mil; los musulmanes, por su parte, tuvieron pocas bajas. Cuando amaneció y vió O'Donnell lo que había sucedido á su ejército, se afigieron él y los suyos y mudó de proceder con los tetuanes. Se mostró duro, y cambió aquella afabilidad con que los trataba en aspereza, y la complacencia en rigor. Fué á la mezquita del Hach Abul-Hasan Ali-Baraka, la transformó en hospital de sangre, y obligó á los habitantes de Tetuán á proporcionarle mantas y sábanas, que reunió en gran cantidad, y las distribuyó en la mezquita á los heridos.

» Los soldados del ejército cristiano, cuando encontraban á un musulmán, se ponían á insultarlo y le echaban en cara su perfidia y su maldad. Después de esto esperó O'Donnell diez días para que descansara el ejército y curasen los heridos; y así que pasaron, salió con todas sus fuerzas, dispuesto á atacar el campamento marroquí.

» Dejando Tetuán á la espalda, avanzó hasta el río Bu-Sfha; al aperebirlo, los habitantes de los aduares vecinos y los guerrilleros acudieron de todas partes, llenos de coraje y de odio. Trabóse el combate en el río Bu-Sfha, antes de que los españoles llegasen al campamento de los musulmanes; la batalla fué tan terrible, que su recuerdo hace olvidar el de todas las precedentes: el número de muertos que tuvo el enemigo fué incalculable; en cuanto á los heridos, todo lo que se diga es poco. Sus muertos cubrían el llano; así que cuando se cansó de enterrar, reuniólos en montones de ocho ó diez y los recubría de tierra, á pesar de lo cual quedaron muchos insepultos y se corrompió el aire con la intensidad del mal olor de la carne putrefacta. Este día consiguieron los musulmanes un triunfo como no lo habían alcanzado jamás sobre los cristianos.

» El campamento de Muley-el-Abbas estaba bastante apartado del sitio del combate. Al hacer Manuel (1) la relación de los sucesos de aquel día, confiesa que se derramó mucha sangre cristiana, y que muchos soldados y caballos fueron muertos. Al llegar á Muley-el-Abbas la noticia de que el enemigo había salido de Tetuán, y de que los musulmanes lo habían derrotado, se quedó pensativo reflexionando acerca de todo aquello, y vió que, en efecto, los musulmanes habían conseguido algunas ventajas y habían causado grandes bajas al enemigo; pero el provecho alcanzado había sido escaso. Los perjuicios que nosotros le causábamos consistían en herir y matar gente, mientras que él se había apoderado de una gran extensión de terreno, donde había establecido su dominación; por lo cual el Sultán creyó conveniente, ¡perdónelo Alá!, que se arreglara la paz, considerándola preferible á la guerra, para el bien de los musulmanes.

» Refirióme mi amigo el insigne caid Abu Abi-Alla-Mohammed ben Idris

(1) Trátase del P. Castellanos, á quien el *Jettiga* ha copiado cien veces de la manera más infame sin citarlo, y cuyas frases ha torturado con frecuencia, desfigurando su sentido por satisfacer la necia vanidad marroquí.

ben Haman el-Yerrari, que cuando ya llevaban bastante tiempo guerreando cristianos y musulmanes en los alrededores de Tetuán (1), le hizo llamar el Sultán, Sidi Mohammed, le dió 60.000 mizcales, con encargo de llevarlos á los musulmanes que combatían en Tetuán, para el pago de la *muna* y la compra de forrajes, y le dijo: «Así que llegues al campamento, examina el estado »en que se encuentran las tropas, observa si se someten á la disciplina y si están provistas de todo lo necesario. Entérate bien de esto, y ven á contarme »las cosas tal y como son.» El caid partió al punto, y llegó en jueves al campamento; al día siguiente tuvo lugar el combate de Bu-Sfiha. El enviado del Sultán fué en busca de Muley-el-Abbas, y le previno que los musulmanes habían batido al enemigo; luego montó á caballo, y, acompañado de unos pocos, fué á enterarse de la situación de ambos ejércitos, según se lo había mandado el Sultán. Llegó á tiempo que los musulmanes buscaban un sitio donde dejar su impedimenta y plantar las tiendas para poder ocuparse de combatir al enemigo. Decidieron acampar en Uad-Akraz; pero el cañón enemigo los desalojó de allí. Retirándose de aquel sitio, fueron á acampar á otro, en el que se establecieron con toda seguridad; dejaron allí sus tiendas y bagajes, se dirigieron contra el enemigo, y sostuvieron con él un combate tan terrible, que lo desbarataron en el sitio llamado Amsal por dos ó tres veces, y le causaron un número incalculable de muertos. En el combate librado aquel día tomó parte el gobernador de Sofián y de los Bení-Malek, Abu-Mohammed Abd Es-Salam ben Abd-El-Kerim ben Auda el Haritsi. El enemigo pernoctó junto al Uad-Akraz, donde habían querido acampar los musulmanes, y éstos en el Fondaq, excepto la mayor parte de los guerrilleros, que se fueron adonde cada uno tenía por costumbre. Era invierno, y hacía un frío intenso.

»Al día siguiente, que fué sábado, amanecieron el enemigo y los musulmanes en la situación que ya hemos indicado; el propósito de estos últimos era atacar de nuevo á los cristianos para introducir en ellos la confusión, aniquilar sus fuerzas, y perseguirlos hasta que estuviesen cansados y hartos. Pero no hicieron nada de esto, sino que aquel mismo día se practicaron gestiones para la paz. Los dos Emires, el de los cristianos y el de los musulmanes, estaban ya fatigados de tanto guerrear; al día siguiente, que era domingo, convinieron en reunirse. El enemigo se formó y se presentó en orden de combate, para, si no se arreglaba la paz, continuar la lucha inmediatamente.

»Por fin se adelantó Muley-el-Abbas, acompañado de varios jefes de su ejército, y lo mismo hizo O'Donnell, seguido de un grupo de sus compañeros, después de haber mandado levantar una pequeña tienda, en la que ambos habían de conferenciar. Pasó O'Donnell más allá de dicha tienda, con un lucido acompañamiento, para salir al encuentro de Muley-el-Abbas y hacerle los honores. Al encontrarse, se volvieron juntos á la tienda: les acompañaron, mientras duró la entrevista, el intérprete y otras dos personas. Finalmente, concertaron un tratado que firmaron las dos partes, y cada cual se volvió á su campamento. Así terminó la guerra entre musulmanes y españoles.»

(1) *Intiqan*, IV, pág. 231.

11.—Conclusión de la paz (27 de abril de 1860) (1).

El 27 de abril fué ratificada la paz, y el general O'Donnell, con sus tropas, se embarcó para España (2).

El general Ríos quedaba de gobernador de Tetuán, que seguiría en manos de los españoles hasta que se pagase toda la indemnización de guerra.

La guarnición de la ciudad se compondría de 20 batallones de infantería, un batallón de artillería á pie, siete escuadrones de caballería, tres baterías de campaña y cuatro compañías de ingenieros.

En Ceuta quedaban, al mando del general Gasset, seis batallones de infantería, un escuadrón de caballería, una batería de montaña y dos compañías de ingenieros.

CAPÍTULO VII

OBSERVACIONES SOBRE LA CAMPAÑA DE 1859-60

1. Manera de combatir de los marroquíes.—2. Táctica de los españoles.—3. Armamento de los beligerantes.—4. Material de guerra, transportes, aprovisionamientos.—5. Condiciones climatológicas.—6. Situación sanitaria.—7. Muertos y heridos.—8. Moral de los beligerantes.—9. Los prisioneros.—10. Botín y presas.—11. Recompensas al ejército expedicionario.—12. Tropas y personajes que más se distinguieron entre los beligerantes.—13. Corresponsales, cronistas, agregados militares y curiosos.—14. Los beligerantes, juzgados por un marroquí.—15. Críticas formuladas en Europa á propósito de la campaña.

1.—Manera de combatir de los marroquíes (3).

No hay que decir que la táctica seguida por los marroquíes en la guerra de 1859-60 fué esencialmente distinta de la de un ejército europeo. En cambio, presentó grandes analogías con la que por la misma época empleaban los argelinos; su originalidad se redujo á ligeros pormenores, debidos á la natura-

(1) Schlagintweit: op. cit., pág. 360.

(2) G. de Lavigne, páginas 174-177: «O'Donnell salió de Tetuán el 29 de abril. Desembarcó en Alicante, y una hora después partió para Aranjuez, adonde llegó el 30 de abril. Un ayudante del Rey, los ministros y algunos amigos particulares le aguardaban. Los días siguientes se repatriaron las tropas, en medio de ovaciones estruendosas, con un entusiasmo igual al que se produjo en París á la vuelta de las tropas de Italia y Crimea.

«Los 16 batallones encargados de representar al ejército y de recoger las aclamaciones del pueblo de Madrid acampaban hacia días en el llano de Amaniel. El 11 de mayo engalanóse la capital con toda la pompa de las ciudades españolas, cubriendo de colgaduras y tapices los balcones. La entrada se hizo tumultuosamente; no se pudo impedir que el pueblo se mezclase con los soldados. Las mujeres de todas las clases sociales estaban en la calle saludando á los batallones que desfilaban, abrazando á los vencedores, y distribuyendo las coronas. O'Donnell ha sido en todas partes aclamado; Prim ha oído vivas delirantes.

«Los 16 batallones han salido de Madrid, después de desfilar ante los balcones de Palacio, para ir á guarnecer las ciudades próximas. Los heridos se han paseado en los coches de la Grandeza, y se han dirigido á sus hogares después de haber recibido espléndidas gratificaciones.»

(3) Schlagintweit: op. cit., pág. 231.

leza del terreno en que se desarrollaba la acción y de los contingentes que en ella tomaban parte.

A primera vista era imposible descubrir, en la manera de luchar de los marroquíes, ninguna idea dominante: el desorden era completo, y el que lo contemplaba por primera vez se extrañaba sin poderlo comprender.

«Los moros—dice Iriarte—ejecutan estos ataques sin idea preconcebida, ni orden ni concierto: parece que un centenar de tiradores vienen á hostigar al ejército por distraerse, mientras que sobre otro punto otros doscientos llaman su atención.»

Sin embargo, examinando las cosas más de cerca, se llega á distinguir en este desorden, más aparente que real, ciertos hábitos que marcaban las líneas generales del combate.

Los marroquíes combatían siempre, ó en pequeños grupos, ó aislados. Apoyándose en su gran conocimiento del terreno y en la habilidad con que saben aprovecharlo las guerrillas, preludiaban con un tiroteo suelto y aguardaban el ataque del enemigo ocultas en la maleza, diseminadas, invisibles. Desde lejos, en toda la línea, generalmente muy extensa, que ocupaban no se distinguía más que matas de hierba, jaras y peñascos rojizos, sobre los cuales se apoyaban los cañones de las espingardas como sobre las almenas de un muro (1). Si algunos preferían quedar al descubierto—pues cada uno combatía á su antojo—, por lo menos, casi todos apoyaban sus armas para disparar. El combate continuaba así durante más ó menos tiempo, fatigoso generalmente para los españoles, que no podían castigar mucho al enemigo, pues no ofrecía sino un blanco muy reducido. Para acabar con él había que lanzar las tropas á la bayoneta: al iniciarse la carga los marroquíes se erguían como si brotasen de la tierra y recibían á sus adversarios con un fuego vivísimo, ó bien se precipitaban sobre ellos con increíble arrojo, y trababan un combate cuerpo á cuerpo, en el que daban pruebas de una energía feroz.

Desconocían por completo la formación en masas compactas: sus jinetes se precipitaban aislados contra el enemigo á todo el correr de sus caballos, descargaban sus armas una vez á tiro, y, volviendo grupas rápidamente, huían con la misma velocidad con que habían venido; sólo en algunas ocasiones hubo personajes importantes que parecían dar cierta unidad á sus evoluciones. La hipótesis de que oficiales ingleses los dirigían carece de fundamento para Schlagintweit.

No hay duda que de este modo los marroquíes hacían poco daño, pero fatigaban al enemigo; y si lograban obligarlo á empeñarse imprudentemente, llegaban á ser en extremo peligrosos. Testigo, el episodio de los húsares en los Castillejos (2).

(1) Iriarte: *op. cit.*, pág. 67.

(2) Schlagintweit: *loc. cit.* Sobre el modo de combatir de la caballería marroquí, el mismo que el de la argelina, confróntese el siguiente pasaje de Iriarte: «El hecho tiene lugar en los Castillejos, durante una de las acciones que antes de la gran batalla se libraron, al emprenderse los trabajos del camino de Tetuán.

»Se ha averiguado que el campamento marroquí se encuentra en un barranco que desemboca en la llanura de los Castillejos, y espérase que, haciendo avanzar hacia él la caballería, los marroquíes desplegarán todas sus fuerzas.

»Los húsares de la Princesa avanzan en buen orden, de espaldas al mar, en dirección al barranco. El enemigo perma-

Por otra parte, nada tan molesto para un ejército regular como este enemigo, toda movilidad, que se agita en torno suyo: cuando los marroquíes aparecen, véselos en mil sitios á la vez; cuando huyen, se dispersan en todas direcciones. Avanzan y retroceden con extraña agilidad; se retiran ante el invasor, y le dejan ocupar todo el terreno que quiere; pero cuando se repliega, las posiciones que había tomado vense invadidas de nuevo: así, en el Serrallo, cuarenta ó cincuenta marroquíes bastaron á veces para tener en jaque á todo un batallón. Cuando se levantaba el campamento los rezagados se veían acometidos por los merodeadores, y apenas la retaguardia se alejaba unos cientos de metros, los marroquíes robaban los bagajes y las tiendas retrasadas.

Infatigables en aprovecharse de todos los obstáculos, hostigaban sin cesar á los españoles, sobre todo en la obscuridad: nunca hubo, es verdad, importantes sorpresas nocturnas; pero fué preciso tomar las más serias precauciones para evitarlas, pues á cada instante centinelas aislados, y aun puestos de guardia y avanzadas, se veían sorprendidos por enemigos ocultos en las sombras, que se deslizaban sin ser notados hasta tirotear el cuartel general (1). En Tetuán, apenas anoecía, se interrumpían las comunicaciones entre los campamentos, y, á la larga, tales molestias resultaban mucho más graves de lo que á primera vista parece (2).

Este enjambre de enemigos que, en frase de Schlagintweit, se arremolinaba alrededor de las tropas, fué, sobre todo, importuno durante la marcha y el combate del 23 de marzo; porque mientras la cabeza de la columna combatía con el grueso de las fuerzas marroquíes, una nube de montañeses inquietaba las alas y la retaguardia, envolviendo casi por completo la ciudad y cortando las comunicaciones. El convoy de heridos vióse en grave aprieto para llegar á Tetuán. Dos días más tarde, cuando el ejército volvió á sus campamentos junto á la ciudad, después del acuerdo entre O'Donnell y Muley-el-Abbas sobre los preliminares de la paz, se pudo apreciar el número y las posiciones de todos aquellos guerrilleros, y se contaron más de dos mil que, advertidos

ness invisible: apenas los húsares han avanzado hasta el medio de la llanura, un grupo de jinetes moros se dirige lentamente contra el escuadrón; otros salen de detrás de los árboles y matorrales y se extienden á derecha é izquierda, dejando entre sí un gran espacio.

«Las figuras se destacan admirablemente sobre un fondo verde oscuro, y aquel puñado de jinetes, que no llega á un centenar, llena con sus flotantes albornoces, sus sillas de escarlata y sus armas resplandecientes, la inmensa llanura de los Castillejos. Parece que no vienen á un combate, sino á una cabalgata, á un paso de armas, á un torneo: los heraldos avanzan los primeros, fieramente encañillados en sus caballos, blandiendo por encima de la cabeza sus largas espingardas y dejando flotar la brida sobre el cuello de sus monturas, que obedecen á la presión de las rodillas. Los húsares estremécense de impaciencia con la esperanza de poder por fin entrar en liza. A una voz de su jefe el escuadrón carga al galope; pero, con una habilidad desconocida de los jinetes europeos, cada moro da media vuelta y describe inmensas curvas, que dan al movimiento el aspecto de una fantasía más bien que de una retirada.

«El escuadrón frena para no entregarse sin defensa al enemigo, que, sin duda, ha emboscado sus tiradores en la espesura. Tres veces los húsares intentan caer sobre aquel enemigo, que se guarda bien de presentar una masa compacta; tres veces los moros se dispersan para volver más audaces y provocantes. Algunos de ellos, de pie sobre sus estribos, avanzan hasta cien pasos de los jinetes españoles y los desafían, llamándolos *cobardes* en el más puro castellano.

«Pero Prim ha adivinado sus proyectos: quieren que los húsares se internen tras ellos en el barranco desconocido, para entregarlos al fuego de sus tiradores.» (Iriarte: op. cit., páginas 21-23.)

(1) Ya hemos visto anteriormente, con motivo del paso de Rio Azmir, que la creencia en genios malignos que vuelan en la obscuridad impide á los indígenas del norte de África preparar verdaderas sorpresas nocturnas. Un poco antes del alba, al romper el día, es cuando sus acometidas son más de temer.

(2) Schlagintweit: op. cit., pág. 221.

de la suspensión de las hostilidades por emisarios de El-Abbas, salían de sus escondrijos para volver á sus aduanares.

Ahora bien; si los marroquíes eran tan molestos, cortando las comunicaciones y causando continuas alarmas cuando sus tropas se veían constantemente vencidas por los españoles, ¿qué habría pasado si éstos hubieran sufrido el menor descalabro? Atacados por todas partes, no hubieran podido batirse en retirada sino á costa de los mayores esfuerzos y sufriendo enormes pérdidas. Aun después de la conclusión de los preliminares de la paz, no se podía ir de Ceuta á Tetuán sino con una fuerte escolta: de ordinario, cuando un destacamento salía de Tetuán, otro desde Ceuta se adelantaba hasta mitad de camino para reforzarlo.

La verdad es que los marroquíes eran terribles mientras combatían de este modo: esa especie de desorden suyo no dejaba de ser un sistema estratégico, y para ellos no era el peor, dado su conocimiento del terreno y su falta de instrucción militar y de unidad, consecuencia natural de su falta de unión política y administrativa.

Quizá—como dice Iriarte—comprendían la superioridad de la táctica europea, y veían que, para hacerle perder su unidad y, por consiguiente, su fuerza, no disponían de más arma que la irregularidad de la defensa.

No hay duda que así hacían harto difícil el papel del general en jefe, que nunca estaba cierto del número del enemigo y su distribución, y carecía casi en absoluto de medios para conocerlo.

No creemos, sin embargo, que de las reflexiones precedentes se debe deducir que jamás ninguna idea de táctica preconcebida guió en el combate á los marroquíes.

Parece ser, por el contrario, que en varias ocasiones se propusieron un objetivo bien determinado: la obstinación con que defendieron en la batalla de Wad-Rás la colina de Beni-Ider prueba claramente que tenían conciencia de su importancia estratégica.

Justo es, pues, que, habiendo señalado el desorden con que se desarrollaba la acción, nos fijemos en la idea directriz que, al menos cuando tropas xerifianas entraban en juego, presidía á sus movimientos.

«Como táctica general—dice Iriarte—, el comandante en jefe indica una maniobra y su objetivo; pero cada jefe subalterno, conforme á una estrategia invariable, lo mismo en Marruecos que en Argelia, es dueño de obrar á su talante, volviendo al ataque cuando se le presenta ocasión, y batiéndose en retirada cuando lo cree necesario.»

Dedúcese también fácilmente que los marroquíes trataban generalmente en sus ataques de formar una media luna lo más extensa posible; organizaban la resistencia sólidamente en el centro, contra el cual venía á estrellarse la vanguardia enemiga (1), mientras que las alas se espaciaban, y, desliziéndose encubiertas, si podían, procuraban atacar de flanco al enemigo, cortar sus co-

(1) «Esta fué su táctica, sobre todo en la batalla de Tetuán; la artillería era su eje de resistencia, contra el cual debían ser impotentes todos los esfuerzos de los españoles.» (Mordacq, pág. 103.)

municaciones y envolverlo por la espalda. Cuando llegaba á unos 500 pasos, la caballería se lanzaba á toda brida: á 200 pasos disparaba sus armas, y luego, volviendo grupas, iba á ponerse bajo la protección de la infantería para cargar de nuevo; la infantería, resistiendo en el centro, ó bien repartida en las alas, se aprestaba á aprovechar la primera ocasión contra la caballería enemiga, y aun contra la infantería, si su propia caballería lograba hacer brecha (1).

Mientras los marroquíes eran superiores, la media luna se iba cerrando y tendía al círculo perfecto; cuando eran rechazados, al contrario, veíase al arco abrirse, aplanarse la curva, y disiparse por fin en las alas.

Esta concepción de la táctica ó, si se quiere, de la maniobra en el campo de batalla, tenía su razón de ser en la topografía del terreno, en la constitución orgánica de los contingentes marroquíes, y se prestaba para sacar el mayor partido posible de las cualidades psicológicas de los combatientes indígenas, dejando un gran campo de acción á la iniciativa y aun á la fantasía privada; pero, en cambio, el empleo invariable y casi automático que de ella hacían los jefes moros, con manifiesta incapacidad, permitía al adversario, al cabo de dos ó tres acciones, saber á qué atenerse y adoptar las precauciones necesarias.

Más aún: aunque al principio de la campaña esta táctica hubiese sido alguna vez oportuna, su ejecución deplorable le privaba de toda eficacia desde que, saliendo de las montañas las tropas, tenían que luchar en la llanura. Entonces la unidad del mando y la ciencia militar recobraban todo su valor, y el resultado no podía ser dudoso.

Desde este último punto de vista, es no sólo interesante observar los progresos hechos por los marroquíes en sus evoluciones durante esta guerra, sino hasta necesario, para que sirva de correctivo al juicio demasiado absoluto que las ideas antes expuestas podrían sugerir al lector.

Vióse varias veces, por ejemplo, á la caballería cargar en líneas por grupos de 200 á 300. A 300 ó 400 metros una veintena de jinetes se adelantaba, hacía fuego, y luego se retiraba reemplazada por otros; es decir, la carga escalonada, como observa Mordacq. En cuanto á los peones, vióse á los moros de rey, formados generalmente en grupos de 400 á 500 hombres, desplegarse en tres filas, un poco alejadas una de otra: la primera tiroteaba al abrigo de los árboles y de las rocas; la segunda, desarmada, recogía los muertos y heridos y tomaba luego las armas para reemplazar á los que caían; la tercera formaba la reserva.

Pero este embrión de ciencia militar no podía, en tesis general, neutralizar los efectos del desorden que al principio señalábamos, y las tropas marroquíes eran, en fin de cuenta, más bien una turbamulta que un ejército. La misma falta de experiencia y de instrucción se notaba en materia de fortificaciones. En el paso de Cabo Negro los marroquíes tuvieron la peregrina idea de levantar trincheras sobre la ladera oriental del monte, en una posición com-

(1) Mordacq: op. cit., pág. 18.

pletamente independiente del paso, es decir, que lo defendían después de atravesado por los españoles (1).

Parece que al fin de la campaña acabaron por reconocer su inferioridad en la llanura; pero es evidente que en la montaña hubiesen podido resistir durante bastante tiempo al ejército español, y fatigarlo mucho antes de darse por vencidos; además de que con enemigos de esta clase jamás es posible saber á ciencia cierta si han sido deshechos, pues cuando no consiguen su intento en una posición, se retiran y van á reorganizarse más lejos, sin sufrir nunca grandes daños. De este modo la campaña hubiera podido prolongarse indefinidamente si hubiesen contado con un jefe resuelto á no emplear otra táctica de combate; así también se explica que á veces se atribuyesen la victoria al mismo tiempo que sus adversarios: se trata, sencillamente, de que no habían sido aplastados por completo (2).

Schlagintweit nos cuenta la manera cómo los marroquíes establecían sus campamentos en esta guerra. Este oficial pudo ver bastante de cerca el campo de Muley-el-Abbas, situado junto al Fondaq. Gracias á la recomendación de los cónsules europeos en Tánger, el bajá de la ciudad le concedió dos soldados para acompañarle por los suburbios; luego, sobornando á su escolta y aprovechándose de las horas de calor, en que los indígenas apenas salen de sus chozas, llegó sin ser molestado á un punto bastante alto, desde donde se dominaba el campamento.

Estaba éste dividido en dos partes, la mayor de las cuales rodeaba la tienda de Muley-el-Abbas; la otra formaba un círculo alrededor de la de Muley-Ahmed. No había ningún orden en la disposición de las tiendas: al lado de cada una estaban en fila, trabados por los pies, según la costumbre árabe, los animales, caballos y mulos de los que la ocupaban; lo mismo sucedía con las monturas de los Príncipes, cuyas tiendas formaban el núcleo de las dos aglomeraciones en que se dividía el campamento; las tiendas del resto del ejército se espaciaban cada vez más, dejando claros mayores á medida que se alejaban del centro.

Las dos partes del campamento no quedaban separadas por completo, pues en el intervalo entre una y otra había algunas tiendas dispersas de trecho en trecho; alrededor del campamento veíase pacer mulas y caballos.

Durante las horas de calor los soldados permanecían en sus tiendas, y no hacían guardias; al menos, Schlagintweit no las vió, y lo más probable es que no las hubiese. Las tiendas eran de formas muy diferentes: unas apiñona-

(1) Iriarte: *op. cit.*, pág. 79.

(2) Hooker and Ball (*Journal of a Tour, etc.*, pág. 52) han podido decir, con un poco de exageración, pero con un gran fondo de verdad, á propósito de la manera de combatir de los marroquíes:

«Los moros, aunque hayan dado pruebas de un gran valor individual, no han demostrado tener las más elementales cualidades tácticas que poseen numerosos pueblos salvajes. No han sabido aprovecharse de las dificultades naturales, y se han comprometido en ataques infructuosos y sin método alguno cuando las fuerzas españolas ocupaban sólidas posiciones. La mayor dificultad con que tropezaba el general en jefe estribaba en que había de conducir sus tropas á lo largo de la playa, por un terreno cubierto durante muchas millas de lagunas, cortado por arroyos y próximo á las montañas roqueñas del interior: un enemigo activo y conocedor del país hubiera podido causar grandes bajas á las tropas en marcha; pero, contra toda previsión, los moros aparecían rara vez en el momento crítico, y los españoles no tuvieron que luchar sino contra los obstáculos naturales.»

das; otras más altas y estrechas, con franjas azules. Muchos soldados estaban tendidos á la sombra de los árboles más cercanos, en la falda de una colina: según dijeron á Schlagintweit en un aduar próximo, eran los que no tenían tiendas y vivían al aire libre. El número de tiendas del campamento sería de 400 á 450; eran muy pequeñas, y no podían alojar á todos los soldados, que serían de 5.000 á 6.000.

El campamento distaba de tres á tres leguas y media de Tánger; su emplazamiento había sido muy acertado: extendido en la suave pendiente de una colina, bordeábalo un arroyo; cerca había dos fuentes que, al decir de los compañeros de Schlagintweit, manaban muy abundantes; delante se extendía un llano fértil y dilatado; detrás se destacaba el Fondaq y los desfiladeros que conducen á Wad-Rás. Según Schlagintweit, los marroqueses habían elegido este sitio para su campo, no tanto con el fin de vigilar al enemigo, como para impedir que se aprovisionase en el país, pues así podía apoderarse fácilmente de los convoyes que hubiera comprado á precio de oro en el Garb.

Notábase alguna actividad en el campamento todas las tardes á las cinco, cuando las tropas salían á hacer el ejercicio, dirigidas por dos renegados españoles; pero Schlagintweit no pudo presenciárselo, pues, para evitar percances, tuvo que volverse, dando un rodeo, antes de que cesase el calor y mientras los caminos estaban todavía desiertos.

Muley-Mohammed conocía bien la insuficiencia de su ejército, é hizo lo que pudo, en las críticas circunstancias en que se hallaba, por remediarla; pero claro está que ningún resultado importante se podía conseguir en tan corto espacio de tiempo. Sus relaciones con los franceses le movieron á llamar á su lado á extranjeros para instruir á sus tropas; además de los dos españoles mencionados, figuraban en su ejército tres franceses que habían servido en Argelia como militares ó en las oficinas árabes, pero que habían sido ya licenciados, y un ex oficial húngaro, comprometido en las revueltas de su país de 1847 á 1849. Todos se habían convertido al islamismo.

(Se continuará.)

